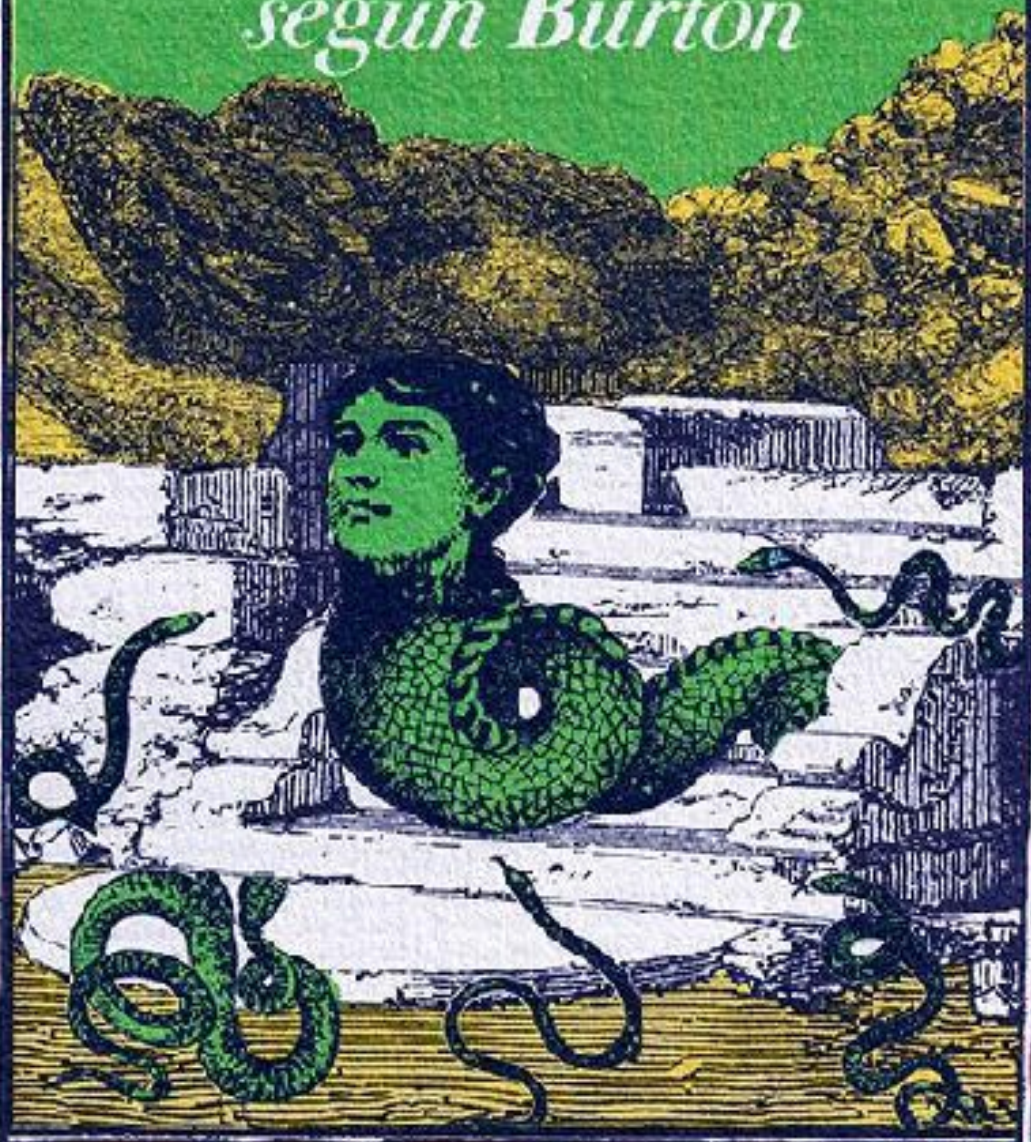
LAS MIL Y UNA NOCHES

segun Burton



La Biblioteca de Babel

colección de lecturas fantásticas
dirigida por Jorge Luis Borges

En Trieste, en 1872, en un palacio con estatuas húmedas y obras de salubridad deficientes, un caballero con la cara historiada por una cicatriz africana —el capitán Richard Francis Burton, cónsul inglés— emprendió una famosa traducción del Quitab alif laila ua laila, libro que también los rumíes llamaron de las 1001 Noches. Uno de los secretos fines de su trabajo era la aniquilación de otro caballero (también de barba tenebrosa de moro, también curtido) que estaba compilando en Inglaterra un vasto diccionario y que murió mucho antes de ser aniquilado por Burton. Ese era Eduardo Lane, el orientalista, autor de una versión harto escrupulosa de las 1001 Noches, que había suplantado a otra de Galland.

Jorge Luis Borges

Anónimo

Las mil y una noches según Burton

La Biblioteca de Babel - 22

ePub r1.0
orhi 07.11.14

Títulos originales: *The Fisherman and the Jinni*
The Jewish Doctor
The Queen of the Serpents
The Adventures of Bulukiya
Se ha utilizado para la traducción *The Book of the Thousand Nights and a Night*, de Richard F. Burton, Londres (?), vols. I, VI.
Anónimo, 1885
Traducción: Jesús Cabanillas

Editor digital: orhi
ePub base r1.2

Prólogo

En Trieste, en 1872, en un palacio con estatuas húmedas y obras de salubridad deficientes, un caballero con la cara historiada por una cicatriz africana —el capitán Richard Francis Burton, cónsul inglés— emprendió una famosa traducción del Quitab alif laila ua laila, *libro que también los rumíes llaman de las 1001 Noches. Uno de los secretos fines de su trabajo era la aniquilación de otro caballero (también de barba tenebrosa de moro, también curtido) que estaba compilando en Inglaterra un vasto diccionario y que murió mucho antes de ser aniquilado por Burton. Ese era Eduardo Lane, el orientalista, autor de una versión harto escrupulosa de las* 1001 Noches, *que había suplantado a otra de Galland.*

. . . . . .

En algún lugar de su obra, Rafael Cansinos Asséns jura que puede saludar las estrellas en catorce idiomas clásicos y modernos. Burton soñaba en diecisiete idiomas y cuenta que dominó treinta y cinco: semitas, dravidios, indoeuropeos, etiópicos… Ese caudal no agota su definición: es un rasgo que concuerda con los demás, igualmente excesivos. Nadie menos expuesto a la repetida burla de Hudibras *contra los doctores capaces de no decir absolutamente nada en varios idiomas: Burton era hombre que tenía muchísimo que decir, y los setenta y dos volúmenes de su obra siguen diciéndolo. Destaco algunos títulos al azar*: Goa y las Montañas Azules, *1851*; Sistema de ejercicios de bayoneta, *1853*; Relato personal de una peregrinación a Medina, *1855*; Las regiones lacustres del África Ecuatorial, *1860*; La Ciudad de los Santos, *1861*; Exploración de las mesetas del Brasil, *1869*; Sobre un hermafrodita de las islas del Cabo Verde, *1869*; Cartas desde los campos de batalla del Paraguay, *1870*; Última Thule o un verano en Islandia, *1875*; A la Costa de Oro en pos de oro, *1883*; El Libro de la Espada *(primer volumen), 1884*; El jardín fragante de Nafzauí *obra póstuma, entregada al fuego por Lady Burton, así como una* Recopilación de epigramas inspirados por Priapo. *El escritor se deja traslucir en ese catálogo: el capitán inglés que tenía la pasión de la geografía y de las innumerables maneras de ser un hombre, que conocen los hombres. No difamaré su memoria, comparándolo con Morand, caballero bilingüe y sedentario que sube y baja infinitamente en los ascensores de un idéntico hotel internacional y que venera el espectáculo de un baúl… Burton, disfrazado de afghán, había peregrinado a las ciudades santas de Arabia: su voz había pedido al Señor que negara sus huesos y su piel, su dolorosa carne y su sangre, al Fuego de la Ira y de la Justicia; su boca, resecada por el* samún, *había dejado un beso en el aerolito que se adora en el Caaba. Esa aventura es célebre: el posible rumor de que un incircunciso, un* nazraní, *estaba profanando el santuario, hubiera determinado su muerte. Antes, en hábito de derviche, había ejercido la medicina en El Cairo —no sin variarla con la prestidigitación y la magia, para obtener la confianza de los enfermos. Hacia 1858, había comandado una expedición a las secretas fuentes del Nilo: cargo que lo llevó a descubrir el lago Tanganika. En esa empresa lo agredió una alta fiebre; en 1855 los somalíes le atravesaron los carrillos con una lanza. (Burton venía de Harrar, que era ciudad vedada a los europeos, en el interior de Abisinia.) Nueve años más tarde, ensayó la terrible hospitalidad de los ceremoniosos*

caníbales del Dahomé; a su regreso no faltaron rumores (acaso propalados, y ciertamente fomentados, por él) de que había «comido extrañas carnes». Los judíos, la democracia, el Ministerio de Relaciones Exteriores y el cristianismo, eran sus odios preferidos: Lord Byron y el Islam, sus veneraciones. Del solitario oficio de escribir había hecho algo valeroso y plural: lo acometía desde el alba, en un vasto salón multiplicado por once mesas, cada una de ellas con el material para un libro— y alguna con un claro jazmín en un vaso de agua. Inspiró ilustres amistades y amores: de las primeras básteme nombrar la de Swinburne, que le dedicó la segunda serie de Poems and Ballads —in recognition of a friendship which I must always count among the bighest honours of my life— *y que deploró su deceso en muchas estrofas. Hombre de palabra y hazañas, bien pudo Burton asumir el alarde del* Diván *de Almotanabí*:

El caballo, el desierto, la noche me conocen.
El huésped y la espada, el papel y la pluma.

Se advertirá que desde el antropófago amateur *hasta el poligloto durmiente, no he rechazado aquellos caracteres de Richard Burton que sin disminución de fervor podemos apodar legendarios. La razón es clara: el Burton de la leyenda de Burton, es el traductor de las Noches. Yo he sospechado alguna vez que la distinción radical entre la poesía y la prosa está en la muy diversa expectativa de quien las lee: la primera presupone una intensidad que no se tolera en la última. Algo parecido acontece con la obra de Burton: tiene un prestigio previo con el que no ha logrado competir ningún arabista. Las atracciones de lo prohibido le corresponden. Se trata de una sola edición, limitada a mil ejemplares para mil suscritores del* Burton Club, *y que hay el compromiso judicial de no repetir. (La reedición de Leonard C. Smithers «omite determinados pasajes de un gusto pésimo, cuya eliminación no será lamentada por nadie»; la selección representativa de Bennett Cerf —que simula ser integral— procede de aquel texto purificado.) Aventuro la hipérbole: recorrer las* 1001 Noches *en la traslación de Sir Richard no es menos increíble que recorrerlas «vertidas literalmente del árabe y comentadas» por Simbad el Marino. Los problemas que Burton resolvió son innumerables, pero una conveniente ficción puede reducirlos a tres: justificar y dilatar su reputación de arabista; diferir ostensiblemente de Lane; interesar a caballeros británicos del siglo diecinueve con la versión escrita de cuentos musulmanes y orales del siglo trece. El primero de esos propósitos era tal vez incompatible con el tercero; el segundo lo indujo a una grave falta, que paso a declarar. Centenares de dísticos y canciones figuran en las* Noches; *Lane (incapaz de mentir salvo en lo referente a la carne) los había trasladado con precisión, en una prosa cómoda. Burton era poeta: en 1880 había hecho imprimir las* Casidas, *una rapsodia evolucionista que Lady Burton siempre juzgó muy superior a las* Rubaiyát *de Fitz Gerald... La solución «prosaica» del rival no dejó de indignarlo, y optó por un traslado en versos ingleses —procedimiento de antemano infeliz, ya que contravenía a su propia norma de total literalidad. El oído, por lo demás, quedó casi tan agraviado como la lógica.*

. . . . . .

He mencionado la diferencia fundamental entre el primitivo auditorio de los relatos y el club de suscritores de Burton. Aquéllos eran picaros, noveleros, analfabetos, infinitamente suspicaces de lo presente y crédulos de la maravilla remota; éstos eran señores del West End, aptos para el desdén y la erudición y no para el espanto o la risotada. Aquéllos apreciaban que la ballena muriera al escuchar el grito del hombre; éstos, que hubiera hombres que dieran crédito a una capacidad moral de ese grito. Los prodigios del texto —sin duda suficientes en el Kordofán o en Bulak, donde los proponían como verdades— corrían el albur de parecer muy pobres en Inglaterra. (Nadie requiere de la verdad que sea verosímil o inmediatamente ingeniosa; pocos lectores de la Vida y Correspondencia de Carlos Marx reclaman indignados la simetría de las Contrerimes *de Toulet o la severa precisión de un acróstico.) Para que los suscrito-res no se le fueran, Burton abundó en notas explicativas «de las costumbres de los hombres islámicos». Cabe afirmar que Lane había preocupado el terreno. Indumentaria, régimen cotidiano, prácticas religiosas, arquitectura, referencias históricas o alcoránicas, juegos, artes, mitología —eso ya estaba elucidado en los tres volúmenes del incómodo precursor. Faltaba, previsiblemente, la erótica. Burton (cuyo primer ensayo estilístico había sido un informe harto personal sobre los prostíbulos de Bengala) era desaforadamente capaz de tal adición. De las delectaciones morosas en que paró, es buen ejemplo cierta nota arbitraria del tomo séptimo, graciosamente titulada en el índice* capotes mélancoliques. *La* Edinburgh Review *lo acusó de escribir para el albañal; la Enciclopedia Británica resolvió que una traslación integral era inadmisible y que la de Edward Lane «seguía insuperada para un empleo realmente serio». No nos indigne demasiado esa oscura teoría de la superioridad científica y documental de la expurgación: Burton cortejaba esas cóleras. Por lo demás, las muy poco variadas variaciones del amor físico no agotan la atención de su comentario. Este es enciclopédico y montonero, y su interés está en razón inversa de su necesidad. Así el volumen 6 (que tengo a la vista) incluye unas trescientas notas, de las que cabe destacar las siguientes: una condenación de las cárceles y una defensa de los castigos corporales y de las multas; unos ejemplos del respeto islámico por el pan; una leyenda sobre la capilaridad de las piernas de la reina Belkís; una declaración de los cuatro colores emblemáticos de la muerte; una teoría y práctica oriental de la ingratitud; el informe de que el pelaje overo es el que prefieren los ángeles, así como los genios del doradillo; un resumen de la mitología de la secreta Noche del Poder o Noche de las Noches; una denuncia de la superficialidad de Andrew Lang; una diatriba contra el régimen democrático; un censo de los nombres de Mohámed, en la Tierra, en el Fuego y en el Jardín; una mención del pueblo amalecita, de largos años y de larga estatura; una noticia de las partes pudendas del musulmán, que en el varón abarcan del ombligo hasta la rodilla, y en la mujer de pies a cabeza; una ponderación del* asa'o *del gaucho argentino; un aviso de las molestias de la «equitación» cuando también la cabalgadura es humana; un grandioso proyecto de encastar monos cinocéfalos con mujeres y derivar así una subraza de buenos proletarios. A los cincuenta años, el hombre ha acumulado ternuras, ironías, obscenidades y copiosas anécdotas; Burton las descargó en sus notas.*

Queda el problema fundamental. ¿Cómo divertir a los caballeros del siglo diecinueve con las novelas por entregas del siglo trece? Es harto conocida la pobreza estilística de las Noches. *Burton, alguna vez, habla del «tono seco y comercial» de los prosistas árabes, en contraposición*

al exceso retórico de los persas; Littmann, el novísimo traductor, se acusa de haber interpolado palabras como preguntó, pidió, contestó, *en cinco mil páginas que ignoran otra fórmula que* dijo *—invocada invariablemente. Burton prodiga con amor las sustituciones de ese orden. Su vocabulario no es menos dispar que sus notas. El arcaísmo convive con el argot, la jerga carcelaria o marinera con el término técnico. No se abochorna de la gloriosa hibridación del inglés: ni el repertorio escandinavo de Morris ni el latino de Johnson tienen su beneplácito, sino el contacto y la repercusión de los dos. El neologismo y los extranjerismos abundan*: castrato, inconséquence, hauteur, in gloria, bagnio, langue fourée, pundonor, vendetta, Wazir. *Cada una de esas palabras debe ser justa, pero su intercalación importa un falseo. Un buen falseo, ya que esas travesuras verbales y otras sintácticas— distraen el curso a veces abrumador de las* Noches. *Burton las administra: al comienzo traduce gravemente* Sulayman, Son of David (on the twain he peace!); *luego —cuando nos es familiar esa majestad— lo rebaja a* Salomon Davidson. *Hace de un rey que para los demás traductores es «rey de Samarcanda en Persia»* , a King of Samarcand in Barbarian-land; *de un comprador que para los demás es «colérico»*, a man of wrath. *Ello no es todo: Burton reescribe íntegramente —con adición de pormenores circunstanciales y rasgos fisiológicos— la historia liminar y el final*.

. . . . . .

Jorge Luis Borges

EL PESCADOR Y EL JINNI

Ha llegado a mis oídos, ¡oh magnánimo rey!, que había un pescador ya bien entrado en años que tenía esposa y tres hijos y hallábase además sumido en la pobreza. Tenía por costumbre echar su red cuatro veces al día y nada más. Cierta jornada, encaminóse en pleno mediodía a la orilla del mar, donde, tras depositar su cesto y aligerarse de ropa, se introdujo en las aguas, arrojó la red y aguardó a que esta tocara fondo. Reunió entonces los cabos y tiró de ella, hallándola muy pesada; aunque puso todo su empeño no consiguió sacarla; tomó entonces los cabos, clavó una estaca en tierra y amarró a ella la red. Desnudóse luego y se zambulló en las aguas donde estaba la red y no cesó en su laborioso esfuerzo hasta que la hubo llevado a tierra. Gozóse con ello y volviendo a vestirse fuese hacia la red, en la cual halló un asno que había destrozado las mallas. Al ver aquello, en su aflicción exclamó: «¡No hay Majestad y no hay Poder sino en Alá el Glorioso, el Grande!» Luego dijo: «Una extraña clase de pan cotidiano es esta», y comenzó a recitar en improvisados versos:

> Oh, tú que te afanas en las tinieblas de la noche entre peligros y congojas, / A tu cuota de afanes por el pan de cada día no bastan todos tus esfuerzos.
>
> ¿No has visto al pescador perseguir en el mar / Su pan, mientras brillan levemente las estrellas como en una intrincada madeja?
>
> Presto se zambulle a despecho del embate de las olas. / Con mirada anhelante contempla por un tiempo la henchida red,
>
> Gozándose al fin de la nocturna ganancia, lleva a su hogar un pescado / Cuya boca ha quedado atrapada y abierta en dos por el garfio del Destino.
>
> Cuando este su pescado vende un hombre que ha pasado las horas nocturnas / Indiferente al frío, a la humedad y a las tinieblas, a las que se halla resignado como toda holgura y regalo.
>
> Alaba al Señor que a este otorga y a aquel otro niega sus deseos / Y que asigna a uno el afán y la captura de la presa y a otro el comerse los pescados[1].

Luego dijo: «¡Ánimo y a ello! Cuento con Su benignidad, *¡insallah!*» Y prosiguió de este modo:

> Cuando seas presa del Destino Adverso adopta / La resignación del alma noble: es tu supremo gesto.
>
> No te lamentes ante las creaturas; sería el lamento / Del más piadoso ante el más despiadado.

El pescador, tras contemplar el asno muerto, lo liberó de las mallas y escurrió y desplegó la red. Luego se metió en el agua diciendo: «¡En el nombre de Alá!», la echó y tiró de ella, pero tomóse pesada y más firmemente asentada en el fondo que la primera vez. Pensó que ahora sí que habría peces en ella, la amarró sólidamente y quitándose las ropas se metió en el agua, se zambulló y tiró de ella hasta llevarla a tierra firme. Entonces halló en su interior una gran tinaja de barro repleta de

barro y cieno; al verlo, sintióse sobremanera atribulado y comenzó a declamar estos versos[2]:

Cesad, oh aflicciones del mundo / Y perdonad si no queréis cesar.

Fui en busca de mi pan cotidiano / Y hallo que debo pasarme sin pan.

Pues ni mi arte me procura cosa alguna / Ni el Destino me depara ganancia.

¡Cuántos necios alcanzan las Pleiades / Mientras las tinieblas sojuzgan al prudente y al laborioso!

Imploró el perdón de Alá y arrojando la tinaja escurrió la red, la dejó limpia y volvió al mar por tercera vez a echarla y esperó a que se hundiera. Tiró luego de ella y halló que contenía trozos de ollas de barro y cristales rotos; entonces empezó a recitar estos versos:

El ha dispuesto que no puedas dar ni retener el pan cotidiano / Y que la pluma ni el papel te garanticen que hallarás el pan cotidiano.

Pues de alegría y de pan cotidiano tendrás lo que el Destino se digne concederte; / Es esta tierra un aciago y estéril suelo mientras aquella colma de gozo al labriego.

Los dardos del Tiempo y de la Vida derriban a muchos hombres de valía / Mientras elevan en grado sumo a sujetos de innoble espíritu.

¡Ven, Muerte! pues, ya que la Vida no vale un adarme; / Cuando baja en picado el halcón hiende los vientos el ánade.

No te asombre ver a los del alma y espíritu elevados. / En la pobreza y elevarse por designio de la Fortuna a muchos villanos indignos.

Volará este pájaro por todo el mundo de este a oeste / Y verá aquel otro satisfechos todos sus deseos sin jamás abandonar su nido.

Alzando luego sus ojos al cielo dijo: «¡Oh Dios mio![3] tú sabes en verdad que sólo echo mi red cuatro veces al día[4]; ya van tres y no me has concedido cosa alguna. Así, pues, esta vez, Dios mío, dame mi pan de cada día.» Luego, habiendo invocado el nombre de Alá[5], lanzó de nuevo su red y esperó a que se hundiera y asentara; después tiró de ella pero no pudo extraerla pues se había enganchado en el fondo. Contrariado, exclamó: «¡No hay Majestad y no hay Poder sino en Alá!» y comenzó a recitar:

Baldón para este mundo miserable, así Dios lo quiera / Debo ser subyugado por la aflicción y la miseria.

Aunque el hombre esté colmado de alegrías cuando la mañana alborea / Apurará la copa del infortunio antes de alcanzar las vísperas.

Con todo, soy uno de los que el mundo, al ser interrogado / «¿Quién disfruta la mayor ventura?», diría a menudo: «¡Es él!».

Se despojó luego de sus vestiduras y zambulléndose junto a la red trabajó arduamente hasta llevarla a tierra. Abrió entonces las mallas y halló dentro una vasija de cobre amarillo[6] con forma de pepino que evidentemente contenía algo y cuya boca estaba amordazada con una tapadera de plomo, estampada con el sello del anillo de nuestro señor Salomón, hijo de David (¡Que Alá acoja a ambos en su seno!). Congratulóse el pescador al verlo y dijo: «Si lo vendo en el mercado de calderos me valdrá diez dinares de oro». La sacudió y al advertir que era pesada prosiguió: «Quiera el cielo que sepa lo que hay dentro. Pues debo y quiero abrirlo y ver lo que contiene y guardármelo en la bolsa y luego ir a venderla en el mercado de calderos». Y tomando un cuchillo lo aplicó al plomo hasta desprenderlo de la vasija; depositó entonces el jarrón en el suelo y lo sacudió a fin de que cayera lo que había dentro. No halló cosa alguna, de lo que se maravilló sobremanera.
Pero al instante brotó de la vasija una humareda que formó una espiral en el éter (de lo que nuevamente se asombró sobremanera) y que fue desparramándose por la superficie de la tierra hasta que, al poco, habiendo alcanzado su máxima altura, el espeso vapor se condensó y quedó convertido en un *efrit* de enorme tamaño cuyo penacho tocaba las nubes y cuyos pies se apoyaban en tierra. Era su cabeza como una cúpula, sus manos como horquillas, largas sus piernas como mástiles y su boca tan grande como una caverna; sus dientes eran como grandes rocas, sus fosas nasales como tinajas, sus ojos como dos faros y su aspecto fiero y amenazador. Al ver al *efrit*, al pescador le temblaron los ijares, los dientes le castañetearon, la boca se le quedó seca y quedóse sin saber qué hacer. En esto, el *efrit* le miró y exclamó: «No hay otro Dios que *el* Dios y Salomón es el profeta de Dios», añadiendo al poco: «Oh, Apóstol de Alá, no me quites la vida; jamás me opondré a tí de palabra ni pecaré contra tí con mis actos»[7]. Dijo el pescador: «Oh, Marid[8], has dicho Salomón, el Apóstol de Alá, y Suleimán murió hace algunos milenios y ochocientos años[9] y ahora estamos en los últimos días del mundo. ¿Qué cuento es ese y cuál es tu propia historia y cuál es la causa de que te metieran en ese pepino?». Al oír el espíritu maligno las palabras del pescador, dijo: «No hay otro Dios que *el* Dios; ¡regocíjate, oh pescador!». El pescador dijo: «¿Por qué me invitas a regocijarme?», y aquel replicó: «Porque has de morir de ominosa muerte en esta misma hora». El pescador dijo: «Por tus buenas noticias merecerías que el Cielo te retirase su protección, oh, tú, lejano[10]. ¿A causa de qué has de darme muerte y qué es lo que he hecho para merecer la muerte, yo, que te he liberado del jarrón y te he rescatado de las profundidades del mar y te he traído a tierra firme?». El *efrit* replicó: «Pídeme tan sólo qué tipo de muerte quieres morir y la forma de sacrificio en que he de sacrificarte». Repuso el pescador: «¿Cuál es mi crimen y a causa de qué tal castigo?». Dijo el *efrit*: «Oye mi historia, oh, pescador», y aquel respondió: «Cuenta y sé breve en tu relato, porque en verdad que tengo el corazón en un puño»[11]. Dijo entonces el *jinni*: «Has de saber que soy uno de los heréticos *jann* y que pequé contra Salomón, hijo de David (¡la paz con los dos!), junto con el famoso Sakhr al-Jinni[12], por lo que el profeta envió a su ministro Assaf, hijo de Barkhiyá, a prenderme, y este *wazir* me llevó, en contra de mi voluntad, y me condujo cautivo ante él en condición de suplicante. Al verme, Salomón invocó la protección de Alá y me comminó a abrazar la Verdadera Fe y a obedecer

sus mandatos, pero yo me negué, así que mandó traer este pepino[13], me encerró dentro y lo tapó con plomo sobre el cual estampó el Nombre del Altísimo y dio órdenes al *jann* de que me llevara y me arrojase a lo más profundo del océano. Allí moré durante un centenar de años, durante los cuales me decía: 'A aquel que me libere le haré rico para siempre'. Pero transcurrió todo el siglo sin que nadie me liberase y entré en las segundas diez décadas diciendo: 'Para aquel que me libere yo abriré los tesoros de la tierra'. Pero nadie me liberó y así pasaron cuatrocientos años. Entonces dije: 'A aquel que me libere le satisfaré tres deseos'. Pero nadie me liberó. De modo que me encolericé sobremanera y me dije: 'A aquel que me libere a partir de ahora le daré muerte y le permitiré elegir la muerte de que quiera morir', y puesto que tú me has liberado te doy a elegir la clase de muerte que quieras». El pescador, oídas las palabras del *efrit*, dijo: «¡Oh, Alá, por cuyo milagro has permanecido a salvo hasta que yo he venido a liberarte!», y añadió: «Perdóname la vida al igual que Alá perdonó la tuya y no me des muerte para que Alá no envíe a alguien que te dé muerte a ti». Replicóle el contumaz: «Nada puede evitarlo; debes morir; así, pues, pídeme como un favor la clase de muerte que deseas tener». Pese a esta reafirmación el pescador se dirigió una vez más al *efrit* diciendo: «Perdóname la vida en generosa recompensa por haberte liberado»; y el *efrit*: «Con toda seguridad que no te habría dado muerte si no fuera porque me has liberado». «¡Oh, supremo *efrit*», dijo el pescador, 'yo te he hecho el bien y tú me correspondes con el mal! En verdad que no mentía el viejo proverbio al decir:

> Nosotros les procuramos riquezas y ellos pagaron nuestras riquezas con maldades / ¡Por mi vida!, que tal es la obra del malvado.
>
> Aquel que favorece a sujetos indignos / Le acontecerá lo que le aconteció al prójimo de Ummi-Amir[14].

Al oír el *efrit* aquellas palabras contestó: «Ya basta de charla; tengo que darte muerte». Tras lo cual el pescador se dijo para sí: «Este es un *jinni* y yo soy un hombre a quien Alá ha concedido un ingenio aceptablemente agudo, así que ahora voy a pensarme cómo conseguir su destrucción mediante mis tretas y mi inteligencia, aunque no sea más que porque sólo se aconseja de su malicia y su petulancia»[15]. Empezó por preguntarle al *efrit*: «¿En verdad estás resuelto a matarme?», y al recibir por toda respuesta: «Desde luego», exclamó: «Pues, en el Nombre Más Excelso, grabado en el sello de Salomón, el hijo de David, (¡la paz sea con ambos bienaventurados!), si te hago una pregunta, ¿me contestarás la verdad?». El *efrit* replicó: «Sí», pero al oír la invocación del Nombre Más Excelso sintióse turbado en su interior y dijo un tanto trémulo: «Pregunta y sé breve». Dijo el pescador: «¿Cómo te metiste en esta vasija, donde apenas si cabe una de tus manos, no, ni siquiera uno de tus pies, y cómo se hizo tan grande como para caber entero?». El *efrit* replicó: «¡Cómo!, ¿es que no crees que yo estaba ahí dentro todo entero?», y el pescador repuso:
«Nunca ni en modo alguno te creeré hasta que te vea dentro con mis propios ojos»; el perverso espíritu se estremeció[16] al instante y se convirtió en vapor que se comprimió y fue introduciéndose en la vasija poco a poco hasta que todo él estuvo dentro y entonces, ¡ved!, el pescador tomó a toda prisa la sellada tapa de plomo y cerró la boca de la vasija y le gritó al *efrit* diciendo: «¡Pídeme

como un favor la clase de muerte que deseas tener! Por Alá que te arrojaré al mar[17] ahí delante y me construiré aquí una morada y a todo el que venga le advertiré de que no pesque y le diré: ¡En estas aguas moraba un *efrit* que concedió como último deseo una selección de muertes y clases de matanza al hombre que le había salvado!».

El *efrit*, cuando oyó al pescador decir esto y se vio en el limbo, pensó en escapar, pero se lo impedía el sello de Salomón; supo entonces que el pescador le había engañado y le había ganado en astucia y se tornó humilde y sumiso y empezó a decir dócilmente: «Sólo bromeaba contigo». Pero el otro contestó: «Mientes, oh, el más vil de los *efrits* y el más inmundo y ruin», y se encaminó con la vasija hacia la orilla del mar, el *efrit* gritando: «No, no», y él gritando «Sí, sí». Entonces, el espíritu perverso, bajando la voz y suavizando el tono de sus palabras, humildemente dijo: «¿Qué intentas hacer conmigo, oh, pescador?». «Voy arrojarte de vuelta al mar», respondió, «al que has tenido por morada y hogar durante mil ochocientos años y allí te dejaré hasta el día del juicio. ¿No te dije: Perdóname y Alá te perdonará y no me des muerte para que Alá no te dé muerte a tí?; pero desdeñaste mis súplicas, y si no hubieras tenido la intención de portarte conmigo de un modo inmisericorde Alá no te hubiera puesto en mis manos, y soy más astuto que tú». Dijo el *efrit*: «Déjame salir y te haré rico». Dijo el pescador: «¡Mientes, maldito! Este asunto entre tú y yo es como el del *wazir* del Rey Yunán y el sabio Dubán»[18]. «¿Y quién era el *wazir* el Rey Yunán y quién era el sabio Dubán y cuál es su historia?», dijo el *efrit*, por lo que el pescador empezó a decir:

Cuento del wazir y del sabio Dubán

Has de saber, oh, *efrit*, que en los días de antaño, en una época ha mucho tiempo ya ida, un rey llamado Yunán reinaba sobre la ciudad de Fars, del país de Roum[19]. Era un gobernante rico y poderoso que tenía ejércitos y guardias y aliados en todas las naciones de los hombres; pero su cuerpo padecía una lepra que pócimas y hombres de ciencia fracasaban en curar. Bebió elixires, tragó polvos, usó ungüentos, pero nada de ello le trajo alivio y ninguno de entre la hueste de sus médicos acertó a conseguir su curación. Por último, llegó a su ciudad un eficiente curandero de avanzada edad, el sabio Dubán, el eminente. Era este hombre muy leído en libros griegos, persas y romanos, árabes y sirios y diestro en el arte de la astronomía y en el arte de la medicina, tanto de su teoría como de su práctica; había experimentado con todos aquellos que habían sanado y con los que padecían en su cuerpo; era conocedor de las virtudes de todas las plantas, hierbas y matojos y de sus efectos benéficos y nocivos, y entendía la filosofía y había llegado a comprender todas las especialidades de la ciencia médica y otras ramas del árbol de la sabiduría. Este físico llevaba tan sólo unos pocos días en la ciudad cuando oyó hablar de la enfermedad del rey y de todos sus

sufrimientos corporales a causa de la lepra con que Alá le afligía y de cómo todos los doctores y sabios habían fracasado en procurarle la salud. A causa de ello permaneció toda la noche sentado en profunda meditación y cuando se alzó la aurora y surgió la mañana y renació la luz y el sol saludó al Benigno[20] cuyas perfecciones adornan el mundo, vistió sus ropas más galanas y llegándose hasta el Rey Yunán besó la tierra a sus plantas; después hizo votos por la perduración de su honor y su prosperidad con el lenguaje más florido y dióse a conocer diciendo: «Oh, Rey, hasta mí ha llegado noticia de lo que te ha acontecido a causa de lo que hay en tu persona y de cómo toda la hueste de físicos se ha mostrado incapaz de ponerle coto y ¡mira! yo puedo cúrate, ¡oh, Rey!, ¡y ni siquiera te haré beber cosa alguna ni te ungiré con ungüento!». El Rey Yunán, al oír estas palabras, dijo con inmensa sorpresa: «¿Y cómo lo harás? Si me devuelves la salud te cubriré de riquezas a tí y a los hijos de tus hijos y te haré suntuosos presentes y todo cuanto desees será tuyo y serás mi compañero de libación[21] y mi amigo». Luego, el Rey le revistió con un atuendo de gala y cortésmente le rogó y le preguntó: «¿De veras puedes curarme de este mal sin drogas ni ungüentos?», y él respondió: «¡Sí! Yo te sanaré sin los dolores y las penalidades de la medicina». Quedó el rey maravillado sobremanera y dijo: «Oh, médico, ¿cuándo ocurrirá esto que me dices y en cuántos días tendrá lugar? ¡Apresúrate, oh, hijo mío!». Replicó aquél: «Oigo y obedezco; la curación será mañana». Dicho esto se retiró de su presencia y alquiló una casa en la ciudad para mejor acomodo de sus libros y pergaminos, sus medicinas y sus raíces aromáticas. Se puso luego a la tarea de seleccionar las drogas y los componentes más adecuados y fabricó un bastón hueco por dentro y con una empuñadura al exterior y para el que hizo una pelota, ambas cosas realizadas con un arte consumado. Al día siguiente, cuando estaban ya dispuestos para su uso y ninguna otra cosa era precisa, llegóse hasta el rey y besando el suelo entre sus manos le invitó a que cabalgara hasta el campo de equitación[22] para jugar a la pelota con el mazo. Todo el séquito le acompañaba. Emires y chambelanes, *wazires* y señores del reino, y antes de sentarse se llegó a él el sabio Dubán y alargándole el bastón le dijo: «Toma esté mazo y empúñalo tal como yo; ahora, lánzate hacia la planicie y bien inclinado sobre tu caballo golpea la pelota con todas tus fuerzas hasta que tu palma esté húmeda y tu cuerpo transpire; entonces penetrará la medicina a través de tu palma y empapará a toda tu persona. Cuando hayas terminado de jugar y sientas los efectos de la medicina vuelve a tu palacio y haz la ablución de *ghusl*[23] en el baño *hamman* y túmbate allí hasta quedar dormido; de este modo quedarás curado; y ahora, que la paz sea contigo». Así que el Rey Yunán tomó el bastón de manos del sabio y lo agarró firmemente; luego, montando en su corcel, lanzó la pelota por delante de sí y galopó tras ella hasta alcanzarla, golpeándola con todas sus fuerzas. Y durante todo el tiempo su mano empuñaba el bastón y no cesó de golpear la pelota hasta que la mano estuvo bien húmeda y su piel, al transpirar, embebió la medicina de la madera. Supo entonces el sabio Dubán que la droga había penetrado en su persona y le invitó a volver al palacio y meterse en el *hamman* sin más dilaciones; así, pues, el Rey Yunán regresó inmediatamente y ordenó que le dejaran libre el baño. Así lo hicieron con rapidez los encargados de tender los tapices y apresuráronse los esclavos y tuviéronle a punto el cambio de ropa al rey. Penetró este en el baño y procedió a una ablución larga y detenida; vistióse después en el *hamman* y cabalgó luego hasta su palacio, donde se tumbó y quedó dormido. Esto en cuanto se refiere al rey Yunán, mas por lo que respecta al sabio Dubán, regresó a su casa y durmió como de costumbre y cuando alboreó la mañana acudió al palacio y solicitó audiencia. Ordenó el rey que le

franquearan la entrada; luego, tras besar el suelo entre sus manos, con solemne entonación, recitó estos versos en alusión al rey:

> Gozosa es la elocuencia cuando su señor te pregona / Mas tórnase plañidera si otro hombre tal título reclama.
>
> Oh, señor del más soberbio porte, cuyos esclarecedores rayos / Disipan las nieblas de la duda que siempre vela las más afamadas hazañas.
>
> ¡Que tu rostro nunca deje de refulgir como la aurora y el alba de la mañana / Y nunca muestre el rostro del Tiempo inflamado con el ardor de la cólera!
>
> Tu gracia nos ha dispensado dones que son como / Nubes grávidas de lluvia que se derrama copiosamente sobre las colinas circundadas de calveros.
>
> Has prodigado tu abundancia a extremos tales / Que has conquistado al Tiempo las cimas a que tu grandeza apuntaba.

Al terminar el sabio de recitar el rey se levantó con presteza y le echó los brazos al cuello; después, le hizo sentarse a su lado y ordenó que le revistieran con una suntuosa túnica, pues había acontecido que cuando el rey abandonó el *hamman* miró su cuerpo y no halló en él rastro de lepra: la piel estaba tan limpia como la plata virginal. Regocijóse sobremanera por ello, su pecho se ensanchó de gozo[24] y sintióse plenamente feliz. De inmediato, estando el día ya avanzado, se presentó en su salón de audiencias y sentóse en el trono de su realeza, a partir de cuyo instante congregáronse en su presencia sus chambelanes y proceres y junto con ellos el sabio Dubán. Al ver al alquimista el rey le elevó hasta él con todo honor y le hizo sentar a su lado; luego, las bandejas repletas de alimentos proveyeron de las más delicadas viandas y el físico comió con el rey y no se apartó de su lado en todo el día. Además, a la caída de la tarde entregó al físico Dubán dos mil piezas de oro junto con la habitual túnica de honor y un sinfín de otros presentes y le despidió camino de su casa en su propio corcel. Cuando se hubo marchado el sabio, el rey Yunán manifestó una vez más su asombro ante el arte del alquimista diciendo: «Este hombre ha medicado mi cuerpo por fuera sin ungirme con ungüento alguno; ¡por Alá, que esto sí que es consumada pericia! Voy a honrar a este hombre con recompensas y distinciones y a tenerle por compañero y amigo para el resto de mis días». El rey Yunán pasó la noche gozoso y feliz porque su cuerpo había recuperado la salud y se había librado de tan perniciosa dolencia. Por la mañana, el rey salió del serrallo y sentóse en su trono y los magnates quedaron en pie en torno suyo y los emires y *wazires* sentáronse según su costumbre a su derecha y a su izquierda. Requirió entonces al sabio Dubán, que entró y besó el suelo ante él, tras lo cual el rey le alzó y le saludó, y sentándole a su lado comió con él y le deseó larga vida. Además, hízole ataviar y le colmó de presentes y no cesó de conversar con él hasta la llegada de la noche. Luego, el rey le asignó en concepto de salario cinco túnicas de gala y mil dinares[25]. El físico regresó a su casa lleno de gratitud hacia el rey. Cuando amaneció el nuevo día el rey acudió a su salón de audiencias y sus señores y nobles congregáronse en torno suyo, y sus chambelanes y ministros, como lo blanco del ojo circunda a lo negro[26]. El rey tenía un *wazir* entre sus *wazires* de una extrema fealdad, una visión de

mal agüero; sórdido, mezquino, envidioso y perverso. Cuando este ministro vio que el rey colocaba al físico junto a sí y le ofrecía todos aquellos presentes, sintió una gran envidia de él y planeó causarle algún mal, según el dicho acerca de esto: «La envidia anida en todos los seres», y el dicho: «La crueldad se esconde en todos los corazones; la fuerza la revela, la debilidad la oculta». Entonces el ministro llegóse hasta el rey y besando el suelo entre sus manos dijo: «Oh, rey del siglo de todos los tiempos, tú, en cuyo favor he crecido hasta la edad viril, tengo un consejo importante que ofrecerte y si me lo guardara sería un bastardo y no un hombre bien nacido; así, pues, si tú me ordenas que lo manifieste, lo haré al instante». Dijo el rey (y hallábase turbado por las palabras del ministro): «¿Cuál es tu consejo?». Dijo aquel: «Oh, glorioso monarca, el viejo sabio dejó dicho: 'El que no mira al término no tiene a la Fortuna por amiga'. Y en verdad que últimamente he visto al rey por un rumbo muy distante del acertado; pues ha prodigado su largueza hacia su enemigo, hacia alguien cuyo objetivo es la decadencia y la ruina de su reino: a ese hombre le ha dispensado su favor, honrándole con excesivo honor y convirtiéndole en un íntimo. A causa de ello siento temor por la vida del rey». El rey, que hallábase muy turbado y con el color demudado, preguntó: «¿De quién sospechas y hacia quién apuntas?», y el ministro respondió: «¡Oh, rey, si estás dormido, despierta! Estoy refiriéndome al físico Dubán». El rey replicó: «¡Caiga sobre ti la ignominia! Se trata de un verdadero amigo que me ha procurado mayor bien que cualquier otro hombre, porque me curó con algo que cogí en la mano y curó mi lepra, con la que habían luchado en vano todos los físicos; en verdad que se trata de un hombre como no podría hallarse otro en nuestros días, ¡no, ni en todo el mundo, desde el más lejano oriente hasta el occidente más remoto! Y es de un hombre tal de quien dices esas cosas tan graves. A partir de este día le asigno sueldo y gajes fijos, mil piezas de oro al mes, y sería una bagatela compartir con él mi reino. Por fuerza debo sospechar, oh, wazir, que ha tomado posesión de ti el maligno espíritu de la envidia hacia este físico y maquinas empujarme a que yo le dé muerte, después de lo cual habría de arrepentirme amargamente, como se arrepintió el rey Sindibad de haber matado a su halcón». Dijo el *wazir*: «Perdóname, oh, rey de los tiempos, ¿cómo ocurrió eso?». Y el rey comenzó el cuento de

El rey Sindibad y su halcón

Se dice (¡pero Alá es omnisciente!)[27] que hubo un rey entre los reyes de Fars muy aficionado a juegos y diversiones, especialmente a las carreras y a la caza. Había criado un halcón al que portaba sobre el puño incluso por las noches y siempre que iba de caza llevaba consigo a esta ave y mandó hacer para él un vasito de oro que llevaba colgado de su cuello para darle de beber. Cierto día en que el rey se hallaba tranquilamente reposando en su palacio, ¡mirad!, su halconero mayor irrumpió

ante él y le dijo: «Oh, rey de los tiempos, hoy es un día perfecto para la cetrería». Dio el rey las órdenes precisas y partió llevando al halcón en el puño y marcharon alegremente hasta que llegaron a un *wady*[28], donde formaron un círculo de redes de caza. Al poco, una gacela fue a caer en las redes y el rey dijo: «A cualquiera que permita que la gacela salte sobre su cabeza y se escape, a ese hombre haré matar sin remedio». Andaban estrechando las redes en torno a la gacela cuando esta surgió junto al lugar en que se hallaba el rey y plantándose sobre sus cuartos traseros inclinó la frente sobre el pecho, como si fuera a besar la tierra delante del rey. Arqueó este sus cejas en señal de reconocimiento al animal, cuando súbitamente dio aquel un gran salto sobre la cabeza del rey y lanzóse camino del desierto. Entonces el rey se volvió hacia su séquito y, al ver que se hacían guiños y le señalaban, preguntó: «*Wazir*, ¿qué dicen esos hombres?» y el ministro respondió: «Dicen que has proclamado que harías matar a cualquiera que permitiese que la gacela le saltara sobre la cabeza». Dijo el rey: «¡Por vida de mi cabeza! Voy a perseguirla y la traeré de vuelta». Y partió al galope tras las huellas de la gacela y no perdió la senda hasta las estribaciones de una cadena de montañas donde la presa había buscado refugio. Entonces el rey le azuzó al halcón, que al instante la alcanzó, y, abalanzándose sobre ella, le clavó las garras en los ojos, aturdiéndola y cegándola[29], y el rey tomó su mazo y descargó tal golpe que rodó por tierra el animal. Desmontó entonces y, tras degollarla y desollarla, la colgó del pomo de la silla. Era la hora de la siesta[30] y el desnudo terreno aparecía abrasado y reseco y no se veía agua por parte alguna y estaba el rey muy sediento, al igual que su caballo; tras cierta búsqueda en torno, halló un árbol que manaba agua, como si fuera manteca líquida, por sus ramas. Inmediatamente, el rey, que calzaba guantes de piel para protegerse de los tósigos, tomó el vaso del cuello del halcón, lo llenó de agua y lo puso delante del pájaro, y he aquí que el halcón lo golpeó con sus garras y derramó el líquido. El rey lo llenó por segunda vez en el chorro, pensando que el halcón tenía sed; pero inmediatamente el halcón lo golpeó con sus garras y lo volcó; entonces el rey montó en cólera contra el halcón y llenando el vaso por tercera vez se lo ofreció a su caballo; pero el halcón lo volcó con una sacudida de sus alas. El rey dijo: «¡Que Alá te confunda, la más funesta de las cosas que vuelan! Me has impedido beber y te has privado a ti mismo y al caballo». Y dio al halcón un golpe con su espada y le cortó las alas; pero el ave levantó la cabeza y por señas le dijo: «Mira lo que cuelga de ese árbol». El rey alzó la mirada al efecto y alcanzó a ver una camada de víboras, cuyo veneno al gotear había tomado por agua; arrepintióse al instante de haberle cortado las alas a su halcón y montando en su caballo emprendió el regreso con la gacela muerta hasta llegar a su campamento, de donde había partido. Arrojóle su presa al cocinero diciendo: «Toma y ásala», y se sentó en una silla con el halcón aún en el puño, cuando súbitamente el ave dio una boqueada y quedó muerta, al ver lo cual el rey estalló en un llanto de pesar y remordimiento por haber causado la muerte a aquel halcón que le había salvado la vida. Y esto fue lo que le ocurrió al rey Sindibad, y seguro estoy de que si hiciera yo lo que tú deseas habría luego de arrepentirme, al igual que aquel hombre que mató a su papagayo. El *wazir* dijo: «¿Y cómo fue eso?». Y el rey principió a decir:

Cuento del marido y el papagayo[31]

Cierto individuo, comerciante a comisión, había contraído matrimonio con una mujer muy hermosa, de una belleza, una gracia, una armonía de formas y un encanto perfectos, por lo que siempre estaba loco de celos y se las arreglaba para no tener que emprender viajes. Como al cabo presentárase una ocasión que le obligaba a separarse de ella, fuese al mercado de aves y por cien piezas de oro compró un papagayo hembra que llevó a su casa para que le hiciera de dueña, en la esperanza de que, a su regreso, le informara de cuanto había acaecido durante su ausencia, pues era el ave observadora y sagaz y jamás olvidaba cuanto veía y oía. Su hermosa mujer habíase enamorado de un joven turco[32] que la visitaba y ella le agasajaba de día y yacía con él de noche. Emprendió el marido su viaje y cumplido el objeto del mismo regresó a su casa; al instante hízose traer el papagayo y le interrogó acerca de la conducta de su consorte mientras él se hallaba en lejanas regiones. Y el papagayo le dijo: «Tu esposa tiene un amante que ha pasado con ella todas las noches durante tu ausencia». En consecuencia, el marido fuése hasta la mujer presa de violenta cólera y le propinó una severa paliza capaz de dejar a gusto a cualquiera. La mujer, sospechando que una de las esclavas le había ido con el cuento al amo, a todas llamó e interrogó bajo juramento y todas juraron haber guardado el secreto, pero no así el papagayo, y añadieron: «Y le hemos oído con nuestros propios oídos». Entonces la mujer ordenó a una de las esclavas que se pusiera con un molinillo de mano debajo de la jaula y que le diera a la manivela, a una segunda que derramara agua por encima de la cubierta de la jaula y a una tercera que se moviera sin cesar por todas partes con un espejo de bruñido acero originando vivos reflejos durante toda la noche. A la mañana siguiente, cuando el marido regresó a su casa después de haber estado divirtiéndose con uno de sus amigos, se hizo traer al papagayo ante sí y le preguntó que había ocurrido mientras él estaba fuera.

«Perdóname, mi amo», respondió el pájaro, «nada he podido oír ni ver a causa de la gran oscuridad, los truenos y los relámpagos que ha habido toda la noche». Habida cuenta de que se encontraban en pleno verano, quedóse el amo estupefacto y exclamó: «¡Pero si estamos en pleno *tammiz*[33] y no es esta época de lluvias y tormentas!». «Ay, por Alá», replicó el pájaro, «con estos ojos he visto cuanto te ha dicho mi lengua». El hombre, pues, ignorante del ardid y sin olerse el engaño, fue presa de inmensa cólera y deduciendo que su esposa había sido acusada injustamente, alargó la mano y sacando al papagayo de la jaula lo arrojó contra el suelo con tal ímpetu que lo dejó muerto en el acto. Algunos días más tarde, una de sus esclavas le confesó toda la verdad[34], aunque no la creyó hasta que vio al joven turco salir de su alcoba; esgrimió entonces la espada[35] y le dio muerte de un tajo en el pescuezo y lo mismo hizo con la adúltera; y de este modo, ambos abrumados con el pecado mortal, fueron a parar al fuego eterno. Supo entonces el mercader que el papagayo le había dicho la verdad de cuanto había visto y afligióse de su pérdida con gran pesadumbre, cuando ya su aflicción de nada le servía.

El ministro, al escuchar las palabras del rey Yunán, replicó: «Oh monarca, encumbrado en dignidad, ¿qué daño le he hecho yo o qué perversidad he visto en él para maquinar su muerte? Nunca haría esto sino para servirte y pronto verás que es cierto; y si aceptas mi consejo te salvarás, en caso contrario perecerás, como le ocurrió al *wazir* que traicionó a su joven príncipe». El rey preguntó: «¿Cómo

ocurrió eso?», y el ministro comenzó así:

Cuento del príncipe y la ogresa

Cierto rey que tenía un hijo sobremanera inclinado a la caza y a las carreras ordenó a uno de sus *wazires* que no se apartase de él dondequiera que fuese. Cierto día, el joven salió de caza acompañado por el ministro de su padre y conforme avanzaban juntos apareció ante su vista un animal salvaje. El *wazir* le gritó al hijo del rey: «¡Adelante, a por la noble presa!» Salió el príncipe en su persecución hasta perderse de vista y luego la pieza se perdió en la selva. Hallábase el príncipe desorientado y sin saber por qué camino regresar cuando he aquí que se encontró ante él una joven dama sumida en llanto. Preguntóle el hijo del rey: «¿Quién eres?», y ella respondió: «Soy hija de un rey de reyes de Hind y viajaba en una caravana por el desierto, me venció el sopor y me caí de mi montura inadvertidamente; he quedado separada de mi gente y me hallo penosamente aturdida.» El príncipe, al oír estas palabras, sintió gran compasión de ella y tras montarla a la grupa de su caballo siguieron viaje, hasta llegar a unas antiguas ruinas[36], momento en que la joven le dijo: «Oh mi amo, quisiera atender una demanda de la naturaleza». La depositó, pues, junto a las ruinas y tanto empezó a demorarse que, al cabo, el hijo del rey empezó a pensar que no hacía más que perder el tiempo; siguió tras ella sin ser advertido y hallóse con que era una *ghúlah*[37], que estaba diciéndole a su prole: «Oh retoños míos, hoy os traigo para cenar a un joven[38] hermoso y rollizo», a lo que ellos respondieron: «Tráenosle enseguida, madre, para atiborrarnos con él». El príncipe, al escuchar la conversación, túvose por muerto y le temblaron las ijadas de miedo, así que dio media vuelta y se dispuso a huir. Reapareció entonces la *ghúlah* y al verle presa de tan afligido pavor (pues todos los miembros le temblaban) exclamó: «¿De qué tienes miedo?», y él replicó: «He tropezado con un enemigo a quien temo en demasía». La *ghúlah* le preguntó: «¿No has dicho: Soy hijo de un rey?» y el joven contestó: «Eso nada cambia». Entonces ella dijo: «¿Por qué no le entregas a tu enemigo la cantidad de dinero precisa para complacerle?», y el joven dijo: «No va a quedar satisfecho con mi bolsa sino con mi vida; le temo mortalmente y me siento agobiado». A lo que ella replicó: «Si te hallas en tan gran zozobra como crees, invoca contra él la ayuda de Alá, que con toda seguridad te protegerá de su vileza y su perversidad a las que tanto temes». El príncipe entonces elevó su mirada al cielo y exclamó: «¡Oh Tú que respondiste al menesteroso cuando clamó a Tí y disipaste su zozobra! ¡Oh Dios mío, concédeme la victoria sobre mi enemigo y apártale de mí pues Tú eres el Todopoderoso sobre todas las cosas!» La *ghúlah*, al oír su plegaria, alejóse de él y el príncipe volvió a la casa de su padre y le contó lo sucedido con el *wazir*. Ordenó el rey que el ministro se presentara ante él y en el mismo lugar y hora le hizo matar. «De modo semejante, oh rey, si persistes

en confiar en ese alquimista perecerás de la más horrible de las muertes. En verdad que aquel a quien has encumbrado y a quien has convertido en íntimo tuyo causará tu destrucción. ¿No has visto cómo ha sanado el mal de tu cuerpo mediante algo que tú has blandido con tu mano? ¡Asegúrate que no te destruya con algo asido de igual modo!» El rey Yunán replicó: «Dices verdad, *wazir*, bien podría suceder como sugieres, oh mi bien aconsejado ministro, y acaso este sabio ha venido a mí como espía con intención de matarme, pues ciertamente que si me ha curado mediante algo que he asido con la mano también puede matarme con alguna cosa que me dé a oler. Oh ministro, ¿qué debemos hacer con él?», y el *wazir* contestó: «Envía a por él en este mismo instante y requiérele a tu presencia y cuando venga hazle degollar y de este modo te verás libre de su iniquidad y búrlale antes de que él te burle a ti». «Nuevamente has hablado con justeza, oh *wazir»*, dijo el rey, y a continuación hizo llamar al sabio, que acudió con ánimo placentero, pues no sabía lo que el Misericordioso había decretado para él; como dijo cierto poeta a modo de ilustración:

Oh tú que temes al Destino, sigue tu ruta sosegado; / Confíalo todo a Aquel que creó el mundo y aguarda.

Lo que el Destino dijo «Sé» por fuerza debe ser, oh mi señor; /Y a salvo estás de lo que el Destino no ha dispuesto.

El físico Dubán, al entrar, dirigióse al rey con estos versos:

Si me quedo corto en mi gratitud y no te doy las gracias día tras día,/ ¿Para quién he compuesto mi prosa y mi poesía, para quién mi palabra y mi canto?

Me has prodigado tus generosos dones antes de que yo los implorase, / Has prodigado las no solicitadas dádivas sin pretexto ni dilación.

¿Cómo recatarme en mis alabanzas a ti, cómo dejar de loar / Tu munificencia, ya en lo recóndito como en la más patente ostentación?

Aún más, siempre agradeceré tus mercedes, pues tus favores / Serán siempre ligeros para mi pensamiento y mi lengua por pesados que sean sobre mis hombros.

Y dijo aún más del mismo tenor:

¡Desecha el pesar y no te angusties, / Encomienda tus penurias al Destino y al Hado!

Disfruta plenamente del Presente / Y deja que el Pasado quede bien olvidado:

Pues todo aquello que acaso parezca lo peor / Engendrará tu ventura si Alá así lo quiere.

Alá hará cuanto desee / Y no te opongas a su voluntad.

Y aún más:

Todas las cosas terrenas confíalas al Único Sutil Omnisciente. / Despójate de todo cuanto te ata a lo mundano.

Aprende sabiamente que nada logras por tu voluntad. / Sino por la voluntad de Alá, Rey de reyes.

Y por último:

Feliz y dichoso, olvida todos tus pesares / El pesar ha consumido siempre los más sagaces corazones.

El juicio no es más que locura en el débil esclavo; / Evítalo y estarás a salvo por siempre.

Díjole el rey por toda respuesta: «¿Sabes por qué te he mandado llamar?», y el sabio replicó: «¡Sólo Alá el más Sublime conoce lo que está oculto!» Mas el rey continuó: «Te he mandado llamar para darte muerte y acabar contigo». El sabio Dubán quedó sobremanera atónito ante esta insólita alocución y preguntó: «Oh rey, por qué quieres darme muerte y qué mal te he hecho yo?», a lo que el rey replicó: «Mis hombres me han dicho que eres un espía enviado aquí con la intención de matarme; y ya ves, yo voy a darte muerte antes de que tú me la des a mí». Hizo luego entrar a su verdugo con la gran espada y le dijo: «Córtale la cabeza a este traidor y líbranos de sus perversas acciones». Pero el sabio le dijo: «Perdóname y Alá te perdonará; no me des muerte y Alá no te dará muerte a tí». Y le repitió esas mismas palabras, las que yo te he dicho a tí, oh *efrit*, pese a lo cual no querías dejarme ir y estabas decidido a darme muerte. Por su parte, el rey Yunán replicóle tan sólo: «No me sentiré a salvo si no es dándote muerte, pues del mismo modo que me curaste dándome una cosa que tomé en la mano no estaré seguro de que no me matarás mediante algo que me des a oler o por cualquier otro medio». A esto dijo el físico: «Así, pues, oh rey, esta es tu paga y tu recompensa; sólo devuelves mal por bien», y el rey replicó: «No hay remedio para tí; debes morir y sin demora». Cuando el físico estuvo convencido de que el rey iba a darle muerte sin más dilaciones rompió a llorar y deploró el bien que había hecho a quienes no lo merecían. Como ya alguien dijo a este respecto:

Carente de saber y talento es Maymunah[39], / Cuyo padre excede en saber a todos los talentos.

No debe el hombre andar por el lodo, el polvo y el barro / Si no es con gran aviso, pues en otro caso caerá y resbalará.

En esto apareció el verdugo con el alfange, vendó los ojos al sabio Dubán y desenvainó el acero y dijo al rey: «Con tu venia», mientras el médico lloraba y exclamaba: «Presérvame y Alá te preservará; no me des muerte y Alá no te dará muerte», y comenzó a recitar:

He sido benigno y no me he librado, otros fueron crueles y se vieron libres, / Mi benignidad sólo me condujo a la morada de la perdición.

Si sobrevivo, jamás seré benigno; si muero, malditos sean / Quienes sigan mi ejemplo y que su benignidad les traiga maldiciones.

«¿Es este», continuó Yubán, «todo el pago que obtengo de tí? Lo que me concedes se parece al regalo del cocodrilo», a lo que el rey dijo: «¿Qué historia es esa del cocodrilo?», y el médico replicó: «Me es imposible contártela en esta situación; que Alá sea contigo, guárdame, así como tú esperas que Alá te guarde». Y lloró con incontenible llanto. Entonces, uno de los favoritos del rey se puso en pie y dijo: «Oh rey, concédeme la sangre de este médico. Nunca le hemos visto cometer ofensa alguna hacia ti ni hacer otra cosa que sanarte de una enfermedad que había confundido a todos los físicos y hombres de ciencia». Y el rey a su vez: «Tú ignoras la causa de mi sentencia de muerte para este médico, y héla aquí: si le perdono me condeno a una muerte cierta, pues aquel que me curó de tal enfermedad mediante una cosa que tomé en mi mano es seguro que puede darme muerte mediante algo que vaya a mi nariz, y temo que me mate por dinero, pues lo más probable es que sea un espía cuyo único propósito al venir aquí ha sido maquinar mi destrucción. Así que no hay remedio: debe morir, y sólo así tendré a salvo mi propia vida». De nuevo exclamó Dubán: «Guárdame y Alá te guardará; y no me des muerte y Alá no te dará muerte». Mas todo era en vano. Entonces, oh *efrit*, cuando el médico tuvo por cierto que el rey iba a acabar con su vida, dijo: «Oh rey, si mi muerte es irremediable, concédeme algún tiempo para ir a mi casa a fin de cumplir ciertas obligaciones y dar instrucciones a mi gente y a los vecinos acerca del lugar donde han de enterrarme y repartir mis libros de medicina. Entre ellos hay uno, la más rara de las rarezas, que quiero ofrecerte como presente; consérvalo como un tesoro entre tus tesoros». «¿Qué hay en ese libro?», preguntó el rey, a lo que el sabio contestó: «Verdaderos arcanos, y el menor de sus secretos es que, si inmediatamente después de cortarme la cabeza abres tres hojas y lees tres líneas de la página que queda a tu izquierda mi cabeza hablará y responderá a cualquier pregunta que te dignes formular». Quedó el rey sobradamente maravillado y estremeciéndose[40] de gozo ante tal novedad dijo: «Oh físico, ¿de veras quieres decir que, después de que te haya cortado la cabeza, ésta hablará?» Respondió aquel: «Así es, oh rey», y el rey dijo: «¡En verdad que es algo sorprendente!», y de inmediato le envió a su casa estrechamente custodiado y Dubán atendió a sus quehaceres con prontitud. Al día siguiente llegóse a la sala de audiencias del rey, donde los emires y *wazires*, chambelanes y *nababs*, grandes y señores del estado se habían congregado, confiriendo al salón cortesano una alegría semejante a la de un jardín lleno de flores. Y he aquí que el médico se adelantó y plantóse ante el rey con un viejo y ajado volumen y un pequeño estuche de metal lleno de un polvillo como el que se utiliza para los ojos[41]. Sentóse luego y dijo: «Dadme una bandeja»; lo hicieron así y luego derramó el polvillo sobre aquella y lo extendió formando una fina capa y por último habló así: «Oh rey, toma este libro, pero no lo abras hasta que haya caído mi cabeza; colócala entonces sobre esta bandeja y haz que la aprieten contra el polvillo y en seguida la sangre dejará de manar. Entonces será el momento de abrir el libro». El rey tomó luego el libro e hizo una seña al verdugo, que se levantó y cortó la cabeza al médico y colocándola en medio de la bandeja la apretó sobre el polvillo. La sangre dejó de manar y el sabio Dubán abrió los ojos y dijo: «¡Abre ahora el libro, oh rey!». Hízolo así el rey y encontróse con que las hojas estaban pegadas, así que se llevó el dedo a los labios para humedecerlo, de modo que pudo pasar con facilidad la primera hoja y del

mismo modo la segunda y la tercera, pasando cada hoja con gran esfuerzo; cuando ya había pasado seis hojas las miró y halló que nada había escrito en ellas y dijo: «¡Oh físico, nada hay escrito aquí!». Y Dubán respondió: «Pasa aún más», y el rey pasó otras tres del mismo modo. Ahora bien, el libro estaba envenenado y no pasó mucho tiempo antes de que el veneno penetrara en su organismo y le hiciera desplomarse en medio de violentas convulsiones y gritando: «¡El veneno ha hecho su efecto!». Entonces el sabio Dubán empezó a improvisar:

> Muchos han gobernado con vil y tiránico imperio / Pero bien pronto pasaron como si nunca hubieran sido.
>
> Así quedaron en paz con la justicia: han sido crueles / Y la Fortuna ha sido cruel con ellos, devolviéndoles anatema y ponzoña.
>
> Y se eclipsaron como la mañana y la lengua de las cosas repite: / «Esto es a cambio de aquello, y no descargues tu rencor sobre los designios de la Fortuna.»

Apenas la voz cesó de hablar cuando el rey se desplomó muerto. «Quiero ahora, oh *efrit*, hacerte ver que si el rey Yunán hubiera preservado la vida al sabio Dubán, Alá se la hubiera preservado a él; pero se negó a ello y decretó la muerte del otro, por lo que Alá le dio muerte a él. Así también contigo, oh *efrit*; si me hubieras dispensado, Alá te habría dispensado a ti; pero nada te complacía más que mi muerte, de modo que yo te daré muerte a ti encerrándote en este jarrón y luego te arrojaré al mar». Entonces el *marid* rugió con estruendo: «¡Qué Alá sea contigo, oh pescador; no lo hagas! Perdóname y perdona mis pasadas acciones y así como he sido yo tiránico sé tú generoso, pues según el proverbio entre los conocidos proverbios: 'Oh tú, que has hecho el bien a quien te hizo el mal, repara con largueza los desmanes del malhechor' y no hagas conmigo lo que hizo Umanah con Atikah'»[42]. El pescador preguntó: «¿Qué pasó entre esas dos?», y el *efrit* respondió: «No es momento de contar historias y además yo me encuentro prisionero; pero déjame libre y te contaré ese relato». El pescador dijo: «Ya basta de palabrería; nada podrá evitar que te devuelva al mar y no habrá forma de que salgas de él por siempre jamás. En vano me puse bajo tu amparo[43] y me humillé en llanto, mientras que tú sólo te proponías matarme a mí, que no te había ofendido en modo alguno para merecer semejante trato; más bien, lejos de ofenderte con alguna aviesa acción, no procuré sino tu bien, liberándote de tu prisión. Ahora sé que eres un malvado al hacerme lo que me hiciste y sé que cuando te haya devuelto al mar pondré sobre aviso a cuantos pudieren pescarte de lo que me ha acontecido contigo y les aconsejaré que vuelvan a arrojarte al mar, para que mores bajo estas aguas hasta que la Consumación de los Tiempos te ponga fin». Pero el *efrit* gritó estentóreamente: «¡Déjame libre! Es esta una noble ocasión para la generosidad y haré contigo un pacto y una promesa de no hacerte daño alguno jamás; más aún, yo te ayudaré a poner fin a tu indigencia». Aceptó el pescador sus promesas respecto a ambos extremos y tras hacerle empeñar firmemente su palabra y pronunciar un solemne juramento por Alá el Más Grande procedió a abrir el receptáculo. Al instante se elevó la columna de humo hasta salir por completo; fue luego espesándose y una vez más convirtióse en un *efrit* de aspecto horripilante que de inmediato le pegó una patada a la vasija y la envió al mar volando. El pescador, al ver el trato que tocaba al recipiente, se tuvo por muerto seguro

y se meó en sus ropas, diciéndose a sí mismo: «Este ha jurado en vano», pero hizo de tripas corazón y exclamó: «Oh *efrit*, Alá ha dicho[44]: 'Cumple tus tratos, pues se te exigirá el cumplimiento de tus tratos'. Me has hecho un voto y has pronunciado un juramento de ser leal conmigo y así Alá será leal contigo, pues en verdad que es un dios celoso, que da tregua al pecador pero no le deja escapar. Te digo lo que le dijo el sabio Dubán al rey Yunán: ¡Guárdame y Alá te guardará!». El *efrit* rompió a reír y echo a andar a grandes zancadas, diciendo al pescador: «Sígueme»; y el hombre se echó a andar tras él a una prudente distancia (pues no estaba muy seguro de poder escapar) hasta que dejaron atrás los suburbios de la ciudad. Cruzaron luego unas tierras incultas y más allá de ellas se adentraron en un extenso páramo y he aquí que en mitad de él hallábase una laguna montaraz. El *efrit* se metió en las aguas hasta llegar al centro y ordenó al hombre que echara sus redes y sacara la pesca. El pescador contempló las aguas y se quedó atónito al ver en ellas peces de variados colores, blancos y rojos, azules y amarillos; no obstante, echó la red y al sacarla vio que había atrapado cuatro peces, uno de cada color. Congratulóse sobremanera por ello y más aún cuando el *efrit* le dijo: «Llévaselos al sultán y pónlos ante su presencia; lo que te diere luego hará de ti un hombre rico. Y ahora acepta mis excusas pues, por Alá, que no conozco en este momento ninguna otra manera de serte útil, toda vez que he permanecido en el mar durante dieciocho veces cien años y no he contemplado la faz de la tierra hasta hace una hora; pero es mi deseo que no pesques aquí más que una vez cada día». Luego, el *efrit* se despidió de él diciendo: «Alá quiera que volvamos a vernos»[45], y golpeó la tierra con un pie y el suelo se abrió y se lo tragó. El pescador, maravillado en extremo por cuanto le había sucedido con el *efrit*, tomó los peces y se encaminó a la ciudad y tan pronto como llegó a su casa llenó de agua un lebrillo de barro y los echó en él, con lo que los peces empezaron a agitarse y removerse. Se colocó luego el lebrillo sobre la cabeza y se encaminó al palacio del rey (tal como le había dicho el *efrit)* y depositó el pescado en su presencia y el rey quedó sobremanera maravillado al verlo, pues jamás en su vida había visto peces de aquella especie o traza. Dio, pues, esta orden: «Entregad este pescado a la esclava extranjera para que los cocine ahora mismo», refiriéndose a la joven sierva que el rey de Roum le había enviado tan sólo tres días antes, por lo que aún no había podido probar sus habilidades como cocinera. Así, pues, el *wazir* le llevó el pescado a la cocinera y le ordenó que los friera[46], diciendo: «Muchacha, el rey manda que te diga esto: Te he reservado, oh aflicción mía, para un día que sea muy especial; muéstranos, pues, en este día, tu delicada habilidad y tu sabroso cocinar, pues este plato de pescado es un regalo enviado al sultán y evidentemente una rareza». El *wazir*, tras hacerle puntualmente el encargo, volvió junto al rey, quien le ordenó que entregara cuatrocientos dinares al pescador. Así lo hizo y el hombre se los guardó en el seno y partió corriendo hacia su casa, dando tumbos, cayendo y levantándose y pensando que todo aquello era un sueño. Compró rápidamente todo lo que necesitaba su familia y finalmente llegó junto a su esposa radiante de alegría. Esto, en cuanto a él respecta, pues por lo que se refiere a la joven cocinera, tomo el pescado, lo limpió y lo puso en la sartén, untándolo con aceite, hasta que estuvo hecho por un lado. Los dio luego la vuelta y he aquí que la pared de la cocina se abrió de arriba a abajo y de ella surgió una joven de bellísimas formas y rostro ovalado, de una belleza perfecta, con los párpados ornados de *kohl*[47]. Su vestido era un velo de seda orlado con flecos y borlas azules; de cada oreja le colgaba un gran arete; un par de brazaletes adornaba sus muñecas; en sus manos veíanse anillos con engastes de gemas de incalculable valor y esgrimía en una

mano una larga varilla de junco que introdujo en la sartén diciendo: «¡Oh pez, oh pez! ¿eres fiel a tu compromiso?» Al ver esta aparición la joven cocinera cayó desvanecida. La joven repitió sus palabras una segunda y una tercera vez, hasta que al cabo los peces alzaron la cabeza de la sartén y tras decir con voz articulada «¡Sí, sí!», comenzaron a recitar a un solo clamor:

> ¡Regresa y yo también regresaré! ¡Manténte fiel y yo también me mantendré! / ¡Y si gustosa desertas te daré el mismo pago hasta que nuestros llantos sean parejos!

Tras lo cual la joven volcó la sartén y se fue por donde había venido y la pared de la cocina se cerró tras ella. Cuando la cocinera volvió en sí vio que los cuatro peces estaban negros como el carbón y exclamando: «El asta se rompió al primer envite»[48], volvió a caer desmayada al suelo. Mientras se hallaba en este estado llegó el *wazir* a por los peces y al verla que yacía inerte e ignorante de lo ocurrido la empujó con el pie y dijo: «¡Lleva el pescado al sultán!». Recuperándose ya de su desmayo, echóse la joven a llorar y le informó de cuanto había ocurrido. Quedó el *wazir* sobremanera maravillado y exclamando: «¡Esto no es sino un asunto verdaderamente insólito!», envió a por el pescador y le dijo: «Oh pescador, es preciso que nos traigas cuatro peces como los que trajiste antes». Así, pues, el hombre regresó al pequeño lago y echó la red y al sacarla a tierra, ¡oh maravilla!, había en ella cuatro peces exactamente iguales que los primeros. Se los llevó presuroso al *wazir*, que a su vez llegóse con ellos a la cocinera y le dijo: «Levántate y fríe estos en mi presencia, de modo que pueda yo contemplar ese acontecimiento». La joven se levantó y limpió el pescado y lo puso en la sartén sobre el fuego; apenas había transcurrido un corto rato cuando la pared se abrió de arriba a abajo y apareció la joven con el mismo atuendo que antes y portando en la mano la vara que introdujo en la sartén nuevamente diciendo: «¡Oh pez, oh pez! ¿eres fiel a tu compromiso?». Y he aquí que los pescados levantaron la cabeza y repitieron: «¡Sí, sí!», y recitaron estos versos:

> ¡Regresa y yo también regresaré! ¡Manténte fiel y yo también me mantendré! / ¡Y si gustosa desertas te daré el mismo pago hasta que nuestros llantos sean parejos!

Después, la joven volcó la sartén con la varita y se fue por donde había llegado y la pared se cerró tras ella; entonces el *wazir* exclamó: «Esto es algo que no se le puede ocultar al rey». Así que fue y le contó a este lo que había sucedido, ante lo cual el rey dijo: «No hay más solución sino que yo vea eso con mis propios ojos». Envió luego a buscar al pescador y le ordenó que trajera otros cuatro peces como los primeros y que llevara con él a tres hombres como testigos. El pescador aportó el pescado inmediatamente y el rey, tras ordenar que le fueran entregadas cuatrocientas piezas de oro, se volvió hacia el *wazir* y le dijo: «¡Levanta y fríe aquí los peces, delante de mí!». El ministro, contestando: «¡Oír es obedecer!», ordenó que le llevaran la sartén, echó en ella el pescado ya limpio y lo puso sobre el fuego. Al poco, ¡oh maravilla!, la pared se abrió de arriba a abajo y surgió un esclavo negro del tamaño de una enorme roca o de un superviviente de la tribu Ad[49], portando en la mano una verde rama de árbol y con horrísonos gritos y terribles tonos dijo: «¡Oh pez, oh pez! ¿sois

todos fieles a vuestro antiguo compromiso?», a lo cual los peces alzaron las cabezas de la sartén y dijeron: «¡Sí, sí!, somos fieles a nuestro voto» y nuevamente recitaron los versos:

> ¡Regresa y yo también regresaré! ¡Manténte fiel y yo también me mantendré! / ¡Y si gustosa desertas te daré el mismo pago hasta que nuestros llantos sean parejos!

Después, el gigante de ébano se acercó a la sartén y la volcó con la estaca y se fue por donde había llegado. Luego que se hubo desvanecido de la vista, examinó el rey el pescado y hallándolo negro y achicharrado como el carbón quedóse totalmente estupefacto y le dijo al *wazir*: «En verdad es este un asunto sobre el que no cabe el silencio y en cuanto a los peces es seguro que en alguna aventura maravillosa se hallan implicados». De modo que hízose traer al pescador y le interrogó diciendo: «¡Ignominia sobre ti, ciudadano! ¿De dónde proceden esos peces?», y el pescador contestó: «De un pequeño lago situado entre cuatro cumbres que se halla tras aquella montaña que se avista desde tu ciudad». Siguió el rey: «¿A cuántos días de marcha?», y el otro: «¡Oh sultán y señor nuestro, media hora a pie!». Admiróse el rey y ordenando de inmediato a sus hombres que se pusieran en marcha y a sus jinetes que montaran, puso al frente, marchando delante como guía, al pescador, que maldecía al *efrit* para sus adentros. Una vez que hubieron remontado la montaña descendieron hacia un gran desierto que no habían visto en toda su vida y el sultán y sus regocijados hombres se maravillaron sobremanera ante el claro que había entre las cuatro montañas y el lago y sus peces de cuatro colores, rojo y blanco, amarillo y azul. El rey plantóse lleno de asombro ante el lugar y preguntó a sus huestes y a todos los presentes: «¿Hay entre vosotros alguien que haya visto alguna vez antes de ahora esta masa de agua?», y todos respondieron: «¡Oh rey de los tiempos, jamás nuestros ojos se posaron sobre ella en todos nuestros días!». Preguntaron incluso a los más viejos habitantes que hallaron, hombres bien cargados de años, pero todos y cada uno replicaron: «Jamás vimos una laguna como esta en tal lugar». Así, pues, el rey dijo: «Por Alá que no regresaré a mi capital ni me sentaré en el trono de mis antepasados hasta saber la verdad acerca de este lago y de sus peces». Dio orden después a sus hombres de que desmontaran y vivaquearan por toda la montaña, lo cual hicieron aquellos. Llamó luego a su *wazir*, un ministro de gran experiencia, sagaz, de agudo ingenio y ducho en toda clase de asuntos, y le dijo: «Tengo intención de hacer cierta cosa de la que quiero informarte. Mi corazón me dice que me ponga en camino yo solo esta noche y desentrañe el misterio de este lago y de sus peces. Tú te sentarás a la puerta de mi tienda y dirás a los emires y *wazires, nababs* y chambelanes, en resumen, a todo el que te pregunte: 'El sultán se encuentra indispuesto y me ha ordenado que no deje entrar a nadie'[50], y ten cuidado de que nadie se entere de mi propósito». El wazir nada pudo oponer. Luego el rey se cambió de ropas y ornamentos y terciándose la espada sobre el hombro avanzó por un sendero que ascendía uno de los montes y marchó todo el resto de la noche hasta que alboreó la mañana y no cesó de caminar hasta que el calor se le hizo agobiante. Descansó durante un rato tras la larga caminata y reemprendió la marcha poco después, viajando toda la segunda noche hasta el alba, momento en que súbitamente un punto negro apareció en la lejanía. Gran alborozo le produjo tal visión y se dijo a sí mismo: «Por fortuna, alguien habrá que me desvele el misterio del lago y sus peces». Acercóse rápidamente al objeto oscuro y halló que era un palacio construido con piedra negruzca y recubierto de hierro y en tanto una de las hojas de la puerta estaba

abierta la otra se encontraba cerrada. Afianzóse el ánimo del rey al plantarse ante la puerta y llamó con un suave toque, mas como no oyó la menor respuesta dio un segundo golpe y un tercero, pero no hubo señal alguna. Golpeó entonces con todas sus fuerzas, mas ni aún así obtuvo respuesta, lo que le indujo a decir: «Sin duda está deshabitado». Así, pues, hizo acopio de valor y se lanzó audazmente a través de la puerta principal al interior del gran salón y una vez allí dijo a grandes voces: «¡Hola, gentes del palacio! ¿Tenéis alguna provisión de alimentos?». Repitió su pregón una segunda vez y una tercera pero ni aún así obtuvo respuesta, de modo que armándose de valor y con gran presencia de ánimo se introdujo por el vestíbulo hasta el mismo corazón del palacio sin hallar un ser viviente. Todo estaba revestido de seda tachonada de oro y los tapices colgaban sobre los vanos de las puertas. En el medio había un espacioso patio desde el cual veíanse cuatro aposentos abiertos, todos con sus altas gradas, un aposento enfrente de otro. Gracias a un amplio dosel quedaba el patio en sombra y en su centro había una fuente de surtidores con cuatro figuras de león en oro rojo que arrojaban por la boca un agua clara como las perlas y diáfana como las gemas. Había aves sueltas por todo el palacio y sobre ellos se extendía una red de hilo de oro que les impedía alejarse en su vuelo; en suma, había de todo excepto seres humanos. Quedó el rey sumamente maravillado ante todo aquello pero sintió tristeza en el corazón porque no hubiera quien le diese razón del desierto, el lago, los peces, las montañas y el propio palacio. Un instante después, apenas se hubo sentado bajo el umbral y sumídose en honda reflexión cuando se hizo presente una voz, como surgida de un corazón consumido de dolor, que entonaba estos versos:

> Oculté cuánto sufrí por él[51], pero surgió a la luz / Y el sueño nocturno huyó de mis párpados y se trocó en noche desvelada.
>
> ¡Oh mundo! ¡Oh Destino! Contén tu mano y cesa en tu injuria y tu daño; / Mira y contempla mi desventurado espíritu en el dolor y el espanto.
>
> ¿No te mostrarás compasivo con la altiva juventud que se perdió en el sendero / Del Amor y cayó desde la riqueza y la fama hasta la más baja y vil ralea?
>
> Celoso estaba yo del hálito del Céfiro cuando él como tú alentaba; / Pero cuando el Destino se abate ciega la humana visión[52].
>
> ¿Qué hará el desventurado arquero que, cuando afronta al enemigo / Y tensa su arco para disparar, la saeta halla su cuerda desaparejada?
>
> Cuando la congoja y la inquietud tan pesadamente abruman a la juventud[53] de alma generosa, / ¿Cómo escapará a su Sino y a dónde podrá huir del Hado?

Cuando el rey oyó esta voz lastimera se puso en pie, y siguiendo su sonido halló un tapiz tendido sobre la puerta de uno de los aposentos; lo alzó y vio tras él a un joven sentado sobre un lecho situado a un codo de altura sobre el pavimento. Era de aspecto agradable, de bien formado cuerpo y elocuente en el ornato; su frente era como una blanca flor, rosa brillante sus mejillas y en una de ellas una peca como una mota de ámbar gris; incluso como dejó escrito el poeta:

Un joven de fina cintura por cuyos bucles y cejas / El mundo se reparte en luz y tinieblas. De toda la creación ni espectáculo más bello / Ni visión más insólita han captado tus ojos.

Una mota avellanada tiene asiento en el trono de su mejilla / Del más rosado púrpura, bajo un ojo de azabache[54].

Regocijóse el rey y le dirigió su saludo, mas el joven permaneció sentado con su caftán de seda púrpura con oro de Egipto y su corona tachonada de gemas de todas clases; su rostro, sin embargo, estaba triste, con las huellas del sufrimiento. Devolvió el saludo regio en la forma más ceremoniosa, y añadió: «Oh mi señor, tu dignidad exigiría que me levantase ante ti y mi solo valimiento es implorar tu perdón»[55], a lo que el rey dijo: «Estás excusado, oh joven; mírame pues como huésped tuyo, venido hasta aquí con un objetivo especial. Quisiera que me iluminaras con los secretos de ese lago y de sus peces, y de este palacio y de tu soledad en él, y de la causa de tus gemidos y lamentos». Al escuchar estas palabras el joven rompió a llorar con un inconsolable llanto[56], hasta que su seno quedó empapado con sus lágrimas y comenzó a recitar:

Dile a aquel que despreocupado duerme que, en tanto vuela el dardo de la Fortuna, / ¿Cuán bajo cae este mudable mundo y cuán alto se eleva?

Aun cuando tus ojos queden sellados por el sueño, los ojos del Todopoderoso no duermen. / ¿Quién ha encontrado siempre un tiempo propicio o al Hado bajo la misma apariencia?

Llegado a este punto exhaló un prolongado suspiro y siguió recitando:

Confía tus cuitas a El, el Señor que creó al hombre. / Desecha el lamento y la aflicción y cultiva el regocijo del ánimo.

No indagues en el pasado o en cómo y por qué llegó a pasar. / Todo lo humano es designio del Hado y del Destino.

Quedó el rey maravillado y le preguntó: «¿Qué es lo que te hace llorar, oh joven?», y este respondió: «¿Cómo no habría de llorar, siendo cual es mi situación?». Así diciendo alargó la mano y se levantó los faldones de la túnica y hete aquí que su mitad inferior, hasta los pies, tenía la consistencia de la piedra, mientras que desde el ombligo hasta el extremo de sus cabellos era un hombre. El rey, al ver cuál era su apuro, afligióse con sentida aflicción y lleno de compasión exclamó: «¡Ay de mí, ay de mí! En verdad, oh joven, que derramas dolor sobre mi dolor. Estaba decidido a preguntarte solamente por el misterio de los peces; ahora me siento tan impelido a conocer tu historia como la de aquellos. ¡Mas no hay Majestad y no hay Poder sino en Alá el Glorioso, el Grande![57] No pierdas tiempo, oh joven, y cuéntame enseguida toda tu historia». Y el joven dijo: «Ten prestas tus lágrimas, tu vista y tu discernimiento», y el rey: «¡Están todos a tu servicio!», por lo cual el joven comenzó: «En verdad que es portentosa y maravillosa mi vicisitud y la de esos peces, y si fuese grabada con buril en el rabillo del ojo sirviera de advertencia para todos los que deben ser advertidos». «¿Cómo

es eso?», preguntó el rey, y el joven comenzó su relato.

Cuento del príncipe hechizado

Sabe, pues, oh mi señor, que antaño mi padre fue rey de esta ciudad y su nombre era Mahmud, declarado Señor de las Islas Negras y dueño de lo que hoy son esas cuatro montañas. Gobernó durante setenta años, tras los cuales fuese a la gracia del Señor y yo reiné en su lugar como sultán. Tomé por esposa a una prima mía, la hija de mi tío paterno[58] y a tal extremo me amaba que cuando yo me ausentaba no comía ni bebía hasta que no me veía de nuevo. Durante cinco años convivió conmigo, hasta cierto día en que fue al baño *hammann* y yo di orden al cocinero de que se apresurara a disponer todo lo necesario para nuestra cena. Entré luego en este mismo palacio y me tendí sobre el lecho en que solía dormir y di orden a dos de mis doncellas de que me abanicaran el rostro, la una sentada a mi cabecera y la otra a mis pies. Mas sentíame turbado e inquieto por la ausencia de mi esposa y no podía dormir, y aunque mis ojos estaban cerrados mi mente y mis pensamientos estaban bien despiertos. Al poco, oí a la esclava que estaba a mi cabecera decirle a la que estaba a mis pies: «¡Oh Masúdah, cuán digno de lástima es nuestro amo y cómo su juventud se echa a perder y cuán penoso que sea traicionado por nuestra ama, la execrable ramera!»[59], a lo que la otra replicó: «En verdad que sí. Alá maldiga a todas las mujeres infieles y adúlteras. Pero un amo como el nuestro, tan bellamente dotado merece algo mejor que esta ramera que duerme por ahí todas las noches». Entonces, la que se sentaba a mi cabecera dijo: «Y nuestro amo es mudo o es que sólo sabe hacer gorgoritos, pues que nada le pregunta», y la otra: «¡La ignominia sobre tí! ¿Habría de saber nuestro amo de sus correrías y se lo iba a permitir? No. Aún más: ¿acaso no le pone ella una droga en la copa que le ofrece todas las noches antes de dormir, no pone *bangah*[60] en ella? Así, se queda él dormido y no se entera de adónde va ella ni de lo que hace. Pero nosotras sabemos que, después de darle el vino drogado, se viste con sus mejores galas, se perfuma y se aleja de él y está fuera hasta el amanecer; retoma después a él y quema una tableta debajo de su nariz y despierta él de su sueño, en todo semejante a la muerte». Al escuchar las palabras de mis esclavas la luz se tornó en tinieblas ante mi vista y creí que la noche no llegaría nunca. A poco, llegó de los baños la hija de mi tío, nos prepararon la mesa y comimos, y luego nos quedamos su buena media hora sentados saboreando nuestro vino, como era nuestra costumbre inveterada. Después, pidió ella el vino especial que yo tenía la costumbre de beber antes de irme a dormir y me alargó la copa; pero, aparentando que lo bebía según mi rutina, derramé su contenido por mi pecho y luego, tumbándome, le hice ver que ya estaba dormido. Y entonces héte aquí que exclamó: «¡Duerme toda la noche y no despiertes jamás! ¡Por Alá que te aborrezco y aborrezco todo tu cuerpo; se llena mi alma de aversión por cohabitar

contigo y no veo el momento en que Alá te arrebate la vida!». Se levantó luego y se puso sus mejores atavíos y perfumó su persona y se colgó al hombro mi espada, y abriendo las puertas del palacio se fue por su funesto camino. Apenas abandonó el palacio me levanté y la seguí. Fue caminando por las calles hasta llegar a la puerta de la ciudad, donde pronunció unas palabras que no entendí, y los cerrojos saltaron como si estuvieran rotos y las puertas se abrieron. Continuó (y yo tras ella sin que lo advirtiera) hasta llegar por fin a los montículos exteriores[61] y a una valla de cañas que rodeaba una cabaña de adobes con el tejado abovedado. Al entrar ella me encaramé al tejado, desde donde podía contemplarse el interior. Y, ¡oh dolor!, mi hermosa prima había ido a entrar en la morada de un repugnante esclavo negro cuyo labio superior era como la tapa de una olla y cuyo labio inferior era como la propia olla abierta, labios que podían barrer la arena del suelo de la cabaña. Era además leproso y paralítico y yacía sobre un montón de paja de caña y se envolvía con una vieja manta y los más inmundos pingos y harapos. Besó ella el suelo delante de él, que levantó la cabeza para verla y dijo: «¡Así te condenes! ¿Cómo has estado por ahí tanto tiempo? Han estado aquí mis hermanos negros, han bebido vino y han poseído a sus amigas y yo no he tenido el gusto de beber a causa de tu ausencia». Y ella replicó: «¡Oh mi señor, amor de mi corazón y frescor de mis ojos![62] ¿no sabías que estoy casada con mi primo, cuya sola imagen aborrezco y en cuya compañía me odio a mí misma? Y si no temiera por ti no permitiría que se levantaran los primeros rayos del sol sin convertir su ciudad en un montón de ruinas sobre el que graznaran los cuervos, ulularan las lechuzas y campasen a sus anchas los chacales y los lobos, y más aún, habría trasladado sus piedras hasta el otro lado del Monte Kaf»[63]. El esclavo replicó: «¡Mientes, condenada! Juro por el valor y el honor de los hombres de color negro (y no pienses que nuestra virilidad es como la mísera virilidad de los hombres blancos) que si de hoy en adelante estás fuera hasta esta hora no seguiré en tu compañía ni uniré mi cuerpo con el tuyo ni te magrearé ni te tocaré el pandero. ¿Eres traidora y desleal con nosotros, trasto inservible, con nosotros que podemos satisfacer tu sucia lascivia? ¡Apestosa! ¡Perra! ¡La más vil de las mujeres blancas!» Al oír aquellas palabras y ver con mis propios ojos lo que ocurría entre aquellos dos infames el mundo se oscureció ante mi vista y mi alma no supo dónde se hallaba. Pero mi esposa se levantó humildemente, envuelta en llanto, y haciéndole arrumacos al esclavo le dijo: «¡Oh amado mío!, fruto genuino de mi corazón, no me queda más consuelo que tu amado ser y si tú me arrojas de tí ¿quién me acogerá, oh amado mío, oh luz de mis ojos?». Y no cesó de llorar y de humillarse ante él hasta que el negro se dignó reconciliarse con ella. Se puso entonces muy contenta, se levantó y se quitó la ropa, incluso las enaguas, y dijo: «Oh mi dueño, ¿qué tienes de comida para tu sierva?» «Destapa la palangana», gruñó él, «y encontrarás los huesos socarrados de unas ratas que nos hemos comido; cógelos y luego ve a esa escupidera, en la que encontrarás unos restos de cerveza[64] que puedes beberte». Comió y bebió ella y se lavó las manos y fue a acostarse junto al esclavo, sobre el bagazo, completamente desnuda y se deslizó a su lado bajo aquellos inmundos cobertores y harapos. Al ver a mi esposa, mi prima, la hija de mi tío, hacer tal cosa[65], perdí el control por completo y bajando del tejado de un salto entré y cogí la espada que había llevado ella consigo y la desenvainé, decidido a hundirla en ambos. Primero le di en el cuello al esclavo y tuve por cierto que le había llegado la hora de su muerte, pues exhaló un fuerte y silbante gemido ¡pero sólo había cortado la piel, la carne de la garganta y las dos arterias! A esto se despertó la hija de mi tío, así que envainé la espada y regresé a la ciudad, y ya de vuelta en mi palacio me

acosté en mi lecho y dormí hasta por la mañana, en que me despertó mi esposa y vi que se había cortado el cabello y vestía ropas de luto.
Me dijo: «¡Oh hijo de mi tío!, no me reproches lo que hago. Acabo de saber que mi madre ha muerto y que a mi padre le han matado en la guerra santa y que, de mis hermanos, uno ha perdido a su esposa a causa de la mordedura de una serpiente y el otro cayendo por un precipicio; y yo no puedo ni debo hacer otra cosa que llorar y lamentarme». Al oír sus palabras contuve cualquier reproche y solamente dije: «Haz lo que te plazca; no voy a contrariarte, desde luego». Siguió ella doliéndose, llorando y lamentándose durante un año entero, desde el principio de su órbita hasta su fin, y cuando se cumplió me dijo: «Quisiera construirme en tu palacio un mausoleo con una cúpula que reservaré para mi duelo y que llamaré la Casa de las Lamentaciones»[66]. De nuevo le dije: «¡Haz lo que te plazca!». Erigió entonces un cenotafio en el que llevar su duelo y en su centro levantó una cúpula bajo la cual aparecía una tumba como el sepulcro de un santón. Trasladó y alojó allí al esclavo. Hallábase este extremadamente débil a causa de la herida y era incapaz de cumplir con ella su servicio amoroso. Tan sólo podía beber vino y desde el día en que fuera herido no había pronunciado una sola palabra, pero seguía vivo, porque aún no había llegado su hora[67]. Todos los días, por la mañana y por la tarde, mi esposa llegábase al mausoleo y lloraba y gemía sobre el esclavo y le daba vino y sabrosos caldos y no dejó de hacer esto durante un segundo año. Yo lo sobrellevé pacientemente y me hice el desentendido. Un día, sin embargo, entré allí sin que ella lo advirtiera y la encontré llorando y golpeándose el rostro y gritando: «¿Por qué estás lejos de mi vista, oh deleite de mi corazón? ¡Háblame, vida mía! ¡Díme algo, amor mío!». Y luego recitó estos versos:

> Por más que tu amor agote mi paciencia y pese a tu olvido / No puedo yo olvidar ni puede mi corazón dar réplica a otro amor.
>
> Llévate mi cuerpo, llévate mi alma a doquiera que vayas / Y allí donde asientes tu campamento haz que mi cuerpo yazga enterrado.
>
> Grita mi nombre sobre mi tumba y una respuesta habrá: / El lamento de mis huesos será la réplica a tu grito[68].

Y luego recitó mientras lloraba amargamente:

> Deleitoso para mí es el día en que te acercas / Y me espanta el día en que te alejas.
>
> Aunque tiemblo la noche entera por cruel temor a la muerte / Cuando te tengo en mis brazos me siento libre de toda inquietud.

Y una vez más comenzó a recitar:

> Aun cuando una mañana despertara con toda la felicidad en mis manos, / Aun cuando todo el mundo fuese uno y reinase como los reyes *Kisra*,[69]

Valen para mí lo que las alas de un mosquito / Si no alcanzo a ver tus formas, si en vano te busco.

Al cesar por un momento sus palabras y su llanto le dije: «Oh prima mía, cesa ya en este tu duelo, que ya es suficiente, pues no hay provecho alguno en seguir derramando lágrimas». «¡No me contraríes», respondió, «en nada de cuanto hago o atentaré contra mí misma!». Así que me aparté y dejé que siguiera haciendo su voluntad y no cesó de llorar, extremar y dar rienda suelta a su aflicción durante otro año más. Al concluir el tercer año comencé a estar cansado de este largo duelo y un día ocurrió que entré en el cenotafio molesto y airado por algún asunto que me había contrariado y al pronto la oí decir: «¡Oh mi señor, nunca te he oído concederme una sola palabra! ¿Por qué no me contestas, dueño mío?», y empezó a recitar:

¡Oh tumba, oh tumba! ¿ha de quedar en la sombra su belleza? / ¿Has cubierto tú de tinieblas ese rostro resplandeciente cual la luna?

¡Oh tumba! Ni la tierra ni aún el cielo son para mí / ¿Cómo, pues, ha acaecido que en tí se conjuguen mi sol y mi luna?

Al escuchar tales versos la cólera montó sobre mi cólera y en alta voz exclamé: «¡Ya está bien! ¿Cuánto va a durar esta aflicción?», y empecé a recitar:

¡Oh tumba, oh tumba! ¿Han de continuar sus honras como una plaga? / ¿Has cubierto de tinieblas su rostro, que apestó el alma?

¡Oh tumba! Ni las cloacas ni los baldes son para mí / ¿Cómo, pues, ha acaecido que en tí se conjuguen el estiércol y la escoria?

Al oír mis palabras se levantó de un salto gritando: «¡Caiga sobre tí la ignominia, perro! ¡Esta es tu obra! ¡Has herido al adorado de mi corazón y con ello causado mi infortunio y has echado a perder su juventud, pues estos tres años los ha pasado en cama más muerto que vivo!». Lleno de cólera grite: «¡Oh tú, la más repugnante de las meretrices, la más inmunda de las rameras que jamás haya sido poseída por esclavos negros alquilados[70] para la ocasión! Sí, en verdad fui yo quien realizó esa buena acción». Y tomando mi espada la blandí y me lancé hacia ella con intención de darla una estocada. Pero ella se rió de mis palabras y de mi intento de escarnecerla y gritó: «¡A cuatro patas, ya que eres un perro! ¡Ay[71], ya que el pasado no volverá a transcurrir, que nadie saque provecho de haber causado la muerte! En verdad que Alá ha puesto en mis manos al que me hizo esto, una acción que ha hecho arder mi corazón con un fuego que no se ha extinguido y una llama que no puede apagarse». Luego se puso en pie y pronunciando unas palabras que me resultaron ininteligibles dijo: «En virtud de mi nigromancia, conviértete en mitad piedra y mitad hombre, al igual que yo me he convertido en lo que ves, incapaz de levantarte o sentarte, ni muerto ni vivo». Y aún más, hechizó a toda la ciudad con todas sus calles y sus sendas y mediante sus artes de hechicería convirtió a las

cuatro islas en cuatro montañas en torno al lago por el que me has preguntado. Y a los ciudadanos, que eran de cuatro fés diferentes, musulmanes, nazarenos, judíos y magos, los transformó por arte de sus encantamientos en peces; los musulmanes son los blancos; los magos, rojos; los nazarenos, azules y los judíos los amarillos[72]. Y todos los días me tortura y me azota con cien flagelos, cada uno de los cuales me hace brotar ríos de sangre y arranca la piel de mi espalda a tiras y al terminar me tapa la mitad superior de mi cuerpo con una tela de crin y luego me echa sobre ella estos ropajes. En este punto el joven hizo correr las lágrimas de nuevo y comenzó a recitar:

> Pacientemente, oh Dios mío, soporto mi suerte y mi Destino. / Sobrellevaré Tu voluntad cualquiera que sea mi condición.
>
> Me oprimen, me torturan, hacen de mi vida un infortunio / Pero felizmente la beatitud del Paraíso compensará mi congoja.
>
> Sí, acongojada está mi vida por el tósigo y el odio de mis enemigos / Pero Mustafá y Murtazá[73] me abrirán las puertas del Paraíso.

Entonces el sultán se volvió hacia el joven príncipe y le dijo: «Oh joven, has removido un dolor sólo para añadirle otro dolor; pero, amigo mío, ¿dónde está ella? ¿Y dónde está el mausoleo bajo el que yace el esclavo herido?». «El esclavo yace bajo aquella cúpula», dijo el joven, «y ella está sentada en el aposento que hay frente a aquella puerta. Todos los días se presenta al amanecer y primero me flagela y me azota cien veces con el flagelo de cuero y lloro y me desgañito, pero no tengo fuerzas en los miembros inferiores para alejarme de ella. Cuando termina de atormentarme visita al esclavo, al que trae vino y carne asada; mañana temprano estará aquí». El rey dijo: «Por Alá, oh joven, que con toda seguridad voy a hacer por tí una proeza que el mundo no olvidará fácilmente, una acción tan temeraria que las crónicas proclamarán mucho tiempo después de mi muerte y tránsito». Sentóse luego el rey junto al joven príncipe y habló con él hasta que cayó la noche, en que se tumbó y quedóse dormido. Pero tan pronto como asomó la falsa aurora[74] se levantó y despojándose de sus vestiduras exteriores[75] desenvainó la espada y se encaminó con premura al lugar donde yacía el esclavo. Advirtió entonces los cirios y las lámparas encendidas y el perfume del incienso y los ungüentos y guiado por ellos llegó hasta el esclavo y le dio una estocada dejándole muerto en el sitio, tras lo cual se lo cargó en un hombro y lo arrojó a un pozo que había en el palacio. Volvió al instante y tras vestirse con los atavíos del esclavo se tumbó cuan largo era en el mausoleo con la espada desnuda a su lado y al alcance de la mano. Al cabo de una hora poco más o menos llegó la perversa hechicera y dirigiéndose primeramente hacia su marido, se desnudó y con un látigo le azotó cruelmente, en tanto él gritaba: «¡Ah! ¡Basta ya de hacerme esto! ¡Ten piedad de mí, prima mía!». Mas ella replicó: «¿Tuviste tú piedad de mí y preservaste la vida de mi amado, a quien yo tanto amaba?». Colocó luego el cilicio sobre la llagada y sangrante espalda del joven, le arrojó sus ropas encima y fuése hacia el esclavo con una copa de vino y un cuenco de caldo de carne en las manos. Entró bajo la cúpula llorando y gimiendo: «¡Ay de mí!», y exclamando: «¡Oh mi señor, dime una palabra! ¡Oh mi amo! ¡Háblame un poco!», y luego empezó a recitar estos versos:

¿Cuánto tiempo ha de durar este rigor, este desamor? / ¿No té basta el torrente de lágrimas que ya has contemplado?

Deliberadamente prolongas nuestra separación / Aun cuando así complacerías a mi enemigo. ¡Estarás satisfecho!

Volvió luego a romper en llanto y dijo: «¡Oh mi señor! ¡Háblame! ¡Díme algo!». Enronqueció el rey su voz y revolviendo la lengua habló al modo de los negros y dijo: «¡Ay de mí, ay de mí! ¡No hay Majestad y no hay Poder sino en Alá, el Glorioso, el Grande!». Al oír ella estas palabras gritó de gozo y cayó al suelo desmayada y cuando volvió en sí inquirió: «Oh mi señor, ¿es cierto que puedes hablar?», y el rey, haciendo que su voz sonara débil y desmayada, respondió: «¡Ah muchacha! ¿Mereces acaso que te dirija la palabra y que hable contigo?» «¿Por qué y por cuál motivo?», replicó ella; y aquel contestó: «El motivo es que todo el santo día estás atormentando a tu maridito, que continuamente está clamando al cielo que le ayude, hasta hacerme el sueño imposible incluso entre el atardecer y el alba, y ruega y maldice renegando de los dos, de ti y de mí, causándome desasosiego y gran molestia; si no fuera por eso hace tiempo que habría recuperado la salud y eso es lo que me impide responderte». Entonces dijo ella: «Con tu permiso le libraré del hechizo», a lo que el rey replicó: «Libérale y descansemos un poco». «Oír es obedecer», exclamó ella, y llegándose al palacio tomó una vasija de metal y la llenó de agua y pronunció sobre ella unas palabras que hicieron gorgotear su contenido y hervir como un caldero puesto al fuego. Roció con él a su marido, diciendo: «En virtud de las formidables palabras que he pronunciado, por cuanto quedaste en este estado a causa de mis conjuros, retorna de esta forma a tu propia hechura original». Y he aquí que el joven sufrió unas convulsiones y unos temblores, se enderezó luego sobre sus pies y gozándose de su liberación exclamó a grandes voces: «¡Proclamo que no hay más dios que *el* Dios y que en verdad Mahoma es Su apóstol, a quien Alá bendiga y guarde!». Díjole entonces la mujer: «Vete y no vuelvas por aquí, pues si lo haces ten por seguro que te daré muerte», voceándole estas palabras en su cara. Así que el joven se marchó y la mujer volvió a la cúpula y bajando al sepulcro dijo: «Oh mi señor, ven a mí que pueda contemplar tu hermosura». El rey respondió con palabras tenues y graves: «¿Qué[76] has hecho? ¡Me has librado de la rama pero no de la raíz!», y ella replicó: «¡Cariño mío, mi negrote! ¿Cuál es la raíz?». Y el rey repuso: «La ignominia sobre ti, oh mocita mía! Las gentes de esta ciudad y de las cuatro islas, mediada que está cada noche, alzan las cabezas en los estanques donde las tienes convertidas en peces y claman a los cielos y desatan su cólera sobre ti y sobre mí y esta es la razón por la que mi cuerpo no puede recobrar la salud. Ve inmediatamente y libéralos; vuelve luego a mí y levántame, pues ya me vienen algunas fuerzas». Al oír las palabras del rey (y ella aún le tomaba por el esclavo) la mujer exclamó llena de gozo: «¡Oh dueño mío, tus órdenes están en mi mente y en mis manos! *¡Bismilláh!*»[77]. Seguidamente se enderezó sobre sus pies y llena de gozo y alegría corrió hasta el lago, tomó un poco de agua en la palma de su mano y pronunció sobre ella incomprensibles palabras. Los peces alzaron la cabeza y al instante se irguieron como hombres, al haberse conjurado el hechizo que pesaba sobre las gentes de la ciudad. El mismo lago convirtióse nuevamente en una populosa ciudad, donde los bazares aparecían abarrotados de gentes que compraban y vendían; los ciudadanos se ocupaban cada uno de sus propios oficios y las cuatro montañas se tornaron en islas, tal y como fueran otrora. Entonces, la joven, la malvada hechicera,

regresó a donde estaba el rey (creyendo aún que era el negro) y le dijo: «¡Oh amor mío, alárgame tu venerable mano para que te ayude a levantarte!». «Acércate más a mí», dijo el rey en tono desmayado y fingido. Acercóse ella como para abrazarle y entonces el rey tomó la espada que se hallaba a su lado y la hirió en el pecho de tal modo que la punta asomó por su espalda como un relámpago. Luego volvió a golpearla una segunda vez y la partió en dos y la arrojó al suelo en dos mitades. Después de lo cual partióse de allí y halló al joven, liberado ya del hechizo, esperándole. Mucho se congratuló el rey por su feliz liberación, en tanto el príncipe le besaba las manos con profundo agradecimiento. Díjole el rey: «¿Quieres quedarte en esta ciudad o quieres venir conmigo a mi capital?», y el joven respondió: «Oh rey de los tiempos, ¿no sabes el viaje que hay entre ti y tu ciudad?». «Dos días y medio», replicó aquel, por lo que el otro añadió: «¡Si estás dormido, oh rey, despierta! Entre ti y tu ciudad hay un año de marcha para un buen andarín y tú no llegaste hasta aquí en dos días y medio sino porque la ciudad estaba bajo el hechizo. Y yo, oh rey, nunca me separaré de ti; no, ni por un instante». Felicitóse el rey al oír estas palabras y dijo: «¡Gracias le sean dadas a Alá, que te me ha otorgado! Desde esta misma hora eres mi hijo, mi único hijo, pues en toda mi vida jamás fui bendecido con una progenie». Abrazáronse, pues, y regocijáronse sobremanera y una vez llegados al palacio el príncipe informó a sus nobles y grandes de que se disponía a visitar los Santos Lugares como peregrino y ordenóles que tuvieran todo dispuesto para la ocasión. Diez días duraron los preparativos, al término de los cuales se puso en marcha con el sultán, cuyo corazón ardía de anhelo por su ciudad, de la que había estado ausente doce meses completos. Viajaban con una escolta de mamelucos[78] que portaban toda clase de preciosos regalos y curiosidades, y viajaron día y noche durante un año entero, hasta que se encontraron muy próximos a la capital del sultán y entonces enviaron mensajeros que anunciaran su llegada. El *wazir* y todo su ejército salieron a recibirle con gozo y alegría, pues ya habían perdido toda esperanza de volver a ver a su rey, y las tropas besaron el suelo ante él y le felicitaron por hallarse a salvo. Entró el rey y tomó asiento en su trono y el ministro presentóse ante él y cuando supo todo lo sucedido al joven príncipe se congratuló de su apurada liberación. Una vez restaurado el orden en sus estados, el rey distribuyó dádivas a muchos de sus súbditos y le dijo al *wazir*: «¡Que venga aquí el pescador que nos trajo los peces!». Así, pues, envió a por el hombre que había sido la causa primera de que la ciudad y los ciudadanos se libraran del encantamiento y cuando llegó ante su presencia el sultán le regaló una túnica de gala y le interrogó acerca de sus circunstancias y si tenía hijos. El pescador le hizo saber que tenía dos hijas y un hijo, por lo que el rey les hizo llamar, tomó a una de las hijas por esposa, dio la otra al joven príncipe y al hijo le hizo su tesorero. Y aún más: invistió a su *wazir* con el sultanato de la Ciudad de las Islas Negras, otrora perteneciente al joven príncipe, y le envió con una escolta de cincuenta esclavos armados, así como con vestiduras de gala para todos los emires y grandes. El *wazir* le besó las manos y partió. El sultán y el príncipe quedáronse en su hogar con todo el deleite y el solaz de la vida y el pescador se convirtió en el hombre más rico de su tiempo y sus hijas vivieron casadas con los reyes hasta que les llegó la hora de la muerte.

CUENTO DEL MÉDICO JUDÍO

Prodigioso en verdad fue el hecho que me aconteció en mi juventud. Vivía por entonces en Damasco de Siria, donde estudiaba mi arte, cuando, cierto día, hallándome en casa, llegóse ante mí un mameluco de la casa del *sahib* y me dijo: «¡Ven a hablar con mi señor!». Le seguí, pues, a la casa del virrey y al entrar en el gran salón, en uno de sus extremos vi un lecho de cedro recubierto de oro sobre el que yacía un joven enfermo, bello por demás, de una belleza imposible de hallar quien la sobrepujara. Me senté a su cabecera y rogué a los cielos por su restablecimiento; hízome el joven una señal con los ojos y yo le dije: «¡Oh mi señor, hónrame con tu mano y que la salud sea contigo!»[79]. Me alargó él entonces su mano izquierda, lo cual me sorprendió, y me dije: «Por Alá, que es bien extraño que un apuesto mozo como este, vástago de una ilustre casa, hasta tal punto carezca de buenos modales. ¡No será sino orgullo y engreimiento!». No obstante, le tomé el pulso y le prescribí un medicamento y seguí visitándole durante diez días, al cabo de los cuales encontróse restablecido y fue a bañarse al *hammam*[80], a resultas de lo cual el virrey me obsequió con una hermosa túnica de gala y me nombró superintendente del hospital que hay en Damasco[81], Acompañé al joven a los baños, que habían sido reservados en su totalidad para su uso exclusivo; entraron los criados con él y le despojaron de sus vestiduras dentro del baño y al quedarse desnudo pude ver que la mano derecha le había sido amputada recientemente y que esa era la causa de su dolencia. Quedé estupefacto ante tal descubrimiento y sentí una gran piedad por el doncel; contemplando más detenidamente su cuerpo pude apreciar sobre él las cicatrices dejadas por un flagelo y sobre las que habíanse aplicado ungüentos. Quedé turbado ante esa visión y mi pesar se reflejó en mi rostro. El mancebo me miró como haciéndose cargo y dijo: «¡Oh médico de los tiempos, no te asombres de mi caso! Tan pronto como salgamos de los baños te contaré mi historia.» Hicimos luego nuestras abluciones y de regreso a su casa tomamos unas ligeras viandas y descansamos un rato, al cabo del cual me preguntó: «¿Qué te parecería solazarte echando una ojeada al salón de banquetes?», y yo le respondí: «Sea como dices». Entonces dio orden a los esclavos de que trasladasen las alfombras y almohadones necesarios y asaran un cordero y nos sirviesen frutas. Obedecidas que fueron sus órdenes, nos pusimos a comer y él se valía para ello de su mano izquierda. Al cabo de un rato le dije: «Cuéntame ahora tu historia». «¡Oh médico de los tiempos!», replicó, «escucha lo que me ha sucedido. Has de saber que nací en Mosul, donde murió mi abuelo dejando nueve hijos, de los que mi padre era el mayor. Hiciéronse mayores y tomaron esposa todos, pero ninguno fue bendecido con progenie excepto mi padre, a quien la Providencia tuvo a bien otorgarle mi persona. Me crié, pues, entre mis tíos, que en mí se gozaban sobremanera, hasta alcanzar mi edad viril. Cierto día, viernes por más señas, fui a la mezquita de Mosul con mi padre y mis tíos e hicimos nuestra oración con el resto de los congregados, a cuyo término todo el mundo salió del templo a excepción de mi padre y mis tíos, que permanecieron sentados hablando de los prodigios que acontecían en remotos países y de maravillosas visiones de exóticas ciudades». Por último, refiriéndose a Egipto, uno de mis tíos dijo: «Los viajeros nos cuentan que no hay sobre la faz de la tierra nada más bello que El Cairo y su Nilo». Estas palabras encendiéronme el anhelo de ver El Cairo. Mi padre dijo: «Quien no ha visto El Cairo no ha visto el mundo. Su arena es dorada y su Nilo un maravilloso don; sus mujeres son bellas como huríes, figuritas de bellísimas formas; sus casas son suntuosos palacios; su agua es suave y

ligera[82] y su lodo es deleitoso y medicina sin par, hasta el punto en que cantó el poeta con esta rima:

La crecida del Nilo[83] os prodiga hoy su dádiva / Y sólo vosotros tenéis ganancia y beneficio.

El Nilo es el caudal de mi llanto por la separación / Y nadie sino yo siente la nostalgia.

Además, su atmósfera es templada y henchida de fragancias aún más deliciosas que el aroma del áloe; ¿y cómo habría de ser de otro modo siendo la Madre del Mundo? Alá se digne honrar a aquel que compuso estos versos:

Si abandono El Cairo y sus delicias, / ¿Dónde iré a encontrar tan gozosos parajes?

¿Habré de partir de este lugar cuyas gratas fragancias / Llenan de gozo las almas y claman por su alabanza?

¿Donde cada palacio, como otro Edén, / Muestra alfombras y cojines ricamente trabajados?

Una ciudad que cautiva la vista y embruja hasta el júbilo, / Donde el santo y el pecador se dan la mano y cada cual disfruta su locura.

Donde el amigo halla al amigo unidos por la Providencia, / En jardines cual vergeles y laberintos de palmeras.

¡Pueblo de El Cairo, si por designio de Alá / Debo partir, seguiré junto a vosotros en mi pensamiento!

No susurréis El Cairo al oído del Céfiro / Para que no nos despoje de él como de la fragancia de sus jardines[84].

Y si contemplas su suelo con tus propios ojos y todo el ornato de sus flores, toda clase de ellas en un tejido de encaje, y las islas del Nilo y cuán considerables son su extensión y excelente panorama, y si diriges la vista hacia el Estanque Abisinio[85], tu mirada no se volverá de la escena vacía de maravilla, pues en parte alguna podrías contemplar otra vista tan adorable; y en verdad que los dos brazos del Nilo encierran el verdor más lujuriante[86], a semejanza de como lo blanco del ojo rodea lo negro o como las filigranas de plata circundan a la crisolita. Y dotado por la divinidad estaba el poeta que al Nilo referidas dijo estas coplas:

Junto al Estanque Abisinio, ¡oh día divino! / En el crepúsculo matutino y el refulgente sol,

El agua prisionera en sus muros de verdor / Como destellos de un alfange ante los ojos que se evaden,

Y nosotros sentados en el jardín mientras desagua / En suave corriente, con recamadas riberas teñidas de la más vistosa vistosidad.

La corriente es conmovida por las manos de las nubes; / También nosotros, conmovidos, nos reclinamos sobre nuestras esteras.

Haciendo circular el vino puro, y aquel que nos abandona / Nunca se repondrá de la caída que su infortunio le asigna:

Trasegar largos tragos de grandes y desbordantes tazones, / Administrar la única medicina de los sedientos: el vino.

¿Y qué hay que pueda compararse con el *Rasas*, el Observatorio, y sus encantos, de los cuales, todo el que los contempla, al aproximarse dice: ¡En verdad que este lugar ha sido distinguido con toda clase de excelencias!? Y si hablas de la Noche de la Plenitud del Nilo[87], ¡regala y reparte el arco iris![88] Y si contemplas el Jardín al atardecer, con las frías sombras deslizándose a lo alto y a lo ancho, una maravilla que de contemplarla te arrastraría hacia Egipto en éxtasis. Y si te hallases en El Cairo a la orilla del río[89], cuando el sol se oculta y la corriente se reviste su cota de malla y su loriga[90] sobre los otros ropajes, desearías ser trasladado prestamente a una nueva vida por su apacible céfiro y sus vastas umbrías». De este modo habló, y los demás procedieron a hacer sus propias descripciones de Egipto y el Nilo. Escuchando sus relatos mi pensamiento se obsesionaba con todo aquello y cuando, tras satisfacer su apetito, levantáronse todos y siguieron su camino, me acosté a dormir aquella noche pero el sueño no llegaba a causa del violento anhelo por Egipto, y ni la comida ni la bebida me satisfacían. Algunos días más tarde mis tíos hicieron sus preparativos para emprender un viaje de negocios a Egipto y le lloré a mi padre hasta que accedió a disponer mercancías para mí y consintió en que les acompañara, adivirtiéndoles sin embargo: «No le permitáis entrar en El Cairo, mas permitidle que venda sus mercancías en Damasco». Me despedí, pues, de mi padre y partimos de Mosul y viajamos de un tirón hasta Alepo[91], donde permanecimos algunos días. Continuamos luego nuestra marcha hasta llegar a Damasco, que nos pareció un paraíso, abundosa en árboles y arroyos y en aves y en frutos de todas clases. Nos establecimos en uno de los *khans*, donde mis tíos se quedaron un tiempo mercadeando, y vendieron y compraron también por mi cuenta, dejándome cada *dirham* un beneficio de cinco, lo que me complació grandemente. Una vez terminado este comercio me dejaron solo y ellos se encaminaron a Egipto, quedándome yo en Damasco, donde habíale alquilado a un joyero una mansión[92] de cuyas bellezas la gente se hacía lenguas. Allí estuve, comiendo y bebiendo y gastándome mis dineros hasta cierto día en que, hallándome a la puerta de mi casa, he aquí que se acercó una dama ataviada con los más costosos ropajes, mis ojos jamás los vieron más ricos. Le hice un guiño[93] y ella se introdujo en la casa sin vacilar. Yo entré con ella y eché los cerrojos de la puerta tras de ambos; luego se quitó ella el velo del rostro y la almejía y descubrí entonces que era como una estampa de la luna, de rara y extraordinaria hermosura, y en mi corazón anidó el amor por ella. Así que me levanté y llevé una bandeja con los más delicados manjares y frutos y todo cuanto la ocasión requería y comimos y retozamos y bebimos hasta que el vino se nos subió a la cabeza. Juntos yacimos la más dulce de las noches y por la mañana le ofrecí diez piezas de oro. Su rostro se tornó ceñudo, frunció el entrecejo y agitada por la cólera exclamó: «¡La ignominia sobre tí, mi dulce compañero! ¿Acaso crees que

codicio tu dinero?» Se introdujo luego la mano en el seno y de su túnica[94] sacó quince dinares y depositándolos ante mí dijo: «¡Por Alá, a menos que los tomes nunca volveré a tí!», de modo que los acepté, y añadió: «¡Oh amado mío!, espérame dentro de tres días, en que estaré de nuevo contigo entre la puesta del sol y el anochecer y con esos dinares prepara para nosotros la misma diversión que anoche». Y dicho esto se despidió de mí y se marchó y todos mis sentidos se fueron con ella. Volvió al tercer día, vestida de tejidos con hilos de oro en su trama y ataviada con ropajes y adornos más espléndidos que la primera vez. Yo había preparado ya todo antes de que ella llegase y la comida se hallaba dispuesta; comimos y bebimos y yacimos juntos, tal como hiciéramos la otra vez, hasta la mañana, en que me entregó otras quince piezas de oro y me prometió volver nuevamente a los tres días. Por consiguiente, lo dispuse todo para ella y a la hora convenida se presentó aún más ricamente vestida que la primera y la segunda ocasiones y me dijo: «¡Oh mi señor! ¿no soy hermosa?». «¡Sí, por Alá que lo eres!», respondí, y ella prosiguió: «¿Me das permiso para traer a una joven más hermosa que yo y menor en edad para que retoce con nosotros y así tú y ella podréis reír y pasarlo bien y alegrar su corazón, pues ha estado muy triste durante mucho tiempo y me ha pedido que la sacara de casa y le permitiese pasar conmigo una noche fuera?» «¡Sí, por Alá!», repliqué. Y bebimos hasta que el vino se nos subió a la cabeza y dormimos hasta la mañana, en que me dio otros quince dinares diciendo: «Añade alguna cosa a la provisión habitual, habida cuenta de la joven que vendrá conmigo». Luego se marchó. Al cuarto día dispuse la casa como de costumbre y apenas puesto el sol he aquí que llega acompañada de otra damita totalmente envuelta en su almejía. Entraron ambas y tomaron asiento y al verlas repetí aquellos versos:

> ¡Cuán dilecto es nuestro día y cuán afortunado nuestro sino / Cuando lejos está el cínico con su maligna lengua!
>
> Cuando el amor y el deleite y el torbellino de la cabeza / Mandan el buen juicio a paseo, ¡el mejor don del vino!
>
> Cuando la luna llena brilla entre el velo de las nubes / Y las ramas oscilan con su fulgente verdor,
>
> Cuando el rosa intenso se refugia en la mejilla más fresca / Y Narciso[95] abre sus amartelados ojos,
>
> ¡Cuando el gozo con aquellos a quienes amo es tan dulce, / Cuando la amistad con aquellos a quienes amo es completa!

Me sentía feliz al contemplarlas y encendí las velas después de recibirlas con alegría y deleite. Despojáronse ellas de sus pesadas prendas de abrigo y la nueva joven se descubrió el rostro y entonces pude ver que era como la luna en su plenitud, jamás había contemplado nada tan bello. Luego me levanté y puse ante ellas viandas y frutas y bebidas y comimos y libamos, y yo estuve dándole los bocados a la recién llegada y apurando su copa y bebiendo con ella, hasta que la primera dama, que en su interior iba acumulando unos celos rabiosos, me preguntó: «Por Alá, ¿no es más deliciosa que yo?», a lo que respondí: «¡Sí, por el Señor!». «Es mi deseo que te acuestes con ella

esta noche, pues yo soy tu amante pero ella es nuestro huésped». «¡Sobre mi cabeza y sobre mis ojos!». Entonces ella se levantó y extendió las alfombras para formar nuestro lecho[96] y yo tomé a la joven y yacimos juntos aquella noche hasta la mañana, en que me desperté y me sentí húmedo, de sudor pensé. Me incorporé y traté de levantar a la joven, pero al sacudirla por los hombros mis manos se tornaron púrpura de sangre y su cabeza rodó de la almohada. Los sentidos se me nublaron al ver aquello y exclamé en alta voz: «¡Oh Todopoderoso protector, dispénsame Tu protección!». Luego, al descubrir que la habían decapitado, me levanté de un salto y lo vi todo negro. Busqué a la dama, mi antigua amante, pero no pude dar con ella. Supe así que había sido ella quien había asesinado a la jovencita por celos[97] y dije: «¡No hay Majestad y no hay poder sino en Alá, el Glorioso, el Grande! ¿Qué debo hacer ahora?». Reflexioné durante un rato y al cabo, despojándome de mis ropas, cavé un hoyo en medio del patio y deposité en él a la joven asesinada con sus joyas y sus adornos de oro, y, tras rellenarlo con la tierra, coloqué nuevamente las losas de mármol[98] del pavimento. Luego hice el *ghusl o* ablución completa[99] y me vestí con ropas purificadas; después, tomando el dinero que me quedaba, cerré la casa y, armado de valor, fui a ver al propietario, le pagué la renta de un año y le dije: «Me dispongo a reunirme con mis tíos en El Cairo». Partí al instante, viajando hacia Egipto, y me presenté ante mis tíos, que se alegraron conmigo, y supe que ya habían terminado de vender sus mercancías. Preguntáronme: «¿A qué se debe el que hayas venido?», y yo respondí: «Ansiaba volver a veros», pero no les dije que no tenía dinero alguno. Permanecí con ellos un año disfrutando de las delicias de El Cairo y de su Nilo[100] y disipando el resto de mi dinero en comilonas y libaciones hasta que llegó el momento de la partida de mis tíos, en que me separé de ellos y me oculté. Buscáronme ellos e hicieron averiguaciones, mas al no tener noticias mías se dijeron: «Se habrá vuelto a Damasco». Después de su partida salí de mi escondite y me quedé en El Cairo otros tres años, hasta que todo mi dinero se agotó. Ahora bien, había enviado todos los años la renta de la casa de Damasco a su propietario, hasta que a la postre no me quedó sino lo justo para pagar el alquiler de un año y me hallé en la indigencia, de modo que me trasladé a Damasco y me afinqué en la casa, cuyo dueño, un joyero, se alegró de verme, y lo encontré todo cerrado. Abrí las estancias reservadas y saqué vestiduras y otras cosas de las que tenía necesidad y, bajo la alfombra que me había servido de lecho y sobre la que me había acostado aquella noche en que la joven fue decapitada, hallé un collar de oro recamado con diez gemas de extraordinaria belleza. Lo tomé, y tras limpiarlo de sangre lloré durante un rato contemplándolo. Permanecí luego en la casa durante dos días y al tercero fui al *hammam* y me cambié de ropa. Por aquellos momentos ya no tenía dinero; entonces Satán me inspiró la tentación por la que el Decreto del Destino había de cumplirse. Al día siguiente llevé el collar al bazar y se lo entregué a un agente que me sugirió que me sentara en la tienda del joyero, mi casero, y me rogó que tuviera paciencia hasta que el mercado estuviese más concurrido[101], momento en que se llevó la joya y la ofreció en venta, de manera reservada y sin que yo tuviera conocimiento de ello. El collar valía al menos dos mil dinares pero el corredor volvió y me dijo: «Este collar es de cobre, una imitación de los que hacen los franceses[102] y me han ofrecido mil dinares por él». «Sí», contesté, «sabía que era de cobre, ya que fue hecho para cierta persona a modo de chanza; luego lo ha heredado mi esposa y ahora queremos venderlo; así, pues, ve y acepta los mil dinares». Al oír esto el corredor supo que el asunto era sospechoso, por lo que llevó el collar al síndico del bazar y el síndico se lo llevó al gobernador, que era además

prefecto de la policía, y le dijo con gran falsía: «Este collar me había sido robado de mi casa y hemos hallado al ladrón en indumento de mercader». Antes de que pudiera darme cuenta la guardia me había rodeado y hecho preso, llevándome ante el gobernador, el cual me interrogó acerca del collar. Le conté la misma historia que le había contado al agente pero él se rió y me dijo: «Esas palabras no son ciertas». Luego, sin saber lo que me estaba sucediendo, la guardia me despojó de mis vestiduras y se abalanzaron sobre mis costillas con varas de palma, hasta que debido a lo intenso del vapuleo confesé: «Yo lo robé», diciéndome para mí: «Será mejor para tí que admitas haberlo robado que no enterarles que su propietaria fue asesinada en tu casa, porque en ese caso te darán muerte para vengarla». Tomaron nota, pues, de que yo lo había robado y me cortaron la mano y me escaldaron el muñón en aceite hirviendo[103] y me desvanecí del dolor; diéronme vino a beber y me recobré y tras recoger mi mano me encaminaba a mi acogedora casa cuando mi casero me dijo: «Oh hijo mío, habida cuenta de lo que te ha ocurrido debes abandonar mi casa y buscarte otro alojamiento, ya que has quedado convicto de robo. Eres un joven gentil, pero ¿quién se apiadará de ti después de esto?». «Oh señor», le dije, «concédeme dos o tres días hasta que encuentre otro lugar», y él respondió: «Sea», y se fue dejándome solo. Regresé a la casa y rompí en llanto y me decía: «¿Cómo voy a volver junto a mi gente con la mano mutilada y sin que ellos sepan que soy inocente? Tal vez después de esto quiera Alá servirse disponer algún consuelo para mí». Y lloré con un llanto inagotable. La aflicción me abrumó y permanecí en vivo desaliento durante dos días; mas al tercer día mi casero se presentó de improviso ante mí y con él algunos de los guardias y el síndico del bazar que me había acusado falsamente del robo del collar. Me adelanté hacia ellos y pregunté: «¿Qué sucede?», pero me ataron las manos sin decir una palabra y me echaron al cuello una cadena diciendo: «El collar que tenías en tu poder ha resultado ser propiedad del *wazir* de Damasco, que es asimismo el virrey». Y añadieron: «Lo habían echado de menos de su casa desde hace tres años, al igual que a la menor de sus hijas». Al oír estas palabras se me encogió el corazón y me dije a mí mismo: «¡Ahora sí que tu muerte es segura! Por Alá, tengo que contarle mi historia al *wazir* y luego, si es su deseo, que me dé muerte o si le place que me perdone». Me llevaron, pues, a la casa del *wazir* y me pusieron en sus manos. Al verme me miró por el rabillo del ojo y dijo a los presentes: «¿Por qué le habéis cortado la mano? Este hombre es un desdichado y no ha cometido falta alguna; en verdad que os habéis equivocado al cortarle la mano». Al oír esto sentí mi corazón aliviado y presintiendo mi alma algo bueno en todo aquello le dije: «Por Alá, mi señor, no soy un ladrón, pero me calumniaron con vil calumnia y me azotaron en medio del mercado ordenándome que confesara hasta que, a causa del dolor de los golpes, mentí contra mí mismo y confesé el robo, pese a ser totalmente inocente de él». «No temas», dijo el virrey, «no te ocurrirá ningún daño». Ordenó luego que metieran en la cárcel al síndico del bazar y a este le dijo: «Paga a este hombre la indemnización que le corresponde por su mano y si lo demoras te haré ahorcar y confiscaré todas tus propiedades». Y llamó luego a sus guardias, que se lo llevaron a rastras, dejándome a solas con el *wazir*. A una orden suya soltáronme la cadena de mi cuello y me desataron las manos y me miró y dijo: «Oh hijo mío, sé sincero conmigo y dime cómo llegó a tus manos este collar». Y repitió aquellos versos:

> La verdad es lo que mejor te cuadra, aunque la verdad / Te lleve a arder en el fuego espantable.

«Por Alá, oh mi señor», respondí, «no te contaré sino la verdad». Le relaté entonces cuanto había pasado entre la primera dama y yo y cómo aquella me había llevado a la segunda y la había matado por celos y se lo referí con todo detalle. Al oír mi relato movió la cabeza de un lado a otro y se dio golpes con la mano derecha sobre la izquierda[104] y colocándose el pañuelo sobre el rostro lloró un rato y luego repitió:

> Contemplo cuán abundantes son las aflicciones del mundo / Y a mundanos enfermos de hastío y dolor.
>
> Siempre hay uno que separa a dos que están unidos / Y los que no se separan son muy pocos.

Volvióse luego hacia mí y dijo: «Sabe, hijo mío, que la mayor de las jóvenes, la primera en llegarse hasta tí, era una hija mía a la que mantuve celosamente guardada. Cuando creció la envié a El Cairo y la casé con un primo suyo, hijo de mi hermano. Después de algún tiempo su marido murió y ella regresó, pero había aprendido la lascivia y la zafiedad de las gentes de El Cairo[105]; así te visitó cuatro veces y por último te llevó a su hermana menor. Eran dos hermanas muy unidas y cuando la mayor tuvo aquella aventura le reveló el secreto a su hermana, que sintió el deseo de salir con ella. De modo que te pidió permiso y la llevó a tu casa; luego volvió sola y al hallarla llorando le pregunté por su hermana, más ella me dijo: «Nada sé de ella». Sin embargo, no tardando mucho le contó a su madre lo sucedido reservadamente y su madre me lo contó a mí. Luego no cesaba de llorar y decir: «¡Por Alá, estaré llorando por ella hasta el día de mi muerte!». No cesó en su duelo hasta que su corazón no pudo más y murió; «y así es como ha ocurrido todo. Ve, pues, hijo mío, lo que ha acontecido. Ahora quiero que no me rechaces lo que voy a ofrecerte y ello es que deseo casarte con la menor de mis hijas, que es virgen y nacida de otra madre[106] y no quiero de tí pago alguno sino que, por el contrario, te asignaré un subsidio y vivirás conmigo en mi casa como si fueras mi hijo». «Que así sea», respondí yo; «¿cómo había yo de esperar tan buena fortuna?». Envió de inmediato a por el *kazi* y unos testigos e hizo redactar el contrato matrimonial con su hija y entré en ella. Más aún, me consiguió del síndico del bazar una gran suma de dinero y me dispensó su favor. Durante este año llegáronme noticias de que mi padre había muerto y el *wazir* despachó un correo, con cartas portadoras de la firma real, para que enviaran el dinero que había dejado mi padre y ahora vivo con todo solaz. Y así fue como me cortaron la mano. «Maravillado quedé al oír esta historia (prosiguió el judío) y permanecí con él tres días, transcurridos los cuales me pagó una fortuna y partí de allí viajando hacia el Este hasta llegar a tu ciudad, que encontré agradable para vivir, por lo que establecí aquí mi residencia.

CUENTO DE LA REINA DE LAS SERPIENTES Y LAS AVENTURAS DE BULUKIYA[107]

Hubo una vez en los días de antaño y en épocas y eras ha mucho tiempo ya idas un sabio griego llamado Daniel, que tenía alumnos y discípulos y los hombres prudentes de Grecia eran sumisos a su autoridad y confiaban en su saber. Con todo, Alá le había negado un hijo varón. Cierta noche, mientras discurría y se lamentaba a causa de la falta de un hijo que pudiera heredar su sabiduría, se le ocurrió que Alá (¡glorificado y enaltecido sea!) escucha la oración de quienes a El recurren y que no hay ujier a la puerta de su magnificencia y que dispensa sin tasa sus favores a quienes El quiere y a ningún suplicante despide con las manos vacías, antes bien se las colma de favores y mercedes. Imploró, pues, al Todopoderoso, al Magnánimo, que le concediera un hijo para sucederle y que le hiciera abundante merced de sus bondades. Regresó luego a su casa y conoció carnalmente a su mujer, que concibió de él aquella noche. Algunos días más tarde se embarcó con rumbo a cierto lugar pero el barco naufragó y consiguió salvarse gracias a un tablón, mientras que de todos los libros que tenían no le quedaron sino cinco hojas. Cuando regresó a su casa depositó las cinco hojas en un cofrecito, lo cerró y le dio la llave a su esposa (cuya gravidez ya para entonces era ostensible) y le dijo: «Sabe que mi muerte está ya próxima y que se acerca el momento de mi tránsito de esta morada temporal a la mansión eterna. Tú estás ahora encinta y después de mi muerte tal vez des a luz un niño. Si eso sucede ponle el nombre de Hasib Karim al-Din[108] y críale con la más esmerada de las crianzas. Cuando el niño crezca y te diga '¿Cuál es la herencia que me dejó mi padre?', entrégale estas cinco hojas, cuando haya leído y comprendido las cuales será el hombre más sabio de su época». Despidióse luego de ella y exhalando un suspiro abandonó este mundo y cuanto en él se halla. ¡La misericordia del Altísimo sea con él! Su familia y sus amigos derramaron muchas lágrimas por él, le trasladaron con gran pompa y le dieron sepultura, tras lo cual regresaron a sus casas. Pocos días transcurrieron hasta que su esposa dio a luz un hermoso niño y le impuso por nombre Hasib Karim al-Din, como su marido le encomendara, e inmediatamente después de su nacimiento hizo llamar a los astrólogos, que trazaron cálculos sobre sus ascendientes y revelaron su horóscopo y le dijeron: «Sabe, oh mujer, que este recién nacido vivirá muchos años, pero que tal cosa será tras correr un grave peligro en su temprana edad, y si escapa a él le será concedida la sabiduría de todas las ciencias exactas», dicho lo cual se marcharon. Durante dos años dióle la mujer de mamar[109] y luego le destetó y cuando alcanzó los cinco años le llevó a una escuela a que aprendiera a leer, pero el niño no quiso leer. Le sacó, pues, de la escuela y le puso a aprender un oficio, pero el niño no quiso aprender oficio alguno ni realizó el menor trabajo. Lamentábase la madre de todo esto y la gente le decía: «Cásale; tal vez su esposa le aliente y aprenda algún oficio». De modo que le buscó una joven y le casó con ella; pero, a pesar del matrimonio y del paso del tiempo, siguió tan ocioso como antes y no hacía cosa alguna. Cierto día, unos vecinos suyos que eran leñadores fueron ante ella y le dijeron: «Cómprale a tu hijo un asno y cuerdas y un hacha y deja que venga con nosotros al monte a cortar leña. Repartiremos entre todos el dinero que ganemos y así contribuirá con su parte a manteneros a tí y a su esposa». Al oír esto alegróse la mujer sobremanera y le compró a su hijo un asno y cuerdas y un hacha; luego, llevándole junto a los leñadores, le puso en manos de estos y se lo

encomendó a su cuidado. Dijéronle aquellos: «No te preocupes por el muchacho, nuestro Señor cuidará de él: es el hijo de nuestro *sheykh*». Así que le llevaron al monte, donde cortaron leña y la cargaron en los asnos; después regresaron a la ciudad y tras vender lo que habían cortado dedicaron el dinero al sustento de sus familias. Hicieron esto al día siguiente y al tercero y no dejaron de hacerlo durante algún tiempo, hasta que cierto día sucedió que una violenta tormenta de agua descargó sobre ellos y buscaron refugio en una gran cueva, a la espera de que el aguacero terminase. Hasib Karim el-Din se apartó de los demás, yéndose a un rincón de la caverna, se sentó y empezó a dar golpes con el hacha. Advirtió en seguida que el piso sonaba a hueco, en vista de lo cual cavó durante un rato hasta llegar a una losa redonda que tenía una anilla. Alegróse al ver esto y lo gritó a sus compañeros leñadores, quienes al ver que era cierto se apresuraron a tirar de la piedra y descubrieron bajo ella una trampilla que al ser abierta dejó ver un aljibe lleno de miel de abejas[110]. Dijéronse entonces unos a otros: «Es un depósito demasiado grande y lo único que podemos hacer es regresar a la ciudad, traer vasijas en las que transportar la miel y repartirnos el producto de su venta, mientras uno de nosotros se queda aquí junto al aljibe para guardarla de cualquier intruso». Hasib dijo: «Yo me quedaré y vigilaré hasta que traigáis ollas y cazuelas». Dejáronle, pues, de guardia y tras volver a la ciudad acarrearon vasijas que más tarde llenaron con la miel y cargaron en los asnos, recorriendo las calles y lo mismo hicieron en días sucesivos, durmiendo de noche en la ciudad y sacando la mercancía durante el día, mientras Hasib se quedaba de guardia, hasta que no quedó más que un poco de miel. Dijéronse entonces unos a otros: «Hasib Karim al-Din fue quien encontró la miel y mañana vendrá a la ciudad y nos reclamará el producto de su venta diciéndonos: 'Yo fui quien la encontró'; no tenemos más remedio que encerrarle en el aljibe, cargar el resto de la miel y dejarle allí dentro; así morirá de hambre y nadie sabrá más de él». Acordáronse todos en este plan mientras regresaban al lugar y cuando llegaron uno de ellos le dijo: «Oh Hasib, baja por el agujero y avíanos el resto de la miel». Descendió este, en efecto, y les pasó todo lo que quedaba de la miel, hecho lo cual les dijo: «Izadme de aquí, pues ya no queda más». No le respondieron los otros, sino que, cargando los asnos, fuéronse hacia la ciudad y le dejaron solo en el aljibe. Rompió Hasib en llanto y lamentaciones y exclamaba: «No hay Majestad y no hay Poder sino en Alá, el Glorioso, el Grande». Tal era su situación. En cuanto a sus compañeros, luego que llegaron a la ciudad y vendieron la miel fueron a la casa de la madre de Hasib y sollozando le dijeron: «¡Ojalá que tu cabeza sobreviva a tu hijo Hasib!», y ella preguntó: «¿Cómo le sobrevino la muerte?», a lo que ellos replicaron: «Estábamos cortando leña en la cima del monte cuando nos cayó un tremendo chaparrón y corrimos a refugiarnos en una caverna y de repente el asno de tu hijo se soltó y se precipitó volando hacia el valle; tu hijo corría tras él para traerlo de vuelta cuando se echó sobre ellos un lobo que despedazó a tu hijo y devoró al asno». Al oír esto la madre se arañó el rostro y esparció ceniza sobre su cabeza y púsose de duelo por su hijo y mantenía su vida y su alma tan sólo con la comida y la bebida que los leñadores le llevaban cada día. En cuanto a estos, abrieron tiendas y se hicieron comerciantes y pasaban la vida comiendo y bebiendo y de jarana. Entretanto, Hasib Karim al-Din, que no cesaba en sus lamentos y en sus llamadas pidiendo auxilio, hallábase sentado en un canto del aljibe, cuando he aquí que un gran escorpión cayó sobre él, que alzóse al instante y le dio muerte. Quedóse entonces pensativo y díjose para sí: «La cisterna estaba llena de miel; ¿cómo, pues, ha llegado hasta aquí el escorpión?». Afanóse entonces a examinar el pozo por todas partes hasta que halló una grieta, que

era por donde había entrado el escorpión, y por la que pudo ver cómo fulguraba la luz del día. Empuñó entonces su cuchillo de leñador y agrandó el orificio hasta hacerlo del tamaño de una ventana y a continuación se coló por él. Tras caminar un breve trecho encontróse en una vasta galería que le condujo a una enorme puerta de hierro negro que tenía una cerradura de plata en la que había una llave de oro. Se acercó furtivamente hasta la puerta y mirando a través de una hendidura pudo ver que una rutilante luz brillaba en el interior, así que abrió la puerta con la llave y continuó durante algún tiempo hasta llegar a un gran lago artificial, en cuyo seno percibió algo que rielaba como si fuera plata. Encaminó hacia allá sus pasos hasta alcanzar a ver, erecto junto a un montículo de verde jaspe y situado en su pináculo, un trono de oro recamado con toda clase de gemas, alrededor del cual había gran cantidad de escabeles, unos de oro, otros de plata, de verde y brillante esmeralda otros más. Trepó el montículo y al contar los escabeles halló que habíalos en número de doce mil; después subió al trono que estaba en la cúspide y sentándose sobre él quedó maravillado de la visión del lago y los escabeles, hasta que la modorra se fue apoderando de él y quedóse dormido. Al poco despertóse con un brusco sobresalto producido por algo como un zumbido o silbido o susurro ensordecedor; abrió los ojos y sentándose bruscamente vio que cada escabel estaba ocupado por una enorme serpiente de cien codos de largo. Ante esta visión se apoderó de él un gran pavor; la boca se le secó de espanto y perdió toda esperanza de seguir vivo, pues todos aquellos ojos ardían como carbones al rojo. Se volvió entonces hacia el lago y advirtió que lo que antes había tomado por rielantes aguas era una multitud de pequeñas serpientes cuyo número nadie podía saber excepto Alá el Altísimo. Al cabo de unos momentos ascendió hasta él una serpiente gruesa como un mulo que llevaba a su espalda una bandeja de oro en la que había otra serpiente que brillaba como el cristal y cuyo rostro era el de una mujer[111] y que hablaba con humana habla. Y en cuanto llegó a donde estaba Hasib le saludó y este le devolvió el saludo. Luego, una de las serpientes que estaba sentada en su escabel se levantó y alzando a la de la bandeja la depositó sobre uno de los asientos y dio unas voces en su lengua a las otras serpientes, al oír lo cual todas bajaron de sus escabeles y le rindieron homenaje. Pero ella les hizo una seña de que se sentaran y así lo hicieron todas. Dirigióse luego a Hasib diciéndole: «No tengas miedo de nosotras, joven, pues yo soy la Reina de las Serpientes y su sultana». Al oírla hablar de este modo su corazón sintióse reconfortado y pidió a las serpientes que le dieran algo de comer[112]. Leváronle manzanas, uvas, granadas, pistachos, avellanas, nueces, almendras y plátanos y los depositaron delante de él y la serpiente reina dijo: «¡Bienvenido seas, joven! ¿Cómo te llamas?», y él respondió: «Hasib Karim al-Din», a lo que ella replicó: «Come, oh Hasib, de estos frutos, pues no tenemos otra comida, y no tengas miedo de nosotras». Comió Hasib hasta saciarse y dio gracias a Alá el Todopoderoso y en seguida retiraron la bandeja de delante suyo y la reina dijo: «Díme, oh Hasib, ¿de dónde eres y cómo has llegado hasta aquí?». Hasib entonces le contó su historia de principio a fin: la muerte de su padre, su nacimiento, su asistencia a la escuela donde nada aprendió, su dedicación a leñador, el hallazgo del aljibe de miel, el abandono de que fue objeto dentro de él, la muerte del escorpión, el ensanchamiento de la grieta, el hallazgo de la puerta de hierro y su llegada ante la reina; concluyó su extenso relato diciendo: «¡Estas son mis aventuras de principio a fin y sólo Alá sabe qué me acontecerá después de todo esto!». Tras escuchar sus palabras la reina dijo: «Sólo cosas buenas te acaecerán, oh Hasib, pero me gustaría que te quedaras conmigo por algún tiempo, para que yo pueda contarte mi historia y hacerte saber las prodigiosas aventuras

que me han sucedido». «Escucho y obedezco tus órdenes», respondió él, y ella comenzó a decir estas palabras:

LAS AVENTURAS DE BULUKIYA

Sabe, oh Hasib, que hubo una vez en la ciudad de El Cairo un rey del Banu Isra'il, sabio y piadoso, que estaba encorvado por la mitad de tanto dedicarse a los libros del saber y que tenía un hijo llamado Bulukiya. Era ya viejo y débil y hallábase próximo a la muerte cuando sus nobles y lugartenientes llegáronse a él a rendirle pleitesía y les dijo: «Vosotros, los míos, sabed que está ya al caer la hora de mi partida de este mundo hacia el otro y que no tengo otro encargo que haceros salvo encomendar a vuestro cuidado a mi hijo Bulukiya». Y luego dijo: «¡Doy testimonio de que no hay más dios que *el* Dios!», y exhalando un suspiro abandonó este mundo, ¡la misericordia de Alá sea con él! Tendiéronle, le lavaron y le dieron sepultura con un cortejo de gran pompa. Invistieron luego sultán a su hijo Bulukiya en su lugar y gobernó el reino con justicia y el pueblo tuvo paz en su era. Ocurrió cierto día que Bulukiya se adentró por el lugar donde su padre guardaba sus tesoros, a fin de inspeccionarlo, y al hallar un compartimento interior y algo que parecía una puerta, la abrió y se metió por ella. Y he aquí que se encontró en un pequeño aposento que tenía una columna de mármol blanco en su centro, encima de la cual había un cofrecito de ébano; abrió este y encontró en su interior otro cofrecito de oro dentro del cual había un libro. Al leer el libro halló que era un relato de la vida de nuestro señor Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) y de cómo sería enviado en el fin de los tiempos[113] y sería señor de los primeros profetas y de los últimos. Al leer la descripción de su persona, el corazón de Bulukiya fue presa de amor por Mahoma, de modo que convocó al instante a todos los notables de los Hijos de Israel, a los *cohens* o adivinos, los escribas y los sacerdotes y les dio a conocer lo que decía el libro, leyéndoles fragmentos de él, y añadió: «Oh mis buenas gentes, tengo que sacar a mi padre de su sepultura y quemarle». Los vasallos preguntaron: «¿Por qué quieres quemarle?», y él respondió: «Porque me ocultó este libro y no me lo dio a conocer». El anciano rey lo había extractado de los *Torah* o Pentateuco y de los libros de Abraham y lo había encerrado en su cámara del tesoro y ocultado a todo ser viviente. Los otros replicaron: «Oh rey, tu padre está muerto, su cuerpo está en el polvo y su destino está en las manos de su Señor. No le saques de su tumba». Supo dé este modo que no le consentirían que hiciese aquello y tras despedirse de ellos presentóse a su madre y le dijo: «En una cámara del tesoro de mi padre he encontrado un libro que contiene una descripción de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!), un profeta que será enviado al final de los tiempos y mi corazón ha quedado cautivo de amor por él. En consecuencia, he resuelto errar por la tierra hasta encontrarle; de no ser así, moriré del anhelo de su amor». Se despojó luego de sus vestiduras y se vistió con una túnica de piel de cabra y unas toscas sandalias y dijo: «Oh madre mía, no me olvides en tus oraciones». Derramó ella abundantes lágrimas sobre él y dijo: «¿Qué va a ser de nosotros sin ti?», pero Bulukiya respondió: «No puedo soportarlo por más tiempo y encomiendo mi destino y el tuyo en las manos de Alá que es Todopoderoso». Emprendió luego el camino a pie hasta Siria sin tener conocimiento alguno de sus gentes y llegado que hubo a la orilla del mar halló un bajel en el que se embarcó como tripulante. Navegaron hasta llegar a una isla en la que Bulukiya bajó a tierra junto con el resto de la tripulación, pero apartándose de los demás se sentó debajo de un árbol y el sueño hizo fácil presa en él. Al despertar buscó el barco pero se encontró con que se había hecho a la vela sin él y en la isla vio serpientes, tan grandes como camellos y palmeras, que repetían los nombres de Alá (¡enaltecido y ensalzado sea!) y del

bienaventurado Mahoma (¡a quién el Señor bendiga y guarde!), proclamando la Unicidad y glorificando al Glorioso, ante lo cual quedó Bulukiya en extremo maravillado. Al verle, volviéronse todas en tropel hacia él y una de ellas le dijo: «¿Quién eres y de dónde vienes y a dónde vas y cómo te llamas?». Y él dijo: «Me llamo Bulukiya y soy de los hijos de Israel y habiendo sido arrebatado por el amor a Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) voy en su busca. Pero, ¿quiénes sois vosotras, oh nobles criaturas?». Respondieron aquellas: «Somos habitantes del infierno *Jahannam* y Alá el Todopoderoso nos creó para castigo de los *kafires».* «¿Y cómo vinisteis a parar aquí?», preguntó Bulukiya, y le contestaron: «Sabe, oh Bulukiya, que el hervor del infierno[114] es de tal magnitud que respira dos veces al año, espirando en verano e inspirando en invierno, de aquí el calor del verano y el frío del invierno. Cuando exhala nos arroja de sus membranas y somos engullidos nuevamente cuando inhala». Bulukiya inquirió: «Decidme, ¿hay serpientes más grandes que vosotras en el infierno?», y le respondieron: «A decir verdad nosotras somos arrojadas con el aire espirado debido a nuestra pequeñez, pues en el infierno hay serpientes tan grandes que si la mayor de nosotras pasara por delante de sus narices ni lo notarían[115]. Y Bulukiya volvió a preguntar: «Vosotras cantáis las alabanzas de Alá e invocáis el nombre de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!), ¿cómo habéis llegado a tener conocimiento de Mahoma?» Y la respuesta fue: «En verdad, oh Bulukiya, que su nombre está escrito en las puertas del Paraíso y, a no ser para él, Alá no hubiera creado los mundos[116] ni el Paraíso, ni el cielo ni el infierno ni la tierra, pues Alá creó todas las cosas que existen sólo a causa suya y ha unido su nombre al Suyo propio en todas partes. Por eso amamos a Mahoma, ¡a quién Alá bendiga y guarde!». Oír la plática de las serpientes no hizo sino inflamar aún más el amor de Bulukiya por Mahoma y anhelar más vivamente su visión, de modo que se despidió de ellas y se encaminó a la orilla del mar, en cuya ribera halló un barco anclado en la playa en el que se embarcó como marinero, y navegaron y navegaron sin pausa hasta llegar a otra isla. Allí bajaron a tierra y al cabo de un rato de andar encontraron serpientes grandes y pequeñas, en número incalculable por ser alguno salvo el Todopoderoso Alá, y entre ellas había una serpiente blanca, más diáfana que el cristal, sentada sobre una áurea bandeja a lomos de otra serpiente del tamaño de un elefante. Esta, oh Hasib, era la Reina de las Serpientes, no otra que yo. Hasib preguntó entonces: «¿Y cuál fue tu actitud hacia él?», y la reina dijo: «Sabe, oh Hasib, que al ver a Bulukiya le saludé con el *salam* y él me devolvió el saludo y luego le dije: ¿Quién y qué eres, qué peregrinar es el tuyo, de dónde vienes y a dónde vas?». Bulukiya me respondió: «Soy de los Hijos de Israel; mi nombre es Bulukiya y ando errante por el amor de Mahoma, cuya descripción he leído en las escrituras reveladas y voy en su busca. Pero, ¿quiénes sois tú y esas serpientes que te rodean?», y yo le contesté: «Oh, Bulukiya, soy la Reina de las Serpientes y cuando alcances a encontrarte con Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) transmítele mi saludo». Luego Bulukiya se despidió de mí y prosiguió su camino hasta llegar a la Ciudad Santa, que es Jerusalén.

Había entonces en aquella ciudad un hombre muy versado en todas las ciencias, especialmente en geometría y astronomía y matemáticas, así como en magia blanca[117] y en espiritismo, y había estudiado el Pentateuco y los Salmos y los libros de Abraham. Su nombre era Affan y en algunos de sus libros había descubierto que cualquiera que llevara el anillo de sellar de nuestro señor Salomón, hombres y bestias, *jinni* y aves y todas las cosas creadas, habían de obedecerle. Asimismo, había descubierto que nuestro señor Salomón fue sepultado en un féretro que había sido trasladado

milagrosamente más allá de los Siete Mares hasta el lugar de su sepultura y que nadie, mortal o espíritu, podía arrancar el anillo del dedo de Salomón, y que navegante alguno había podido surcar los Siete Mares sobre los que el féretro había sido trasladado. Asimismo, por la lectura descubrió que había una hierba entre las hierbas de la que si se exprime su jugo y con él se unge los pies se podría caminar sobre la superficie de cualquiera de los mares creados por Alá el Todopoderoso sin mojarse las plantas, pero nadie lograría obtener esa hierba sin tener a su lado a la Reina de las Serpientes. Cuando Bulukiya llegó a la ciudad santa postróse de inmediato a cumplir sus devociones y glorificar al Señor y mientras estaba ocupado en eso llegóse hasta él Affan y le saludó como a Verdadero Creyente. Al ver que leía el Pantateuco y adoraba al Todopoderoso dirigióse a él diciendo: «¿Cómo te llamas, hombre, y de dónde vienes y a dónde vas?», a lo que respondió: «Me llamo Bulukiya, soy de la ciudad de El Cairo y vago errante en busca de Mahoma, ¡a quien Alá bendiga y guarde!». Entonces Affan le dijo: «Ven conmigo que yo te daré alojamiento». «Oír es obedecer», replicó Bulukiya. El devoto le llevó de la mano a su casa, en la que le hizo entrar con todos los honores e inmediatamente le dijo: «Cuéntame tu historia, oh hermano mío, y cómo llegaste a saber de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) como para que tu corazón se sintiera arrebatado por amor a él y te impulsara a ponerte en camino y tratar de hallarle, y por último dime quién te ha guiado en tu ruta». Bulukiya entonces le relató su historia íntegramente, ante la cual Affan, casi perdido el sentido a causa del asombro, le dijo: «Consígueme un encuentro con la Reina de las Serpientes y yo te llevaré junto a Mahoma, pese a que la época de su misión aún queda lejana. Todo lo que hemos de hacer es persuadir a la reina y llevarla en una jaula hasta cierto monte en que crecen muchas hierbas y, mientras la tengamos con nosotros, las hierbas hablarán con habla humana y revelarán sus virtudes por voluntad de Alá el Altísimo. Pues he sabido por mis libros que hay una hierba que aquel que exprima su jugo y se unja los pies con él podrá caminar sobre cualquier mar que Alá Topoderoso haya creado sin mojarse las plantas de los pies. Cuando encontremos la hierba mágica dejaremos a la reina que se vaya y entonces nos ungiremos los pies con el elixir y cruzaremos los Siete Mares para llegar al sepulcro de nuestro señor Salomón. Luego le quitaremos el anillo del dedo y reinaremos igual que reinó él y haremos realidad todos nuestros deseos. Nos adentraremos en el Océano de las Tinieblas[118] y beberemos el Agua de la Vida y así el Todopoderoso nos permitirá quedarnos hasta el Fin de los Tiempos y nos reuniremos con Mahoma, ¡a quién Alá bendiga y guarde!». Al oír estas palabras Bulukiya replicó: «Oh Affan, yo te conseguiré un encuentro con la Reina de las Serpientes y te mostraré de inmediato su morada». Affan construyó entonces una jaula de hierro y provisto de dos cántaros, el uno lleno de vino y el otro de leche, se embarcó junto con Bulukiya y navegaron hasta llegar a la isla, donde bajaron a tierra y echáronse a andar. Affan montó la jaula, colocando en su interior los dos cántaros y dejándola dispuesta con una trampa, tras lo cual Bulukiya y él se ocultaron. Al poco apareció la Reina de las Serpientes (o sea, yo) y se puso a examinar la jaula. Al percibir el aroma de la leche descendió del lomo de la serpiente que la transportaba en la bandeja y metiéndose en la jaula se bebió la leche. Se acercó luego al cántaro de vino y se lo bebió también, de resultas de lo cual quedó su cabeza aturdida y al poco se durmió. Affan, al verlo, corrió y cerró la jaula tras ella, se la puso en la cabeza y se encaminó hacia el barco junto con Bulukiya. Al cabo de un rato despertóse la serpiente y al encontrarse dentro de una jaula sobre la cabeza de un hombre y viendo a Bulukiya caminar junto al porteador le dijo: «Esta es la

recompensa de los que no atacan a los hijos de Adán», a lo que Bulukiya replicó: «Oh reina, nada temas de nosotros, pues no te haremos daño alguno. Tan sólo te queremos para que nos ayudes a encontrar la hierba que majada y exprimida destila un elixir que untado en los pies confiere la facultad de caminar sin mojarse las plantas sobre cualquiera de los mares creados por Alá el Todopoderoso, y cuando la encontremos te devolveremos al lugar del cual procedes y te dejaremos que sigas tu camino». Dicho esto, Affan y Bulukiya se internaron en los montes donde crecen las hierbas y, como iban con la reina, todas las plantas, al pasar, les hablaban y declaraban sus virtudes, con la venia de Alá el Altísimo. Según iban en esto y las hierbas les hablaban a derecha e izquierda, he aquí que una planta habló y dijo: «Yo soy la hierba que buscáis y todo el que me cosecha y exprime y unge sus pies con mi jugo andará sobre todos los mares creados por Alá el Todopoderoso y no se mojará las plantas». Al oír esto Affan se bajó la jaula de la cabeza y tras coger una cantidad de hierba que les bastara para ambos, la exprimió y con su jugo llenó dos redomas, que guardaron para usarlo en el futuro, y con lo restante se untaron los pies. Cargaron luego con la jaula de la Reina de las Serpientes y viajaron día y noche hasta llegar a la isla, donde abrieron la jaula y dejaron libre a aquella (o sea, yo). Una vez que me hallé en libertad les pregunté para qué querían aquel elixir y ellos me respondieron: «Tenemos intención de ungirnos los pies y cruzar los Siete Mares hasta el lugar en que está sepultado nuestro Señor Salomón[119] y tomar el anillo de su dedo». Yo les dije: «¡Lejos, muy lejos de vuestro alcance está el llegar a poseer ese anillo!», por lo que ellos me preguntaron: «¿Por qué?», y yo respondí: «Porque Alá el Todopoderoso otorgó a nuestro señor Salomón el presente de ese anillo y le distinguió de ese modo, por lo cual este le habló a Alá en estos términos: 'Oh, señor, concédeme un reino que nadie pueda alcanzar después de mí, pues en verdad que Tú eres el Otorgador de reinos'[120]. Así, pues, ese anillo es para vosotros». Y añadí: «Más os habría valido haber cogido esa otra hierba que todo el que la coma no morirá hasta el Primer Clarín[121] que no esta que habéis arrancado, pues de esta manera en modo alguno llegareis a ver cumplidos vuestros deseos». Muy apesadumbrados quedaron al oír esto, tras lo cual se fueron. Esto es todo cuanto a ellos se refiere. En cuanto a mí (prosiguió la Reina de las Serpientes), fui en busca de mi hueste y la hallé en un estado lastimoso; las más fuertes entre ellas habíanse debilitado mucho y las más débiles habían perecido. Al verme se alegraron sobremanera y me rodearon mientras me preguntaban: «¿Qué te ha sucedido y dónde has estado?», así que les referí cuanto me había acaecido, tras lo cual congregué a todas mis huestes y regresé con ellas al Monte Kaf, lugar en que suelo pasar el invierno, al igual que paso el verano en este sitio en que me ves, oh Hasib Karim al-Din. Esta es, pues, mi historia y cuanto me ha sucedido. Maravillado quedó Hasib ante lo que había oído y replicó: «De tu magnanimidad imploro que des orden a uno de tus siervos para que me conduzca a la superficie de la tierra, a fin de que pueda reunirme con mi gente», a lo que ella replicó: «Oh Hasib, no debes abandonarnos hasta que llegue el invierno y debes ir con nosotras al Monte Kaf y solazarte con la visión de las montañas, las arenas, los árboles y los pájaros que glorifican al Único Señor, el Victorioso y contemplar los *marids*, los *efrit* y los *jinni*, cuyo número nadie sino Alá el Todopoderoso conoce». Estas palabras tuvieron el efecto de hacer que Hasib se sintiera irritado y mortificado, y al cabo replicó: «Cuéntame de Affan y Bulukiya. Después de que se despidieran de ti y partieran, ¿llegaron a cruzar los Siete Mares y arribaron al lugar donde está sepultado nuestro señor Salomón?; y si así fue, ¿consiguieron apoderarse del anillo?». Y la reina prosiguió el relato de

este modo: «Has de saber que después de despedirse sobre las aguas recorrieron los mares, gozando con las maravillas de las profundidades, sin parar hasta que atravesaron los Siete Mares y llegaron a la vista de un monte que elevaba su imponente altura sobre la atmósfera, cuyas piedras eran esmeraldas y cuya arena era almizcle, y todo él era atravesado por un arroyo rumoroso. Regocijáronse al poner los pies en él, diciéndose el uno al otro: «En verdad que aquí tenemos cumplidos nuestros deseos». Cruzaron los pasos de la montaña y prosiguieron su camino hasta divisar en la lejanía una caverna coronada por una gran bóveda, fulgurante de luz. Dirigieron sus pasos hacia ella y en su interior pudieron contemplar un trono de oro incrustado con toda clase de gemas y a su alrededor escabeles cuyo número nadie sabe salvo Alá el Todopoderoso. Y sobre el trono vieron tendido cuán largo era a nuestro señor Salomón, revestido con ropajes de seda verde entretejida en hilos de oro y recamada de joyas y piedras preciosas; tenía la mano derecha cruzada sobre el pecho y en su dedo medio hallábase el anillo, cuyo brillo excedía al de cualquiera de las joyas que allí había. Al momento, Affan se puso a enseñarle a Bulukiya gran cantidad de conjuros y sortilegios y le dijo: «Repite estos conjuros y no dejes de recirtarlos hasta que yo haya cogido el anillo». Se acercó luego al trono pero, cuando estaba junto a él, he aquí que una enorme serpiente surgió de debajo del mismo y le dirigió tan terrible alarido que todo aquel lugar retumbó por entero y de sus fauces brotaron chispas al decir: «¡Fuera de aquí o eres hombre muerto!». Pero Affan arreció en sus conjuros y no se avenía a dejarse asustar de ese modo. Entonces la serpiente le lanzó un bufido tan fiero que apareció como si todo aquel lugar albergara un incendio y le dijo: «¡Ignominia sobre ti! ¡Si no retrocedes te aniquilaré!». Bulukiya, al oír estas palabras, abandonó la cueva, pero Affan, que no se resignaba a esta contrariedad, se abalanzó sobre el profeta, alargó la mano hacia el anillo, lo atenazó y trató de sacarlo del dedo de nuestro señor Salomón; mas he aquí que la serpiente lanzó nuevamente su hálito sobre él y le dejó convertido en un montón de cenizas; en cuanto a Bulukiya, cayó desvanecido. Entonces, el Señor (¡glorificada sea Su Majestad!) ordenó a Gabriel que descendiera a la tierra y pusiera a Bulukiya a salvo antes de que la serpiente le lanzara su hálito. Bajó Gabriel sin tardanza y al ver a Affan reducido a cenizas y a Bulukiya en pleno paroxismo, sacó a este del trance, le saludó e inquirió: «¿Cómo llegaste aquí?». Bulukiya le relató su historia de principio a fin y añadió: «Has de saber que no vine aquí sino por el amor de Mahoma (¡a quien Alá bendiga y guarde!), de quien Affan me informó que será enviado al Fin de los Tiempos, así como que tan sólo se reunirán con él aquellos que pervivan hasta los últimos días bebiendo el Agua de la Vida, por medio del sello de Salomón. Así que le acompañé hasta aquí, donde pasó lo que pasó. Pero ahora que he escapado al fuego es mi deseo que me informes dónde puedo encontrar a Mahoma». Gabriel le dijo: «¡Serénate, oh Bulukiya, pues el tiempo de la venida de Mahoma está aún muy lejano!». Ascendió luego al cielo y Bulukiya quedó sumido en llanto y arrepentido de cuanto había hecho, rememorando las palabras que yo le había dicho: «No está en la mano del hombre apoderarse de ese anillo». Bajó luego de la montaña y regresó presa de gran confusión a la orilla del mar y pasó allí la noche, maravillado de las montañas, los mares y las islas que había en torno suyo. Cuando se alzó la mañana se ungió los pies con el elixir de la hierba, se introdujo en el agua y viajó sobre la superficie de los mares días y noches, atónito ante los terrores del océano y los prodigios y maravillas de las profundidades, hasta que llegó a una isla como quien arriba al Jardín del Edén. Pisó tierra y hallóse en una isla extensa y placentera; al recorrerla, vio lleno de asombro que la arena

era azafrán y la grava era cornalina y metales preciosos; los setos eran jazmineros y la vegetación estaba formada por los árboles más hermosos y los arbustos aromáticos más admirables; sus matorrales eran áloes de Comorin y Sumatra y los cañaverales eran de cañas de azúcar. Por todas partes había rosas, narcisos, amarantos, alhelíes, manzanilla y lirios blancos y violetas y otras flores de toda clase y colorido. En verdad que aquella isla era un lugar delicioso por demás, vasta en extensión y abundosa en dones, todo un compendio de belleza material y espiritual. Las aves gorjeaban en la espesura con tonos mucho más melodiosos que un canto del Korán y sus notas habrían consolado a un amante afligido por los anhelos. Allí la gacela retozaba despreocupada y feliz y los bóvidos vagaban libremente por la llanura. Los árboles eran de la más encumbrada talla; los arroyos fluían espléndidos; de los manantiales brotaban aguas frescas y claras y todo en derredor era una delicia para la vista y para el espíritu.

Quedó Bulukiya maravillado ante todos estos encantos de la isla, pero advirtió que se había extraviado de la ruta que anteriormente siguiera con Affan. Anduvo errante por todo el lugar y solazóse con todo cuanto se ofrecía ante su vista hasta que llegó la noche, momento en que trepó a un árbol para dormir. Llevaba apenas un momento sentado, considerando las bellezas del lugar, cuando he aquí que el mar sufrió una conmoción y emergió a la superficie una gran bestia que emitió tan horrísono alarido que todo cuanto había sobre la isla retumbó. Mientras Bulukiya la contemplaba desde el árbol, admirado de su enorme tamaño, la bestia fue seguida inmediata y súbitamente por una multitud de bestias marinas que eran su fiel réplica, cada una de ellas con una joya que refulgía como una luminaria sobre la garra delantera, con lo cual había en la isla una luz como la del día a causa del resplandor de las gemas. Al cabo de un rato surgieron del interior de la isla animales salvajes terrestres en número tal que nadie salvo Alá el Altísimo puede saber. Entre ellos, distinguió Bulukiya leones, panteras, linces y otras fieras, y todas estas bestias de la tierra convergieron hacia la orilla del mar, reuniéndose con las bestias marinas y conversaron entre ellas hasta que asomó el día y se separaron y cada uno se fue por su lado. Aterrado estaba Bulukiya por todo lo que había visto; descendió del árbol y encaminándose a la ribera se ungió los pies con el jugo de la hierba y una vez más partió sobre la superficie de las aguas. Durante días y noches caminó por el Segundo Mar, hasta llegar a un contrafuerte montañoso que se extendía a lo largo de una interminable hendidura, cuyas piedras eran de hierro magnético y donde había animales tales como leones, liebres y panteras. Adentróse en tierra justo al pie de un monte y vagó de una parte a otra hasta el anochecer, en que se dejó caer junto a la orilla del mar al abrigo de unos montículos para comer algo del pescado seco que el mar habría arrojado sobre la arena. Al poco, una vez terminado su yantar, he aquí que una enorme pantera se arrastró pronta a atacarle y devorarle, en vista de lo cual se apresuró a untarse los pies con el mágico elixir y corriendo hacia el agua se internó a toda prisa en el Tercer Mar, en plenas tinieblas, pues la noche estaba negra y el viento soplaba proceloso. No se detuvo en su carrera hasta llegar a otra isla, en cuya tierra se adentró y donde encontró árboles que tenían frutos jugosos y secos[122]. Cogió algunos de esos frutos y los comió y cantó las alabanzas de Alá el Todopoderoso, hecho lo cual dio un placentero paseo por la isla hasta la caída de la tarde, momento en que se tumbó a dormir. Apenas rompió el día comenzó a explorar el lugar y no cejó en este quehacer durante diez días, tras lo cual regresó a la ribera, se ungió los pies y se internó en el Cuarto Mar. Durante muchas noches y muchos días caminó sobre él, hasta llegar a una tercera isla, de arenas blancas, sin rastro de

árboles ni matojos. La recorrió brevemente, pero tras llegar a la conclusión de que los únicos habitantes eran unos halcones que tenían sus nidos en la arena se embadurnó los pies nuevamente y se echó a andar por el Quinto Mar, caminando día y noche hasta llegar a una pequeña isla cuyas montañas y terrenos eran como de cristal. Veíanse allí esas vetas de las que se extrae el oro y había también unos árboles portentosos como no había visto iguales en todo su errar pues sus flores tenían el color del oro. Internóse en la isla y estuvo caminando por puro placer hasta que llegó la noche y las flores empezaron a brillar como estrellas en medio de la oscuridad. Quedóse maravillado al contemplar aquello y dijo: «Sin duda las flores de esta isla son de esas que se marchitan bajo los efectos del sol y caen a tierra, donde el viento las comprime y se acumulan bajo las rocas, originando así el elixir[123] que la gente recoge para hacer oro». Durmió en aquel lugar toda la noche y al salir el sol se ungió otra vez los pies y desde aquella ribera viajó por el Sexto Mar noches y días, hasta llegar a una quinta isla. Al internarse en ella halló, tras caminar una hora aproximadamente, dos montañas cubiertas de numerosos árboles cuyos frutos eran como cabezas de hombres colgadas por los cabellos y otros frutos eran como pájaros verdes colgados por las patas; había también una tercera especie cuyos frutos eran como áloes; si una sola gota de su jugo caía sobre un hombre, este ardía como una hoguera; y había otros árboles cuyos frutos lloraban y reían, además de otros muchos prodigios que pudo contemplar allí. Después regresó a la orilla del mar y como hallara un árbol de gran talla se quedó sentado bajo sus ramas hasta la hora de la cena y luego se encaramó al follaje para dormir. Hallábase meditando acerca de las maravillosa obra de Alá cuando he aquí que las aguas se agitaron y de entre ellas emergieron las hijas del mar y cada sirena llevaba en la mano una joya refulgente como la mañana. Salieron a tierra, congregándose bajo los árboles y se sentaron y danzaron, jugaron y se divirtieron en tanto Bulukiya holgábase en contemplarlas y se maravillaba de sus cabriolas, que se prolongaron hasta la mañana, momento en que retornaron al mar y desaparecieron. Descendió entonces del árbol Bulukiya y tras untarse los pies partió sobre la superficie del Séptimo Mar, por el que viajó dos meses enteros sin tener el menor atisbo de tierra, isla, continente, bajío o ribera algunas, hasta llegar al límite de sus fuerzas, por lo que llegó a padecer un hambre extrema, viéndose obligado a atrapar peces del mar y comérselos crudos, empujado por la hambruna. Siguió así hasta que un día, al principiar la tarde, arribó a la sexta isla, en la que crecían los árboles y discurrían los arroyos; se puso a recorrerla mirando a derecha e izquierda hasta que llegó junto a un manzano y alargó la mano para tomar uno de los frutos; en ese mismo instante una voz le gritó desde el árbol diciéndole: «Si te arrimas a este árbol y cortas algún fruto de él yo te cortaré a ti en dos pedazos». Buscando con la mirada alcanzó a ver a un gigante de cuarenta codos de alto; quedó aterrado ante tal visión y retiróse un tanto de aquel árbol. Luego le dijo al gigante: «¿Por qué me prohíbes comer de este árbol?», a lo que el gigante replicó: «Porque tú eres un hijo de Adán y tu padre Adán olvidó su alianza con Alá y pecó contra El al comer del árbol». Bulukiya le dijo: «¿Qué cosa eres tú y a quien pertenece esta isla con sus árboles y cómo te llamas?». El gigante dijo: «Me llamo Sharahiya y árboles e isla pertenecen al rey Sakhr[124]; yo soy uno de sus guardias y tengo a mi cargo sus dominios», añadiendo a continuación: «¿Pero quién eres tú y de dónde vienes?». Bulukiya le contó su historia de principio a fin y Sharahiya le dijo: «¡ten buen ánimo!», y luego le dio de comer. Bulukiya comió hasta que no pudo más y despidiéndose del gigante reemprendió su camino y no cesó de caminar por montañas y arenosos desiertos durante diez días, al

cabo de los cuales vio en la lejanía una nube de polvo suspendida en el aire como un dosel y encaminándose hacia ella alcanzó a escuchar un gran clamor, gritos y sollozos y estrépito de contienda. Pronto llegó a un *wady* tan vasto que habrían sido precisos dos meses para atravesarlo, y al mirar hacia el lugar de donde procedía el griterío vio una multitud de jinetes enzarzados en fiera batalla y la sangre que corría en riada como si fuera un torrente. El vocerío de los combatientes era como una tempestad y todos iban armados con lanzas, espadas y mazas de hierro, con arcos y flechas, y todos combatían con encarnizada furia. Sintió un gran pavor al contemplar aquello, a la par que una cierta confusión acerca de la actitud más conveniente a adoptar; hallábase aún sumido en esa duda cuando he aquí que los combatientes advirtieron su presencia, se separaron y dejaron de combatir. Luego, algunos de los integrantes de aquella tropa llegáronse hasta él, admirados de que se encontrará allí, y uno de los jinetes le dijo: «¿Quién eres y de dónde vienes, y a dónde te diriges y quién te ha enseñado el camino por el que has llegado a nuestro país?». Y Bulukiya contestó: «Soy de los hijos de Adán y partí de mi casa enajenado por el amor de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!), pero he extraviado el camino», y el jinete replicó: «Nunca hasta ahora habíamos visto a un hijo de Adán ni había llegado ninguno a esta tierra». Y estaban todos maravillados de Bulukiya y de lo que decía. «Pero, ¿qué sois vosotros, oh criaturas?», preguntó este; y el jinete le respondió: «Somos de los *jann»,* a lo que aquél replicó: «Oh caballero, ¿cuál es la causa de que luchéis entre vosotros y dónde moráis, y cómo se llaman este valle y este país?». El jinete contestó: «Nuestra morada es el País Blanco y todos los años Alá el Todopoderoso nos ordena que vengamos aquí y hagamos la guerra a los *jann* incrédulos e infieles». Bulukiya inquirió: «¿Dónde está el País Blanco?», y el jinete respondió: «Se encuentra allende el Monte Kaf y se precisan setenta y cinco años de viaje para llegar desde este lugar, al que llaman la Tierra de Shadad, hijo de Ad; estamos aquí para hacer la Guerra Santa, y no tenemos otra ocupación, cuando no estamos combatiendo, que glorificar y santificar a Dios. Tenemos también un jefe, el gran rey Sakhr, y debes acompañarnos ante su presencia, a fin de que pueda gozar del placer de contemplarte». Iniciaron, pues, la marcha (y Bulukiya con ellos) hacia el lugar en que moraban, donde Bulukiya pudo ver una multitud de espléndidas tiendas de seda verde, en número tal que nadie salvo Alá puede saber, y en medio de todas ellas había un pabellón de satén rojo, de varios miles de codos de perímetro, con cordones de seda azul y clavijas de oro y plata. Pasmado quedó Bulukiya al verlo; siguió al paso de sus acompañantes hasta llegar a él y resultó ser el pabellón real. Introdujéronle a presencia del rey Sakhr, a quien Bulukiya halló sentado sobre un magnífico trono de oro rojo adornado con perlas y engastado de gemas; los reyes y príncipes de los *jann* estaban a su derecha, y a su izquierda estaban sus cancilleres, emires y dignatarios y muchos otros. Al verle, el rey ordenó que le fuera presentado, como así hicieron, y Bulukiya acercóse a él y le saludó, después de besar el suelo ante él. El rey le devolvió el saludo y le dijo: «Acércate a mí, oh mortal», y Bulukiya aproximóse a él. Luego, el rey, tras dar la orden de que le colocaran un sitial a su lado, le mandó sentar y le preguntó: «¿Quién eres?», a lo que Bulukiya respondió: «Soy un hombre, uno de los hijos de Israel». «Cuéntame tu historia», exclamó entonces el rey Sakhr, «y ponme en antecedentes acerca de cuanto te ha sucedido y de cómo has venido a parar a mi país». Así, pues, Bulukiya le hizo un relato de cuanto le había ocurrido en sus correrías, quedando el rey maravillado de lo que oía. Ordenó luego el rey a sus criados que sirvieran comida y desplegaron estos las mesas y sobre ellas pusieron mil quinientas

fuentes de oro rojo, de plata y de cobre, algunas de las cuales contenían veinte camellos estofados y otras cincuenta y aun otras contenían cincuenta cabezas de carneros, a la vista de lo cual quedó Bulukiya sobremanera pasmado. Luego comieron todos, y Bulukiya con ellos, hasta quedar ahítos, y volvió a dar gracias a Dios Todopoderoso, tras lo cual despejaron las mesas y sirvieron las frutas, de las que comieron todos, glorificando el Nombre de Alá e invocando Su bendición para Su profeta Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!). Admirado estaba Bulukiya al oírles hacer mención de Mahoma y dirigió estas palabras al rey Sakhr: «Siento vivos deseos de hacerte tres preguntas», a lo que el rey replicó: «Pregunta lo que quieras», y Bulukiya prosiguió: «Oh rey, ¿quién eres, cuál es tu origen y cómo has llegado a saber de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) para acercarte a él y amarle?». El rey Sakhr le respondió: «Oh Bulukiya, en verdad que Alá creó el fuego en siete estratos, cada uno encima del otro y distante del más próximo un viaje de mil años. Al primero le llamó *Jahannam*[125] y lo destinó a castigo de los que ofendieren a los verdaderos creyentes; al segundo lo llamó *Lazá* y lo destinó a los incrédulos; el nombre del tercero es *Jahím* y lo destinó a Gog y Magog[126]; el cuarto se llama *Sa'ír* y está destinado a la hueste de Iblis; el quinto se llama *Sakar* y fue dispuesto para aquellos que descuidan la oración; el sexto se llama *Hatamah* y está destinado a los judíos y los cristianos; el séptimo se llama *Háwiyah* y fue dispuesto para los hipócritas. Tales son los siete estratos». Bulukiya dijo: «Según eso, el *Jamannam* es el que entraña un menor tormento, puesto que es el de más arriba». «Sí», dijo el rey Sakhr, «el más soportable de todos es el *Jamannam*; sin embargo, hay en él mil montañas de fuego, en cada montaña setenta mil ciudades de fuego, en cada ciudad setenta mil fortalezas de fuego, en cada fortaleza setenta mil casas de fuego, en cada casa setenta mil lechos de fuego y en cada lecho setenta mil clases de tormentos. En cuanto a los otros infiernos, nadie salvo Alá el Altísimo sabe el número de las clases de tormentos que en ellos hay». Al oír esto cayó Bulukiya presa de un desmayo y al volver en sí rompió a llorar y dijo: «Oh rey, ¿qué será de mí?», y el rey Sakhr dijo: «No temas; has de saber que aquellos que aman a Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) no arderán en el fuego, pues han sido liberados por causa de él, y el fuego se alejará de aquellos que pertenecen a su Fé. En cuanto a nosotros, el Todopoderoso Creador nos hizo del fuego, pues lo primero que hizo en el *Jahannam* fue a dos de los de su hueste, a los que llamó Khalit y Malit. Khalit fue creado con forma de león, con un rabo como de tortuga y tan largo como un viaje de veinte años, terminado en un miembro masculino, en tanto que Malit era como un lobo entrepelado cuyo rabo estaba provisto de un órgano femenino. Luego, el Todopoderoso ordenó a los rabos que se aparejasen y copulasen y procrearan, y de ellos nacieron serpientes y escorpiones, cuya morada es el fuego, para que Alá atormente con ellos a los que allí arroje; y crecieron y se multiplicaron. Después, Alá ordenó a los rabos de Khalit y Malit que se aparejasen y copulasen una segunda vez y el rabo de Malit concibió del rabo de Khalit y parió catorce hijos, siete varones y siete hembras, que crecieron y se casaron unos con otros. Fueron todos obedientes a su Señor, excepto uno que le desobedeció y fue convertido en un gusano, que es Iblis (¡la maldición de Alá caiga sobre él!). Iblis era un querubín, pues había servido a Alá hasta que fue elevado a los cielos y querido[127] con especial solicitud por el Misericordioso. Sin embargo, cuando el Señor creó a Adán (¡la paz sea con él!) ordenó a Iblis que se prosternara ante él pero este rehusó, así que Alá le expulso del cielo y le maldijo[128]. Este Iblis tuvo progenie, y su linaje son los demonios; en cuanto a los otros seis varones, sus hermanos mayores, son los ancestros de los *jann*

verdaderos creyentes y nosotros somos sus descendientes. Esta es, oh Bulukiya, nuestra procedencia»[129]. Quedó Bulukiya maravillado ante las palabras del rey y dijo: «Oh rey, te suplico que des orden a uno de tus guardias para que me lleve de vuelta a mi país natal». «Nada podemos hacer», respondió Sakhr, «sino por mandato de Alá el Todopoderoso. Sin embargo, si deseas dejarnos y regresar a tu casa, te haré montar en una de mis yeguas y haré que te lleve hasta el más remoto confín de mis dominios, donde encontrarás las huestes de otro rey, el sublime Barakhiya, que, al verla, reconocerá a la yegua, te desmontará de ella y nos la enviará de vuelta. Esto es cuanto puede hacer por ti, nada más». Al oír Bulukiya estas palabras rompió a llorar y dijo: «Hazlo como desees». El rey Sakhr, pues, hizo llevar a la yegua y montando sobre ella a Bulukiya le dijo: «Guárdate de desmontar de la yegua o de darle golpes o de gritarle a la cara, pues en tal caso te procurará la muerte; por el contrario, estáte tranquilo sobre su lomo hasta que ella se detenga; desmonta entonces y sigue tu camino», y Bulukiya dijo: «Oigo y obedezco», y a continuación montó en la yegua, que emprendió la marcha. Cabalgó un buen rato entre las hileras de tiendas hasta llegar a las cocinas reales, donde contempló los grandes calderos, en cada uno de los cuales había cincuenta camellos, colgados sobre hogueras que ardían vivamente bajo ellos. Detúvose allí y los contempló con creciente estupor, hasta que el rey Sakhr, pensando que pudiera pasar hambre, dio orden de que le llevaran dos camellos cocidos y los ataran en la grupa de la yegua, cosa que hicieron. Luego Bulukiya se despidió de todos y prosiguió la marcha hasta llegar a los confines de los dominios del rey Sakhr, donde la yegua se paró y Bulukiya desmontó y empezó a sacudirse el polvo del viaje cuando he aquí que una partida de hombres se acercó a él y, al reconocer a la yegua, la llevaron junto con Bulukiya ante su rey, Barakhiya. Pronunció Bulukiya su saludo y el rey se lo devolvió y le hizo sentar junto a sí en el interior de un espléndido pabellón, en medio de sus tropas, campeones y principales de los *jann* vasallos suyos, alineados a derecha e izquierda, tras lo cual ordenó que sirvieran la comida y todos comieron hasta saciarse y dijeron la *Alhamdolillah*. Presentáronles luego las frutas y, una vez que hubieron comido algunas, el rey Barakhiya preguntó a su invitado: «¿Cuándo te despediste del rey Sakhr?», y Bulukiya respondió: «Hace dos días», y Barakhiya replicó: «¿Sabes cuánto tiempo de viaje has hecho en estos dos días?». «No», dijo aquel, y el rey prosiguió: «Has hecho un viaje de setenta meses; además, cuando montaste en la yegua, se asustó de ti, sabiendo que eras un hijo de Adán; por eso le ataron a la grupa esos dos camellos, a modo de lastre para afirmarla». Al oír esto quedó Bulukiya maravillado y dio gracias a Alá Todopoderoso por hallarse a salvo. Concluyó el rey: «Cuéntame tus aventuras y qué te trajo a nuestros dominios». Así que Bulukiya le contó su historia de principio a fin y quedó el rey maravillado al oír sus palabras y retuvo junto a sí a Bulukiya por dos meses. En cuanto a Hasib Karim al-Din, tras quedar maravillado con la historia que le contara la Reina de las Serpientes, dirigióle a esta su ruego: «Imploro de tu gracia y tu bondad que comisiones a uno de tus súbditos para que me conduzca hasta la superficie de la tierra y pueda regresar junto a mi familia», pero ella respondió: «Oh Hasib, sé que lo primero que harás una vez que vuelvas a ver la faz de la tierra será saludar a tu familia y luego irás al *hamman* a bañarte y el momento en que termines tus abluciones será el de mi fin, pues eso será la causa de mi muerte», a lo que Hasib replicó: «Te prometo que no volveré a entrar en el *hamman* mientras viva; cuando venga obligado a lavarme, lo haré en mi casa». Y la reina habló de este modo: «No confiaría en ti aún cuando me hicieras cien juramentos, ya que no podrás abstenerte del baño, y sé que eres un

hijo de Adán, para quien no hay juramento sagrado. Tu padre Adán hizo un pacto con Alá el Altísimo, que amasó a lo largo de cuarenta mañanas la arcilla con que le modeló e hizo que sus ángeles se postraran ante él, pese a lo cual olvidó su promesa y violó su juramento, desobedeciendo el mandato de su Señor». Enmudeció Hasib al escuchar tales palabras y rompió en amargo llanto y no cesó de llorar por espacio de diez días, al cabo de los cuales habló así a la reina: «Te ruego me informes acerca del fin de las aventuras de Bulukiya», ante lo cual la reina retomó su narración del siguiente modo:

Sabe, oh Hasib, que Bulukiya, después de permanecer dos meses con el rey Barakhiya, despidióse de él y prosiguió su camino a través de páramos y durante gran cantidad de días con sus noches, hasta llegar a una elevada montaña, a la que ascendió. Ya en la cima, vio a un espléndido ángel que estaba prosternado glorificando los nombres de Alá e invocando bendiciones sobre Mahoma. Ante él había una tablilla de barro recubierta con caracteres, unos blancos y otros negros[130], sobre la que tenía fija su mirada, y tenía las dos alas desplegadas en toda su envergadura, la una hacia el horizonte occidental y la otra hacia el oriental. Bulukiya se acercó y saludó al ángel, que le devolvió el *salam* y añadió: «¿Quién eres y de dónde vienes, y a dónde te diriges y cuál es tu historia?». Por consiguiente, Bulukiya le repitió su historia de principio a fin, quedando el ángel sobremanera maravillado, y Bulukiya concluyó: «A cambio, te ruego que me des a conocer el significado de esta tablilla y lo que en ella está escrito y cuál es tu ocupación y cómo te llamas». El ángel contestó: «Me llamo Miguel y soy el encargado de las mutaciones del día y la noche, y esa es mi ocupación hasta el día del Juicio Final». Asombrado quedó Bulukiya ante la enormidad de su estatura, su aspecto y sus palabras, y despidiéndose de él prosiguió su camino, día y noche, hasta llegar a una vasta pradera que estaba cruzada por siete arroyos y era abundosa en árboles. Quedó impresionado por su belleza y observó que en uno de sus recodos había un gran árbol debajo del cual estaban cuatro ángeles. Acercóse, pues, a ellos y vio que el primero tenía la apariencia de un hombre, el segundo la apariencia de una bestia salvaje, el tercero la apariencia de un pájaro y el cuarto la apariencia de un toro, todos ocupados en glorificar a Alá Todopoderoso diciendo: «¡Oh Dios mío y Dueño mío y Señor mío, Te imploro, por Tu verdad y por el rango de Tu profeta Mahoma (¡las bendiciones y la paz sean con él!) que dispenses Tu misericordia y otorgues Tu perdón a todas las cosas creadas con mi apariencia, pues eres Todopoderoso sobre todas las cosas!». Maravillado quedó Bulukiya al oír aquello, pero continuó su viaje hasta llegar a otra montaña y, tras ascender a ella, halló en la cima a un ángel majestuoso que, prosternado, santificaba y glorificaba a Dios e invocaba bendiciones sobre Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) y vio que el ángel continuamente abría y cerraba las manos y extendía y recogía los dedos. Acercóse a él y le saludó y el ángel le devolvió el saludo y le preguntó quién era y cómo había llegado hasta allí. Bulukiya le contó sus aventuras, incluyendo el haber extraviado el camino, y a su vez le rogó que le dijera quién era él, cuál era su ocupación y qué monte era aquél. El ángel habló así: «Sabe, oh Bulukiya, que este es el Monte Kaf, que circunda al mundo entero, y todos los países que ha hecho el Creador están en mi poder. Cuando el Todopoderoso decide visitar un país con terremotos, hambres, abundancias, masacres o prosperidad, me ordena ejecutar sus mandatos y yo los ejecuto sin moverme de mi sitio, pues has de saber que mis manos se asientan entre las raíces de la tierra». Entonces Bulukiya preguntó: «¿Y ha creado Alá otros mundos distintos a este que se halla dentro del Monte Kaf?». El ángel respondió: «Sí, ha creado un

mundo blanco como la plata, cuya enorme extensión nadie conoce salvo El, y lo ha poblado con ángeles, cuya comida y cuya bebida son alabarle y santificarle e invocar continuas bendiciones sobre Su profeta Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!). Todos los jueves por la noche[131] vienen a esta montaña y adoran a Alá en congregación hasta la mañana, y aplican la futura recompensa de sus alabanzas y letanías a los pecadores de la fe de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) y a todos los que hacen la ablución *ghusl*, y este es su cometido hasta el día de la Resurrección». Bulukiya volvió a preguntar: «¿Y Alá ha creado otros montes allende el Monte Kaf?», a lo que el ángel respondió: «Sí, allende este monte, a quinientos años de viaje, hay una cordillera de montañas de nieve y hielo, que es lo que mantiene alejado del mundo el calor del *Jahanam*, que de otro modo lo consumiría de inmediato. Asimismo, allende el Monte Kaf hay cuarenta mundos, cada uno del tamaño de este multiplicado por cuarenta, unos de oro, otros de plata y otros más de cornelina. Cada uno de estos mundos tiene su propio color y Alá los ha poblado de ángeles, que no saben de Eva ni de Adán ni del día ni de la noche y no tienen otra ocupación que cantar Sus alabanzas y santificarle y hacer profesión de Su Unidad y proclamar Su Omnipotencia y suplicarle por los seguidores de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!). Y sabe también, oh Bulukiya, que las tierras fueron creadas en siete estratos, una sobre otra, y que Alá ha creado a uno de sus ángeles, cuya estatura y atributos nadie sino Alá conoce, que soporta los siete estratos sobre sus hombros. Debajo de este ángel creó Alá una gran roca y debajo de la roca un toro, y debajo del toro un enorme pez, y debajo del enorme pez un inmenso océano[132]. En cierta ocasión Dios le habló a Isa (¡la paz sea con él!) de este pez e Isa dijo: 'Oh Señor, muéstrame ese pez para que pueda contemplarlo'. Así que el Todopoderoso ordenó a un ángel que tomara a Isa y le mostrara el pez. El ángel tomó a Isa y le llevó al mar donde el pez tiene su morada y le dijo: 'Contempla, oh Isa, el pez'. Miró Isa pero nada veía al principio, cuando de repente el pez salió disparado como un rayo. La visión hizo que Isa cayera desvanecido y cuando volvió en sí Alá le habló a modo de inspiración diciéndole: 'Oh Isa, ¿has visto el pez y te has enterado de cuál es su longitud y cuál su anchura?', a lo que Isa respondió: 'Por tu honor y tu gloria, oh Señor, no he visto pez alguno; pero junto a mí ha pasado un toro que medía el largo de tres días de viaje y no sé qué clase de toro es ese'. Y Alá replicó: 'Oh Isa, lo que has visto y que tenía el largo de tres días de viaje y pasó junto a tí no era sino la cabeza del pez[133], y sabe que todos los días creo cuarenta peces como ese'. Y al oír esto quedó Isa maravillado del poder de Alá el Todopoderoso». Bulukiya tornó a preguntar: «¿Qué ha hecho Alá bajo ese mar que contiene al pez?», y el ángel respondió: «Bajo el mar creó el Señor un vasto abismo de aire, bajo el aire fuego y bajo el fuego una enorme serpiente llamada Falak: y si no fuera por temor al Altísimo, esta serpiente, con toda seguridad, se tragaría todo lo que tiene encima: aire, fuego y el ángel con su carga, sin sentirlo. Cuando Alá creo a esta serpiente le dijo a modo de inspiración: 'Voy a darte algo para que me lo guardes, así que abre la boca'. La serpiente respondió: 'Haz cuanto desees', y abrió la boca y Dios colocó el infierno en su buche diciendo: 'Guárdalo hasta el Día de la Resurrección'. Cuando llegue ese momento el Todopoderoso enviará a sus ángeles con cadenas para que se lleven el infierno y lo tengan amarrado hasta el día en que se congreguen todos los hombres. Ese día el Señor ordenará al infierno que abra sus puertas y brotarán de él llamaradas más altas que montañas». Bulukiya, al escuchar tales designios, rompió a llorar con amargo llanto y despidiéndose del ángel prosiguió su marcha hacia occidente, hasta llegar a la vista de dos criaturas que estaban apostadas ante una gran

puerta cerrada. Al aproximarse pudo ver que uno de los guardianes tenía figura de león y el otro de toro. A ambos saludó Bulukiya y ellos le devolvieron el *salam* y le preguntaron quién y de dónde era y a dónde se dirigía, a lo que Bulukiya respondió: «Soy de los hijos de Adán y voy errabundo por el amor de Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!) y he extraviado el camino». Luego les preguntó quiénes eran y qué puerta era aquella ante la que estaban apostados, y ellos contestaron: «Somos los guardianes de esta puerta que ves y no tenemos otra ocupación que alabar y santificar a Alá e invocar bendiciones sobre Mahoma (¡a quién Alá bendiga y guarde!)». Admirado quedó Bulukiya, que tornó a inquirir: «¿Qué hay al otro lado de la puerta?», y ellos le respondieron: «No lo sabemos». Entonces Bulukiya habló de este modo: «Yo os conjuro, por la certeza de nuestro glorioso Señor; abridme la puerta para que pueda ver qué hay al otro lado», pero ellos le replicaron: «No podemos, y de todo lo creado nada puede abrir esta puerta excepto Gabriel, el Leal, con quien la paz sea siempre». Entonces Bulukiya elevó su voz en súplica a Alá diciendo: «Oh Señor, envíame a tu mensajero Gabriel, el Leal, para que me abra esta puerta y pueda yo contemplar lo que hay al otro lado». Y el Todopoderoso prestó oídos a su ruego y ordenó al arcángel que descendiese a la tierra y le abriera la puerta de la Reunión de los Dos Mares. Gabriel descendió y tras saludar a Bulukiya le abrió la puerta diciendo: «Franquea esta puerta, pues Alá me ordenó que te la abriera». Así lo hizo Bulukiya y Gabriel cerró la puerta detrás de él y voló de regreso al cielo. Cuando Bulukiya se encontró al otro lado pudo contemplar un vasto océano, mitad salado y mitad dulce, en todo su derredor circundado por hileras de montañas de un rojo rubí, sobre las que vio a los ángeles entonando alabanzas al Señor y glorificándole. Ascendió Bulukiya hasta ellos y les dirigió su saludo, que ellos le devolvieron, y luego les preguntó por aquel mar y aquellas montañas. Los ángeles le respondieron de este modo: «Este lugar se halla situado bajo el *Arsh* o paraíso empíreo y este océano origina los flujos y reflujos de todos los mares del mundo, y nosotros tenemos encomendado el distribuirlos y encauzarlos a las diversas partes de la tierra, lo salado a lo salado y lo dulce a lo dulce[134], y esa es nuestra ocupación hasta el Día del Juicio. En cuanto a las hileras de montañas, sirven para poner límites y contener a las aguas. Pero tú, ¿de dónde vienes y a dónde te diriges?». Refirióles Bulukiya su historia y les preguntó acerca del camino a seguir. Aconsejáronle ellos que atravesara la superficie del océano que tenía ante sí, por lo que Bulukiya se ungió los pies con el elixir de la hierba que aún le quedaba y tras despedirse de los ángeles se puso en marcha sobre la faz de los mares y corrió sobre las aguas días y noches seguidos.

He aquí que en medio de su caminar encontró a un hermoso joven que viajaba en su misma dirección y al que saludó, recibiendo a cambio el saludo del otro. Tras reemprender la marcha observó que cuatro ángeles de elevada talla marchaban también sobre la superficie de las aguas y su movimiento era como un relámpago cegador; detúvose, pues, en su trayectoria y cuando llegaron a su altura les saludó diciendo: «Os requiero, en nombre del Todopoderoso, el Glorioso, a que me digáis vuestros nombres y a dónde os dirigís». El primer ángel replicó: «Mi nombre es Gabriel, y mis compañeros se llaman Israfil, Mikaíl y Azraíl. En oriente ha aparecido un poderosísimo dragón que ha devastado mil ciudades y devorado a sus habitantes, en vista de lo cual Alá Todopoderoso nos ha ordenado que vayamos a por él, le capturemos y le arrojemos al *Jahannam».* Maravillado quedó Bulukiya ante la enorme estatura de los ángeles y prosiguió su camino, al igual que antes, días y noches, hasta poner pie en una nueva isla. Llevaba un rato recorriéndola cuando alcanzó a ver a un apuesto joven de

resplandeciente rostro que lloraba y se lamentaba sentado entre dos estrechos túmulos sepulcrales. Bulukiya le saludó y el otro le devolvió el saludo y el primero preguntó: «¿Quién eres y qué sepulcros son esos que hay ahí erigidos y cuál es tu congoja?». El joven miró a Bulukiya y lloró tan desconsoladamente que empapó sus vestiduras y luego dijo: «Has de saber, oh hermano, que mi historia es asombrosa y extraordinaria. Pero me gustaría que te sentaras a mi lado y primero me dijeras tu nombre y aventuras y quién eres y qué te trae aquí; luego yo te narraré, a mi vez, mi historia». Sentóse, pues, Bulukiya junto al otro y le relató cuanto le había ocurrido desde la muerte de su padre[135] y añadió: «Esta es toda mi historia, y sólo Alá sabe lo que ha de sucederme a partir de ahora». Cuando el joven hubo oído la historia exhaló un suspiro y dijo: «¡Oh tú, desdichado! ¡Qué pocas cosas has visto en tu vida comparado conmigo! Has de saber, Bulukiya, que, a diferencia de ti, yo he visto a nuestro señor Salomón en vida suya y he visto cosas sin cuento. En verdad que mi historia es insólita y mi caso bien singular, y me gustaría que te quedaras conmigo para contarte mi historia y hacerte saber cómo he llegado a estar sentado en este lugar».

Habiendo oído hasta este punto, Hasib interrumpió otra vez a la Reina de las Serpientes y le dijo: «Oh reina, que Alá sea contigo, dame tu venia para partir y ordena a uno de tus siervos que me conduzca hasta la superficie de la tierra y te juro que nunca en toda mi vida entraré en el *hammam*». Pero ella le dijo: «Eso es algo imposible y no daré crédito a juramento alguno». Al oír esto Hasib estalló en llanto y todas las serpientes lloraron por su causa e intercedieron por él ante su reina diciendo: «Te lo suplicamos, ordena que una de nosotras le conduzca hasta la superficie de la tierra y él te jurará no entrar en toda su vida al baño». Al escuchar Yamlaykha (pues tal era el nombre de la reina) la apelación de las serpientes, volvióse hacia Hasib y le hizo pronunciar un solemne juramento, tras lo cual dio orden a una de las serpientes de que le condujera a la superficie de la tierra.

LA CIUDAD DE AZOFAR[136]

Cuéntase que antaño hubo, en épocas y años transcurridos hace mucho tiempo, en Damasco de Siria, un califa conocido como Abd al-Malik ben Marwan, quinto de la dinastía de los Omeyas. Cierto día en que hallábase este Comendador de los Creyentes sentado en su palacio conversando con sus reyes, sultanes y grandes de su imperio la charla recayó sobre las leyendas acerca de pueblos del pasado y las tradiciones en torno a nuestro señor Salomón, hijo de David (¡la paz sea con ambos!) y el señorío y dominio que el Todopoderoso Alá le había conferido sobre hombres, *jinn*, aves, bestias y reptiles y sobre el viento y otras cosas de la creación, y el califa dijo: «En verdad que hemos oído a aquellos que nos precedieron que el Señor (¡alabado y exaltado sea!) a nadie concedió algo parejo a lo que concedió a nuestro señor Salomón y que este alcanzó lo que ningún otro jamás alcanzó, pues solía encerrar *jinnis* y *marids* y demonios en cucúrbitas de cobre e impedirles la salida con plomo sellado[137] con su anillo». Dijo entonces Talib ben Sahl (que era buscador de tesoros y tenía libros que revelaban dónde había riquezas y fortunas ocultas bajo tierra): «Oh Comendador de los Creyentes, —¡Alá haga que tu imperio perdure y exalte tu dignidad ahora y siempre!—, mi padre me contó de mi abuelo que este en cierta ocasión fletó un barco en compañía de algunos más, con intención de dirigirse a la isla de Sikiliyah o Sicilia y navegaron hasta que se levantó un viento contrario que les desvió de su rumbo y, después de un mes, les llevó al pie de una gran montaña en uno de los dominios de Alá el Altísimo, pero ellos no sabían dónde se hallaban aquellas tierras». Mi abuelo lo contaba así: 'Aquello sucedió en medio de las tinieblas de la noche, pero tan pronto como se hizo de día vinieron hacia nosotros, saliendo de las cuevas de la montaña, unas gentes de color negro y cuerpo desnudo, como los animales salvajes, que no comprendían una sola palabra de cuanto les decíamos ni había quien supiera árabe, excepto su rey, que era de su misma traza. Al ver el barco, nos dio la bienvenida y nos preguntó por nuestras circunstancias y nuestra fe. Le informamos de todo lo concerniente a nosotros y él replicó: «Elevad vuestro ánimo, pues no sufriréis daño alguno». Cuando, a nuestra vez, le interrogamos acerca de su fe, descubrimos que allí cada uno pertenecía a algunos de los muchos credos existentes antes de la predicación del Islam y la misión de Mahoma, ¡a quien Alá bendiga y guarde! De modo que mis compañeros dijeron: «No sabemos de qué hablas», y el rey habló de esta manera: «Ningún hijo de Adán había llegado a nuestro país antes de vosotros, pero no temáis, sino más bien regocijaos, en la seguridad de vuestro bienestar y del retorno a vuestra patria». Nos agasajaron luego durante tres días, dándonos a comer carne de aves y animales silvestres, así como pescado, pues no tenían ninguna otra carne. Al cuarto día nos llevaron de vuelta a la playa para que pudiéramos solazarnos contemplando a los pescadores. Vimos allí a un hombre que echó las redes al mar y al instante tiró de ellas y he aquí que dentro había una retorta de cobre tapada con plomo y sellada con el cuño de Salomón, hijo de David, ¡la paz sea con ambos! Llevó la vasija a tierra y la destapó y al instante surgió de su interior una humareda que formando una espiral azul se elevó hasta el cénit y escuchamos una voz horrible que decía: ¡Me arrepiento, me arrepiento! ¡Perdón, oh profeta de Alá! ¡Nunca más volveré a hacer lo que hice! Luego la humareda se convirtió en un terrible gigante de horripilante aspecto, cuya cabeza se hallaba a la altura de las cimas de las montañas y se desvaneció ante nuestra vista, mientras nuestros corazones estaban a punto de saltársenos del pecho a causa del terror; los negros, en cambio, no mostraban la menor preocupación.

Nos reunimos nuevamente con el rey y le interrogamos acerca de aquel fenómeno, a lo cual nos respondió: «Sabed que este era uno de los *jinns* a los que Salomón, hijo de David, furioso con ellos, encerró en esas vasijas y arrojó al mar, después de precintar las bocas con plomo derretido. Con frecuencia, nuestros pescadores, al echar las redes, extraen esos recipientes de los que, al abrirlos, salen los *jinns*, que, convencidos de que Salomón aún vive y puede perdonarles, hacen un acto de sumisión a él y dicen: ¡Me arrepiento, oh profeta de Alá!». Maravillado quedó el califa por la historia de Talib, y dijo: «¡Gloria a Dios! En verdad que un poderoso imperio le fue otorgado a Salomón». Hallábase presente Al-Nabhigah al-Zubyan[138], y dijo: «Talib ha hablado muy acertadamente, como queda probado por las palabras del Omnisciente, el Primero:

> Y Salomón, cuando Alá le dijo / 'Levanta, sé califa, gobierna con recto imperio.
>
> Ensalza la obediencia de quien te obedece / Y a quien se rebela redúcele a prisión para siempre'.

Por eso les metía en los recipientes de cobre y les arrojaba al mar».
Pareciéronle bien al califa las palabras del poeta y dijo: «Por Alá, ansió contemplar algunas de esas vasijas salomónicas, que han de ser una advertencia para aquellos que deben ser advertidos». «Oh Comendador de los Creyentes», replicó Talib, «está en tu mano tal cosa sin moverte de aquí. Envía a tu hermano Abd al-Aziz ben Marwan un emisario para que le escriba a Musa ben Nusayr[139], gobernador del Magrib o Marruecos, ordenándole que cabalgue hasta las montañas de las que he hablado y te traiga tantas de esas retortas como desees, pues esas montañas lindan con las fronteras de su provincia». Aprobó el califa ese consejo y dijo: «Has hablado con acierto, oh Talib, y quiero que en lo tocante a este asunto seas tú mi mensajero para Musa ben Nusayr y por ello tendrás la Bandera Blanca[140] y todo cuanto necesites en dineros y honores o en cualquier otra cosa, y yo miraré por tu familia en tu ausencia». «Con amor y gozo, oh Comendador de los Creyentes», respondió Talib. «Ve, con la bendición de Alá y con su ayuda», dijo el califa, y ordenó escribir una carta para su hermano Abd al-Aziz, su virrey en Egipto, y otra para Musa ben Nusayr, su virrey en el noroeste de África, ordenándole que fuera él mismo en busca de las redomas salomónicas, dejando en su puesto de gobierno a su hijo. Le encomendaba asimismo que contratara guías y no escatimase hombres ni dinero y que no se mostrara remiso en la empresa pues no habría excusa para él. Selló luego ambas cartas y se las encomendó a Talib ben Sahl, con el mandato de que enviara por delante las insignias reales y de que viajara a la máxima velocidad que pudiera, y puso a su disposición dinero, jinetes y hombres de a pie para que le sirvieran de apoyo en su viaje, y luego hizo provisión de cuanto se precisaba para el mantenimiento de su casa durante su ausencia.
Emprendió, pues, Talib la marcha y a su debido tiempo arribó a El Cairo[141]. En compañía de su escolta cruzó el país desierto que hay entre Siria y Egipto, donde el gobernador salió a su encuentro y les agasajó a él y a todo su séquito con gran regalo todo el tiempo que permanecieron allí. Luego les proporcionó un guía para conducirles al Said o Alto Egipto, donde tenía su morada el emir Musa, y cuando el hijo de Nusayr supo de la llegada de Talib le salió al encuentro y tuvo con él gran alborozo. Talib le entregó la carta del califa y aquel la tomó con reverencia y, poniéndola sobre su

cabeza, exclamó: «Oigo y obedezco al Príncipe de los Creyentes». Luego estimó como más conveniente el reunir a sus más destacados lugartenientes y cuando todos estuvieron presentes les transmitió su delectación por la carta del califa y recabó de ellos su consejo acerca de cómo habría de actuar. «Oh emir», le respondieron, «si buscas a alguien que te guíe hasta el lugar preciso, haz venir al *Sheykh* Abd al-Samad, ibn 'Abd al-Kuddús al-Samudi[142], pues es un hombre de vastos conocimientos que ha viajado mucho y conoce por propia experiencia todos los mares, desiertos, bosques y países del mundo y a sus habitantes, y cuantas maravillas hay en ellos; así, pues, házle venir y con toda seguridad él te guiará a plena satisfacción». Envió Musa a por este hombre y resultó ser un anciano ya entrado en años y quebrantado por el paso del tiempo. El emir le saludó y le dijo: «Oh *Sheykh* Abd al-Samad, nuestro señor el Príncipe de los Creyentes, Abd al-Malik ben Marwan, me ha ordenado esto y esto. Yo tengo un escaso conocimiento de la tierra en que se halla lo que el califa desea, pero me han dicho que tú la conoces bien, así como el camino para llegar a ella. ¿Querrás, pues, venir conmigo y ayudarme a satisfacer los anhelos del califa? Si así complace a Alá el Altísimo, tus afanes y tu trabajo no serán estériles». El *Sheykh* respondió: «Oigo y obedezco el mandato del Comendador de los Creyentes, pero sabe, oh emir, que el camino es largo y difícil y hay pocas sendas». «¿A qué distancia está?», preguntó Musa, y el *Sheykh* replicó: «Es un viaje de dos años y varios meses de ida y otro tanto para el regreso, y el camino está lleno de penalidades y espantos y de cosas insólitas y maravillosas. Ahora bien, tú eres un campeón de la fe[143] y nuestro país está muy cerca del de nuestros enemigos y tal vez los nazarenos caigan sobre nosotros en tu ausencia; por tanto, te conviene dejar a alguien que se haga cargo del gobierno en tu lugar». «Me parece bien», respondió el emir, y designó gobernador a su hijo Harún para el tiempo que durase su ausencia, demandando a las tropas que le juraran fidelidad y conminándolas a obedecerle en cuanto gustase mandar. Escucharon todos sus palabras y prometieron la obediencia solicitada. Era este Harún hombre de gran intrepidez, guerrero de renombre y valeroso caballero, y el *Sheykh* Abd al-Samad afectó ante él que el lugar al que se encaminaban no estaba sino a unos cuatro meses de viaje por la orilla del mar, con lugares donde acampar por todo el camino, colindantes unos con otros, y fuentes y hierba en abundancia, y añadió: «Con seguridad que Alá nos hará fácil el empeño gracias a su bendición, oh lugarteniente del Comendador de Los Creyentes». El emir Musa preguntó: «¿Sabes si algún rey ha transitado por esa tierra antes que nosotros?», y el *Sheykh* respondió: «Sí, perteneció en otros tiempos a Darío el griego, rey de Alejandría». Mas, en privado, le dijo a Musa: «Oh emir, lleva contigo mil camellos cargados de vituallas y una buena provisión de cántaros»[144]. El emir le interrogó: «¿Y para qué los queremos?», a lo que el *Sheykh* respondió: «En medio del camino está el desierto de Kayrawan o Cirene, que es un vasto terreno pelado para cruzar el cual son precisos cuatro días y no hay agua ni resuena en él sonido o voz algunos ni jamás se ve un alma. Además, sopla el simún[145] y otros ardientes vientos *Al-Juwayb* llamados, que resecan las cantimploras de pellejo, pero si el agua se transporta en cántaros no se verá afectada». «Muy bien», dijo Musa, e hizo llevar desde Alejandría gran cantidad de cántaros. Tomó luego consigo a su *wazir* y a dos mil hombres a caballo, vestidos con cota de malla de los pies a la cabeza y se puso en marcha sin otro guía que, Abd al-Samad, que les precedía montado en su rocín. La partida viajó con presteza, dejando atrás ora tierras deshabitadas, ora ruinas, atravesando tan pronto temibles extensiones peladas y sedientos eriales como montañas de afiladas cumbres sobre la altura de la atmósfera. No

cesaron de viajar durante todo un año, hasta que una mañana, al romper el día, después de viajar toda la noche, he aquí que el *Sheykh* hallóse en una tierra que no conocía y dijo: «¡No hay Majestad y no hay Poder sino en Alá, el Glorioso, el Grande!», y el emir dijo: «¿Qué sucede, oh *Sheykh?»,* a lo que este respondió: «¡Por el Señor de la *Ka'abah*, que nos hemos apartado de nuestro camino!». «¿Cómo ha ocurrido tal cosa?», preguntó Musa, y Abd al-Samad respondió: «Las estrellas estaban ocultas por las nubes y no he podido guiarme por ellas». «¿En qué tierra de Dios estamos, pues?», volvió a preguntar el emir, y el *Sheykh* replicó: «No lo sé, pues nunca había puesto mis ojos en esta tierra hasta el día de hoy». Musa dijo entonces: «Guíanos de regreso hasta el lugar en que nos extraviamos», pero el otro dijo: «Ya no sé». Y Musa habló entonces de este modo: «Sigamos adelante, pues; tal vez Alá nos guíe o nos conduzca acertadamente con Su poder». Prosiguieron, en consecuencia, el viaje hasta la oración del mediodía, en que llegaron a una fértil campiña, extensa, lisa y plácida como el mar en calma, y al poco de estar allí se les apareció en el horizonte un gran objeto, elevado y negro, en mitad del cual parecía brotar una humareda que se elevaba hasta los confines del cielo. Encamináronse hacia él y no se detuvieron en su carrera hasta hallarse muy próximos al mismo, pudiendo observar entonces que se trataba de un encumbrado castillo, de fuertes cimientos, ingente y aterrador como una montaña fortificada, todo él construido de piedra negra, con ceñudas almenas y una puerta de bruñido acero de China que cegaba los ojos y ofuscaba los sentidos. Todo en derredor tenía un millar de escalones y lo que desde lejos semejaba una humareda era una bóveda de plomo de cien codos de altura situada en su mitad. Maravillóse sobremanera el emir al ver esto y que el lugar estaba totalmente desprovisto de habitantes, y el *Sheykh*, tras haber comprobado este extremo, dijo: «¡No hay más dios que *el* Dios y Mahoma es el Apóstol de Dios!», y Musa dijo: «Te oigo alabar al Señor y santificarle y tengo para mí que estás lleno de gozo». «Oh emir», replicó Abd al-Samad, «regocíjate, pues Alá (¡ensalzado y exaltado sea!) nos ha librado de temibles desiertos y sedientos eriales». «¿Cómo lo sabes?», preguntó Musa, y el otro respondió: «Lo sé porque mi padre me dijo que mi abuelo había dicho: 'Viajando en cierta ocasión por esta tierra y habiendo extraviado el caprino llegamos a este palacio y de aquí a la Ciudad de Azófar, que está separada del lugar que andas buscando dos meses enteros de viaje; pero has de ganar la orilla del mar y no apartarte de ella, pues hay allí agua abundante y fuentes y lugares para acampar trazados por el rey Zu al-Karnayn Iskandar, el cual, cuando se dirigía a la conquista de Mauritania, halló que el camino incluía sedientos desiertos y eriales e hizo cavar pozos y construir aljibes». Musa exclamó: «¡Alá te regocije con esta magnífica noticia!», y el *Sheykh* dijo: «Vamos a contemplar ese palacio y sus maravillas, pues es una amonestación para cuantos han de ser amonestados». Dirigióse, pues, el emir hacia el palacio junto con el *Sheykh* y sus oficiales y llegados a la puerta halláronla abierta. Esta puerta había sido erigida sobre elevadísimas columnas y pórticos, cuyos muros y cielorrasos tenían incrustaciones de oro y plata y piedras preciosas, y la escalaban varios tramos de peldaños entre los que había dos escalones más anchos, de mármol coloreado, como nunca se vio cosa igual. Y en el umbral había una estela grabada con letras de oro en antiguos caracteres del jonio arcaico. «Oh emir», preguntó el *Sheykh*, «¿quieres que lo descifre?», y Musa respondió: «¡Léelo y que Dios te bendiga! Pues todo lo que nos acontece en este viaje depende de tu merced». Y el *Sheykh*, que era un hombre muy instruido y versado en todas las lenguas y caracteres, se acercó a la estela y leyó lo que en ella se decía, que eran estos versos:

Las señales que aquí despliegan sus grandiosas obras / Nos advierten de que todo discurre por la misma senda.

Oh tú que estás en este lugar para oír / Las mareas de las gentes cuyo poder pasó ya para siempre,

Traspasa las puertas de este palacio e indaga en busca de noticia / De grandezas caídas en el polvo y en el barro.

La muerte las ha destruido y ha disipado su poder / Y en el polvo se perdió su rica ostentación.

Como si hubieran dejado sus cargas en el suelo / Para un breve descanso y luego hubieran partido para siempre.

Al oír estas estrofas el emir Musa lloró hasta perder los sentidos y luego dijo: «¡No hay más dios que *el* Dios, el Viviente, el Eterno, que no tiene fin!». Adentróse después en el palacio y quedóse atónito ante su hermosura y la belleza de su construcción.
Entretúvose un rato contemplando las pinturas y las imágenes que allí había, hasta llegar a otra puerta sobre la que también había unos versos escritos y le dijo al *Sheykh*: «Ven a leerme esto». Adelantóse, pues, el *Sheykh* y leyó lo siguiente:

Bajo estas bóvedas, cuántos visitantes / Detuviéronse antaño y prosiguieron sin demorarse.

Contempla lo que el tiempo muestra en ciertos seres viles / Con sus ardides, que a tales amos acechan.

Juntos comparten lo que allegaron / Y dejan sus deleites y se encaminan a la podredumbre de la muerte.

¡Qué deleites gozaron! ¡Qué manjares devoraron! Y ahora / Son devorados en el polvo, botín de los gusanos.

Ante esto, el emir Musa derramó amargas lágrimas y el mundo tornóse rojo ante su vista, y dijo: «¡En verdad que fuimos creados para un elevado fin!»[146]. Procedieron luego a explorar el palacio y lo hallaron desierto y desprovisto de todo ser viviente, sus patios desolados y las estancias vacías. En el centro había un encumbrado pabellón con una alta cúpula y en torno suyo cuatrocientas tumbas labradas en mármol amarillo. Acercóse el emir a ellas y he aquí que destacaba entre todas una gran tumba, espaciosa y alargada, que tenía en su cabecera una estela de mármol blanco sobre la que estaban grabados estos versos:

¡Cuán a menudo combatí! ¡Y a cuántos di muerte / ¡Cuánta prosperidad y cuánta ruina he contemplado!

¡Cuánto he comido! ¡Cuánto he bebido! / ¡Cuán a menudo he oído la fatiga de los rapsodas!

¡Cuántas órdenes he impartido! ¡Cuán a menudo he vetado! / ¡Cuántos castillos y castellanos

He sitiado y saqueado, y las doncellas de los claustros / Fueron hechas cautivas en lo más oculto de sus muros!

Mas pequé de ignorancia al ganar trofeos / Que una vez ganados probaron ser fútiles y ningún provecho aportaron.

Calcula bien, pues, hombre, y sé juicioso / Antes de apurar tu cáliz de muerte y perdición.

Pues basta un poco de polvo derramado sobre tu cabeza / Y tu vida se abismará en la muerte.

El emir y sus acompañantes rompieron a llorar y luego, aproximándose al pabellón, vieron que había ocho puertas de madera de sándalo tachonadas con clavos de oro y estrellas de plata, con incrustaciones de toda clase de piedras preciosas. Sobre la primera puerta estaban escritos estos versos:

Cuanto abandoné no lo hice por nobleza de alma / Sino por mandato y decreto, que a todo hombre obliga.

Mientras viví feliz, con espíritu soberbio y altivo / Defendiendo mis tesoros como un león en la lid,

No tuve reposo, y el anhelo de ganancias me impidió dar un solo grano / De mostaza para librar a mi alma del fuego del infierno,

Hasta que fui alcanzado un día, como el dardo que vuela, por un decreto / Del Hacedor, del Creador, el Señor del Poder y de la Justicia.

Al ser mi muerte decretada mi vida no fui capaz de conservar / Por medio de mis ardides, mi astucia ni mis mañas.

De nada sirviéronme las tropas que había reclutado, / Ninguno de mis amigos o vecinos tuvo en su mano enmendar mi aprieto.

Toda mi vida me vi abrumado, viajando hacia la muerte/ Ya impelido o gozoso, con deleite o aversión.

Aunque tus bolsas estén henchidas y añadas un dinar a otro dinar / Todo te abandonará con la fugacidad de la noche.

Y el conductor del camello y el sepulturero[147] / Serán lo que traigan tus herederos antes de que la mañana apunte luminosa.

Y en el Día del Juicio estarás solo ante Tu Señor / Abrumado por tus pecados, tus crímenes y tu pavor.

No permitas que el mundo te seduzca con sus señuelos / Mas observa en qué medida tu familia y tus vecinos han participado de él.

Al oír Musa estas palabras lloró con un llanto tan sentido que cayó en un desmayo; luego, una vez vuelto en sí, entró en el pabellón y en su interior vio una gran tumba de pavorosa visión, en la que había una estela de acero chino, y *Sheykh* Abd al-Samad se acercó y leyó esta inscripción: «En el Nombre del Sempiterno Alá, El que no tiene Principio ni Fin; en el Nombre de Alá, que no fue engendrado ni engendró y que no tiene parigual; en el Nombre de Alá, Señor de la Majestad y el Poder; en el Nombre del Único Viviente que no está abocado a la muerte. Oh tú, que llegas a este lugar, sírvate de aviso cuanto has visto de los azares del Tiempo y las vicisitudes de la Fortuna y no te dejes engañar por el mundo y sus pompas, sus vanidades y sus falacias, sus falsedades y vanos halagos, pues es lisonjero, engañoso y traicionero, y todas sus cosas no son sino un préstamo que nos hace y que de todos se cobrará. Es como los sueños del soñador o el espejismo del desierto, que el sediento cree que es agua[148]. Satán lo hace atractivo para el hombre incluso en la proximidad de la muerte. Esos son los caminos del mundo; no pongas, pues, tu confianza en cosa alguna de cuanto en el mundo hay, pues traiciona a quien se inclina hacia él y a quien se entrega a sus cuidados. No caigas en sus celadas ni te ampares en sus vestiduras: queda advertido por mi ejemplo. Yo era dueño de cuatro mil caballos y de un soberbio palacio y tenía por esposas a mil hijas de reyes, doncellas de senos altos como lunas; fui bendecido con mil hijos cual fieros leones y perduré durante mil años, alegre de mente y de corazón, y amasé tesoros más allá de todo parangón con todos los reyes de todas las regiones de la tierra, en la convicción de que el deleite perduraría.

Mas, de improviso, cayó sobre mí el Destructor de deleites, el Devastador de sociedades, el Desolador de moradas y el Expoliador de yermos, el Exterminador de grandes y pequeños, niños, hijos y madres, el que carece de compasión por el pobre a causa de su pobreza ni teme al rey por sus mandatos y sus vetos. En verdad, vivíamos sanos y salvos en este palacio hasta que se abatió sobre nosotros la justicia del Señor de los Tres Mundos, Señor de los Cielos y Señor de las Tierras: la venganza de la Verdad Manifiesta[149] nos alcanzó cuando morían dos de nosotros cada día, hasta que gran número hubo perecido. Cuando vi que la destrucción había entrado en nuestras moradas y se había asentado entre nosotros y nos había sumergido en el océano de la muerte llamé a un escritor y le hice inscribir estos versos y estos ejemplos y admoniciones, los cuales hice grabar con regla y compás en estas puertas, estelas y tumbas. Tenía entonces un ejército de un millar de millares de bridas, hombres de porte marcial con fuertes y torneados antebrazos, armados con lanzas y cotas de malla y refulgentes espadas; les di orden de revestirse con su cota de malla de largo vuelo y de ceñir las cortantes espadas, montar sus templados corceles y enarbolar sus temibles picas, y cuando se abatió sobre nosotros la justicia del Señor del cielo y la tierra les dije: ‘Oh soldados y mesnaderos todos, ¿podéis darme garantía de salvaguardia frente a lo que el Rey Omnipotente hace abatirse sobre mí?’. Pero tropas y mesnaderos no garantizaban nada de eso y dijeron: ¿Cómo combatiremos contra Aquel a quién ningún chambelán veta el paso, el Señor de la puerta que no necesita portero? Entonces yo les dije: ‘Traedme mis tesoros’. Mis tesoros hallábanse depositados en mil aljibes, en cada uno de los cuales había mil quintales[150] de oro rojo y otro tanto de plata, además de perlas y joyas de todas clases y otros objetos de valor, inasequibles para los reyes de la tierra. Cumplieron mi orden, y al poner todo el tesoro en mi presencia les dije: ‘¿Podéis rescatarme con este tesoro o pagarme un día de vida con él?’ ¡Pero no podían! Así, pues, se resignaron al destino y al hado prefijados y me sometí al juicio de Alá, soportando pacientemente cuanta aflicción me asignó hasta

que tomó mi alma y me hizo reposar en esta tumba. Y si preguntáis por mi nombre, soy Kush, hijo de Shaddad, el hijo de Ad el Grande». Y sobre las tablillas hallábanse grabados estos versos:

> Si quieres saber mi nombre, cuyos días han terminado / Con giros del Tiempo y mudanzas bajo el sol,
>
> Sabe que soy el hijo de Shaddad, que imperó sobre la humanidad / Y sobre toda la tierra ejerció su dominio.
>
> Todos los pueblos irreductibles me estaban sometidos, / Desde Sham a El Cairo y la tierra de Adnan[151].
>
> Reiné con gloria sometiendo a muchos reyes, / Y todos los pueblos temían mis agravios.
>
> Sí, tribus y ejércitos contemplaba en mi mano, / Todo el mundo me temía, tanto amigos como enemigos.
>
> Cuando montaba en mi caballo revisaba mis innúmeras tropas / Un millón de bridas sobre relinchantes corceles.
>
> Y poseía tal riqueza que nadie podía calcularla, / Atesorando cuanto ganaba contra la desdicha.
>
> Gustoso habría comprado mi vida con toda mi fortuna, / Y para esquivar mi muerte por espacio de un instante.
>
> Pero Dios quiere tan sólo lo que se acomoda a su propósito. / Por ello, apartado de los míos, solo permanezco.
>
> Y la muerte, que al hombre asola, trocó mi sino / De espléndida mansión en mísera cabaña,
>
> Cuando hallé todas mis acciones idas y acabadas / Porque estoy de prestado[152] y mi vida arruinada por mi pecado.
>
> Teme, pues, oh hombre que por una orilla discurres / Las vueltas de la Fortuna y el azar de las Mutaciones.

El emir Musa sintióse herido en lo más hondo y abominó de su vida por haber visto los lugares en que se produjeron las masacres.
Durante su recorrido por los pasillos y corredores del palacio, contemplando estancias y salones, he aquí que llegaron ante una mesa de ónice amarillo sostenida por cuatro patas de madera de junípero[153], sobre la que había estas palabras grabadas: «En esta mesa han comido mil reyes ciegos del ojo derecho y mil ciegos del ojo izquierdo y aún otros mil ciegos de ambos ojos, todos los cuales han abandonado ya este mundo y han fijado su residencia en las tumbas y en las catacumbas». De todo esto tomó nota el emir y abandonó el palacio llevándose consigo tan sólo la mencionada mesa. Durante tres días continuó viaje con su hueste, guiados por el *Sheykh* Abd al-Samad, hasta llegar a un elevado monte sobre el que había un jinete de azófar. En la mano blandía una pica culminada en

ancho remate, refulgente como plata cegadora, y en el que podía leerse esta inscripción: «Oh tú que llegas hasta mí, si no conoces el camino para la Ciudad de Azófar, frota la mano de este jinete y girará para detenerse al instante. Toma entonces la dirección hacia la que mire su rostro y marcha sin temor, pues te llevará sin fatigas a la dicha ciudad». El emir Musa frotó la mano del jinete y este giró como un relámpago deslumbrante y se detuvo mirando a una dirección distinta a la que ellos venían siguiendo. Tomaron, pues, aquel camino que se les indicaba (que era el camino acertado) y encontrándose con una senda hollada continuaron la marcha durante tres días con sus noches, hasta llegar a cubrir un buen trecho de aquel territorio. Llegaron entonces a un pilar de piedra negra como la chimenea de un horno, en el cual había una criatura metida hasta las axilas. Tenía dos grandes alas y cuatro brazos, dos de ellos como los brazos de los hijos de Adán y otros dos como zarpas de león con garras de acero, y era grande y negro y de aspecto pavoroso, el pelo como las crines de los caballos y los ojos como tizones en unas hendiduras verticales sobre el rostro. Tenía, además, un tercer ojo en medio de la frente, como el de un lince, del que brotaban llamaradas, y al verles exclamó: «¡Gloria a mi Señor, que ha decretado para mí este atroz tormento, este penoso castigo hasta el Día del Juicio!». Al verle los que llegaban se les pasó el miedo y volviéronse para proseguir rápidamente la marcha, pero en esto el emir Musa le preguntó al *Sheykh* Abd al-Samad: «¿Qué es esto?», y el interpelado respondió: «No lo sé», por lo que Musa prosiguió: «Acércate e inquiérele acerca de su condición; tal vez quiera revelarte su misterio». «Alá te bendiga, emir. La verdad es que me inspira temor», replicó el *Sheykh*, pero el emir le dijo: «No temas, está imposibilitado para hacer daño a nadie por el modo en que está metido ahí». Acercóse, pues, Abd al-Samad al pilar y le habló al que estaba dentro: «Oh criatura, ¿cómo te llamas, quién eres y cómo has llegado a verte así?». «Soy un *efrit* de los *jinn»,* replicó aquel, «de nombre Dahish, hijo de Al-A'mash[154], y el Todopoderoso me ha confinado aquí, prisionero de la Providencia y castigado por la justicia de Alá, hasta que le plazca a El, a quien todo Poder y Majestad pertenecen, devolverme la libertad». Musa dijo entonces: «Pregúntale por qué está cautivo en esta columna». El *Sheykh* le interrogó acerca de esto y el *efrit* respondió: «En verdad que mi historia es portentosa y extraordinario mi caso, que es este. Uno de los hijos de Iblis tenía un ídolo de cornelina roja del que yo era guardián y al que rendía culto un rey de los reyes del mar, un príncipe de inmenso poder y audacia, gobernante de un millar de millares de guerreros del *jann* que formaban con sus espadas ante él y obedecían sus órdenes cuando era preciso. Todos ellos estaban bajo mi mando y cumplían mis órdenes y eran todos y cada uno rebeldes contra Salomón, hijo de David, ¡la paz sea con él! Yo solía meterme en la panza del ídolo y desde allí dictaba órdenes e interdicciones. Ahora bien, la hija de este rey amaba a este ídolo y hallábase frecuentemente prosternada ante él y asiduamente a su servicio; era la más bella mujer de su época, perfecta en belleza y encanto, en elegancia y gracia». Alguien la describió ante Salomón y este mandó decir a su padre: 'Dame a tu hija por esposa, destruye tu ídolo de cornelina y proclama que no hay más dios que *el* Dios y Salomón es el profeta de Alá; si haces esto, nuestro derecho será tu derecho y tu deber será nuestro deber; pero si te niegas, prepárate a hacer frente a los designios del Señor y ve poniéndote tu atavío mortuorio, pues caeré sobre tí con una hueste irresistible que llenará los desiertos de la tierra y de ti será como del ayer, que se fue y no volverá jamás'. Cuando este mensaje llegó a oídos del rey creció en él la insolencia y la rebeldía, el orgullo y la contumacia, y les espetó a sus *wazires*: '¿Qué os parece esto? Sabed que Salomón, el hijo de David, me requiere

para que le entregue a mi hija por esposa, destruya mi ídolo de cornelina y abrace su fe'. Y ellos le dijeron: «Oh poderoso rey, ¿cómo puede Salomón comportarse así contigo? Aún cuando pudiera incluso llegar hasta ti en medio de este vasto océano, nunca podría prevalecer sobre ti, pues los *marids* de los *jann* combatirán a tu lado y tú solicitarás la ayuda del ídolo al que rindes culto y él te acorrerá y te dará la victoria. Harías bien, pues, en consultar acerca de esto con tu señor (refiriéndose al mencionado ídolo) y escucha lo que él te diga. Si te dice: Combate contra él, entonces combate contra él; si no es así, no lo hagas». Fuese, pues, el rey sin dilación ni demora ante su ídolo y le ofreció sacrificios y víctimas propiciatorias, tras lo cual se postró ante él, prosternado y doliente, y repitió estos versos:

Oh mi señor, conozco bien la fuerza de tu mano; / Salomón quiere destruirte y verte proscrito.

Oh mi señor, para implorar tu socorro estoy aquí; / Dispón como gustes y yo me plegaré a tu supremo mandato.

Entonces yo (prosiguió el *efrit*, dirigiéndose al *Sheykh* y a cuantos con él estaban), en mi ignorancia, falta de sentido común y desdén por el mandato de Salomón y mi total desconocimiento acerca de su poderío, entré en la panza del ídolo y di la siguiente respuesta:

Tocante a mí, ningún temor le tengo, / Pues mi ciencia y mi sabiduría son infinitas.

Si quiere la guerra, yo le enseñaré a combatir / Y arrancaré su espíritu de su cuerpo.

Cuando el rey oyó mi jactanciosa respuesta su corazón se endureció y decidió declararle la guerra al profeta y presentarle batalla, de modo que infligió al mensajero un doloroso castigo y envió a Salomón una respuesta insensata, haciéndole objeto de amenazas y diciendo: «En verdad que tu alma te ha hecho una fútil sugerencia. ¿Me amenazas con palabras mendaces? Pues revístete de los avíos para el combate, pues si tú no vienes a mí ten por seguro que iré yo a ti». El mensajero retornó junto a Salomón y le contó cuanto había sucedido y todo lo que le había acontecido, oído todo lo cual por el profeta sintió una cólera como de Día del Juicio y se lanzó de lleno a la contienda. Hizo la correspondiente leva de los ejércitos de hombres, *jann*, aves y reptiles; dio orden a su *wazir* Al-Dimiryat, rey de los *jann*, de reunir a los *marids* de los *jinn* de todas las regiones y él por su parte congregó a seiscientos millares de millares[155] de demonios. Además, a una orden suya, su *wazir* Asaf ben Barkhiya llevó un ejército de un millar de millares de hombres o más. A todos los pertrechó con armas y armaduras y montando en la alfombra con toda su hueste voló por los aires, en tanto que las bestias iban por debajo de él y los pájaros volaban sobre su cabeza hasta tomar tierra en la isla del desdeñoso rey, y la rodeó completamente, llenando la tierra con sus ejércitos. Luego envió un mensaje a nuestro rey diciéndole: 'Mira, he venido. Defiende tu vida contra lo que se te viene encima o, por el contrario, sométete a mí y reconoce mi condición de apóstol y entrégame a tu hija por esposa legítima. Destruye tu ídolo y venera al Único Dios, el Solo Venerable, y dad testimonio tú y los tuyos y decid: ¡No hay más dios que *el* Dios y Salomón es el Apóstol de Alá![156] Si esto haces, tendrás el perdón y la paz; pero si no, de nada te servirá fortificarte en esta isla, pues Alá (¡ensalzado

y exaltado sea!) ha ordenado a los vientos que me obedezcan, así que les daré orden de que me lleven hasta tí en mi alfombra y te daré un escarmiento para ejemplo y disuasión de otros'. Pero el rey le dio esta contestación al mensajero: 'En modo alguno será tal como me lo requiere. Díle, pues, que voy a su encuentro'. Con esta réplica volvió el mensajero junto a Salomón, que, en consecuencia, congregó a todos los *jinn* que tenía a su mando, en número de un millar de millares, y añadió a los *marids* y los demonios de las islas del océano y de las cimas de las montañas y reuniéndolos en parada abrió sus armeros y les dotó de armas y armaduras. Luego, el profeta dispuso a su hueste en orden de combate, dividiendo a los animales en dos cuerpos, uno al ala derecha de los hombres y el otro a la izquierda, y les dio orden de destruir a los caballos del enemigo. A todos los pájaros que había en la isla les dio orden de volar por encima de las cabezas de los enemigos y, cuando se produjera el ataque, abatirse sobre ellos y arrancarles los ojos con sus picos y azotarles el rostro con las alas. Todos contestaron diciendo: «Oímos y obedecemos a Alá y a ti, profeta de Alá». Salomón se sentó entonces sobre un trono de alabastro con incrustaciones de piedras preciosas y chapado de oro rojo y, ordenando a los vientos que le alzaran por los aires, dispuso a su *wazir* Asaf ben Barkhiya[157] y a los reyes del orbe humano a su derecha y a los reyes de los *jinn* a su izquierda, situando a los animales, víboras y serpientes en la vanguardia. Pusiéronse en marcha todos al unísono y durante dos días les dimos batalla en una vasta llanura; pero, al tercer día, nos sobrevino el desastre, y la justicia de Alá el Altísimo se cumplió en nosotros. Los primeros en cargar contra ellos fuimos mis tropas y yo. A mis compañeros les dije: 'Permaneced en vuestros puestos mientras yo salgo a retar a Al-Dimiryat a singular combate'. Y he aquí que presentóse aquel al duelo como si de una gigantesca montaña se tratara: flameante de fuego, exhalando espirales de humo; me lanzó un cometa de fuego, pero lo esquivé y no me dio; entonces, yo a mi vez le lancé una llamarada ígnea que le alcanzó, pero su venablo[158] pudo con mi fuego, y profirió un alarido tan espantoso que tuve la impresión de que los cielos caían de plano sobre mí y las montañas temblaban con su voz. A renglón seguido ordenó a sus huestes que cargaran y consiguientemente se abalanzaron sobre nosotros y la batalla llegó a su máximo fragor, con el humo alzándose en columnas y los corazones al borde del desfallecimiento. Los pájaros y los *jinn* voladores combatían en el aire y los animales y los hombres y los *jann* de a pie sobre la arena, y yo luché con Al-Dimiryat hasta quedar exhausto, y él no menos que yo. Por último, las fuerzas me faltaron y di media vuelta para huir de él, al ver lo cual mis camaradas emprendieron también la huida y mis huestes fueron derrotadas. Y Salomón decía a grandes voces: «¡Atrapad al sañudo tirano, el maldito, el infame!». Al punto los hombres se abalanzaron sobre los hombres, los *jinn* sobre los *jinn* y los ejércitos del profeta cargaron sobre nosotros, con los leones y las fieras a derecha e izquierda, haciendo pedazos a nuestros hombres y destrozando a nuestros caballos. Mientras, las aves se cernían sobre nuestras cabezas, acribillándonos los ojos con picos y uñas y azotándonos el rostro con sus alas; y las serpientes nos mordían con sus colmillos, hasta que la mayor parte de nuestra gente quedó tendida en tierra, como abatidos troncos de palmera. De este modo, la derrota se precipitó sobre nuestro rey y quedamos convertidos en despojos para Salomón. En cuanto a mí, huí ante Al-Dimiryat pero me persiguió durante tres meses, hasta que caí agotado y me atrapó, echándose sobre mí, y me hizo prisionero. Entonces le dije: 'En virtud de Aquel que a ti te ha exaltado y a mí me ha abatido, presérvame y llévame ante la presencia de Salomón, ¡la paz sea con él!'. Me llevó, pues, a presencia de Salomón,

que me recibió en el lamentabísimo estado en que me hallaba, e hizo llevar y vaciar este pilar, ordenó que me metieran en él y me encadenaran y me selló con su anillo, y Al-Dimiryat me trasladó hasta este lugar en que me veis. Encargó, además, a un gran ángel que me custodiase y este pilar es mi prisión hasta el Día del Juicio'.

Cuando el *jinni* terminó de relatar su historia, de principio a fin, los que le habían escuchado quedaron maravillados por lo acontecido y lo espantoso de la lenidad recibida, y el emir Musa dijo: «¡No hay más dios que *el* Dios! En verdad que un gran poder le fue otorgado a Salomón». Y el *Sheykh* Abd al-Samad le dijo al *jinni*: «De buena gana te preguntaría una cosa de la que podrías informarnos». «Pregunta lo que gustes», replicó el *efrit* Dahish, y el *Sheykh* inquirió: «¿Hay por estos alrededores alguno de los *efrits* que fueron encerrados en vasijas de latón desde los tiempos de Salomón (¡la paz sea con él!)?». «Sí», contestó el *jinni*, «los hay en el mar de Al-Karkar[159], en la orilla donde viven unas gentes del linaje de Noé (¡la paz sea con él!), pues su país no fue alcanzado por el diluvio y viven allí aislados del resto de los hijos de Adán». Abd al-Samad habló después: «¿Y cuál es el camino para la Ciudad de Azófar y el lugar donde se encuentran las redomas de Salomón y a qué distancia estamos de allí?», a lo que el *efrit* contestó: «Está muy cerca de aquí», y les indicó el camino. Dejáronle, pues, los viajeros y prosiguieron la marcha, hasta que, en la lejanía, apareció ante ellos una gran mole negra con dos hogueras situadas una frente a la otra, y el emir Musa le preguntó al *Sheykh*: «¿Qué son aquella enorme mole negra y aquellas dos hogueras gemelas?», y el guía respondió: «Regocíjate, oh emir, pues aquella es la Ciudad de Azófar, tal como aparece descrita en el Libro de los Tesoros Ocultos que traigo conmigo. Sus muros son de piedra negra y tiene dos torres de azófar andaluz[160] que a quien las contempla en la distancia le parecen dos hogueras gemelas, de ahí el hombre de Ciudad de Azófar».

Continuaron andando hasta llegar a las proximidades de la ciudad, y he aquí que era como un trozo de montaña o una masa de hierro echada en un molde e impenetrable por la altura de sus muros y baluartes; por otra parte, sus edificios y la disposición de los mismos eran de una belleza insuperable. Desmontaron, pues, y se afanaron en busca de una entrada, mas no vieron ninguna ni hallaron traza de abertura alguna en los muros, a pesar de que había veinticinco pórticos en la ciudad, ninguno de los cuales era visible desde fuera. Y el emir habló de este modo: «Oh *Sheykh*, no veo la menor traza de entrada a esta ciudad», y el otro replicó: «Oh emir, así es como aparece descrita en mi Libro de los Tesoros Ocultos; tiene veinticinco pórticos pero no pueden abrirse sino desde el interior de la ciudad». Y Musa preguntó: «¿Cómo entraremos, entonces, en la ciudad y contemplaremos sus maravillas?», y Talib, hijo de Sahl, su *wazir*, respondió: «¡Alá bendiga al emir! Quedémonos aquí dos o tres días y, si Dios quiere, hallaremos el medio de traspasar los muros». Entonces Musa le dijo a uno de sus hombres: «Monta en tu camello y circunvala la ciudad, a ver si por azar descubres alguna puerta o algún punto en la muralla más bajo que este que hay frente a nosotros o, *Inshallah*, alguna abertura por la que podamos entrar». Montó, pues, el hombre en su animal, llevándose agua y alimentos, y cabalgó alrededor de la ciudad dos días y dos noches sin descanso, pero sólo pudo comprobar que la muralla era como un bloque, sin fisuras ni vías de acceso, y al tercer día encontróse de nuevo a la vista de sus camaradas, aturdido y admirado de la extensión y la altura del lugar, y dijo: «Oh emir, el punto de más fácil acceso es este en el que has desmontado». Tomó entonces Musa a Talib y a Abd al-Samd y ascendieron al monte más alto que

dominaba el panorama de la ciudad. Al llegar a la cima, contemplaron la urbe a sus pies, y nunca habían visto una mayor ni más hermosa, con residencias y mansiones de ingente altura y palacios, pabellones y cúpulas brillando esplendorosamente, con ciudadelas y baluartes de una solidez inmensa, y discurrían los arroyos, abríanse las flores y resplandecían los frutos. Era una ciudad de inexpugnables puertas pero vacía y silenciosa, sin una voz o un ser viviente que alentara. El búho ululaba por sus barrios, los pájaros volaban circundando sus plazas y el cuervo graznaba por las amplias avenidas, como un llanto y plañido por los habitantes que otrora estuvieron allí su morada[161]. El emir permaneció en aquel lugar por algún tiempo, maravillado y desolado por la ciudad, y al cabo dijo: «¡Gloria a Aquel a quien ni las edades ni las mutaciones ni los tiempos pueden agostar, aquel que creó todas las cosas con su Poder!». Mas luego ocurriósele mirar hacia un lado y alcanzó a ver siete estelas de mármol blanco en la lejanía. Acercóse, pues, a ellas y al advertir que contenían algunas inscripciones llamó al *Sheykh* y le pidió que las leyera. Aproximóse el demandado y al examinar las inscripciones halló que eran admoniciones, advertencias, ejemplos e interdicciones para aquellos que lo leyeran. En la primera estela había escrito en antiguos caracteres griegos: «¡Oh hijo de Adán, cuán despreocupado estás por lo que hay ante tí! ¡En verdad que tus años y meses y días te han desviado de lo que importa! ¿No sabes que el cáliz de la muerte, colmado para perdición tuya, en breve apurarás hasta las heces? Repara en tu destino antes de entrar en el sepulcro. ¿Dónde están los reyes que ejercieron imperio sobre las naciones y humillaron a los siervos de Alá y erigieron estos palacios y tuvieron ejércitos bajo su mando? Por Alá, el Aniquilador de placeres, el Disgregador de sociedades y el Devastador de moradas se abatieron sobre ellos y les mudaron de la holgura de sus palacios a la angostura de sus sepulcros». Y al pie de la estela aparecían escritos los siguientes versos:

> ¿Dónde están los reyes que poblaron las regiones, dónde están? / Lo que erigieron y poblaron abandonado está para siempre jamás.
>
> Yacen sepultados, mas presos de sus acciones del pasado; / Y tras la muerte les alcanza la podredumbre.
>
> ¿Dónde están sus mesnadas? ¡Fracasaron en la guardia y defensa! / ¿Dónde están las fortunas y riquezas en tesoros depositadas?
>
> El Señor del Empíreo, con una palabra, les sorprendió / ¡Ni refugios ni riquezas pudieron diferir su castigo!

Cuando el emir hubo oído esto dejó escapar un lamento y las lágrimas corrieron por sus mejillas, y exclamó: «¡Por Alá, alejarse del mundo es el derrotero más juicioso y la única beatitud!». Pidió papel y pluma y anotó lo que estaba grabado en la primera estela. Acercóse después a la segunda estela y halló que había en ella inscritas estas palabras: «Oh hijo de Adán, ¿qué es lo que te ha apartado del servicio al Decano de los Días y te ha hecho olvidar que un día habrás de pagar la deuda de la muerte? ¿No sabes que es esta una morada efímera en que nadie perdura y aún pones tu pensamiento en el mundo y te apegas a lo fugaz? ¿Dónde están los reyes que conquistaron Irak y los cuatro confines del globo poseyeron? ¿Dónde están aquellos que moraban en Ispahán y en la tierra de

Khorasán? La voz del Emplazador de la Muerte les emplazó y ellos le respondieron, y el Heraldo de la Destrucción les acogió y ellos replicaron: ¡Aquí estamos! En verdad que de cuanto erigieron y fortificaron nada les aprovechó, ni de cuanto acopiaron y se proveyeron obtuvieron ganancia alguna para su amparo». Y al pie de la estela estaban grabados los siguientes versos:

¿Dónde están los hombres que erigieron y fortificaron / Altivas ciudadelas jamás vistas por el hombre?

Por temor al Hado levaron huestes y mesnadas / Que de nada les sirvieron cuando llegó la consumación de su tiempo.

¿Dónde están los *Kisrás* cobijados tras los más fuertes muros? / Alejáronse presurosos sin dejar huella de su paso.

Rompió en llanto el emir Musa y exclamó: «¡Por Alá, en verdad que hemos sido creados para un triste destino!». Copió luego la inscripción y pasó a la tercera estela, en la que estaba escrito: «Oh hijo de Adán, amas y aprecias las cosas de este mundo y desdeñas y desprecias los mandatos de tu Señor. Transcurren todos los días de tu vida y te sientes feliz de saludar su paso. Apresta tu viático para ver el día a ti asignado y prepárate a responder ante el Señor de todas las criaturas vivientes». Y al pie estaban escritos estos versos:

¿Dónde está ese hombre que antaño conquistó / El País de Hind y Sind, donde erigióse en tirano?

¿Quién sometió a su yugo a Zang[162] y Habash / Y sojuzgó a Nubia bajo su férula?

No busques noticia de lo que hay en su tumba, / Arduo será que alguien facilite tu visión.

El embate de la muerte cayó sobre él impetuoso y certero, / No pudieron salvarle ni su palacio ni las naciones que regentaba.

Estos versos hicieron que Musa derramara llanto, y prosiguiendo hasta la cuarta estela leyó esto inscrito en ella: «Oh hijo de Adán, ¿por cuánto tiempo te sufrirá tu Señor y seguirás tú sumido en la locura? ¿Acaso te ha sido acordado que no morirás algún día? Oh hijo de Adán, no dejes que la falacia de tus días y tus noches, de tus plazos y tus horas, te seduzcan con sus deleites; recuerda más bien que la muerte está siempre presta, al acecho, pronta a saltar sobre tus hombros, y no pasa una sola jornada en que no te acompañe de día y de noche. Guárdate, pues, de su embestida y está prevenido contra ella. Lo que fue de mí es ahora de ti: tu vida entera disipas y malgastas los goces en que tan abundosos son tus días. Presta atención, pues, a mis palabras y pon tu confianza en el Señor de los Señores, pues no hay firmeza en el mundo: es para ti como una tela de araña». Y al pie de la estela estaban escritos estos versos:

¿Dónde está el hombre que se afanó con ahínco / Y cimentó y erigió y encumbró esos muros?

¿Dónde están los señores de las fortalezas? ¿Quién las habita? / Prosigue tu camino y déjales sumidos en el estrago.

Todos yacen sepultados, en prenda de que un día / Todos los pecados estarán a la vista de la multitud.

Nadie sino el Altísimo Señor perdura, / Aquel cuyos Poder y Majestad nunca perecen.

Desvanecióse el emir al leer estos versos y al volver en sí al poco tomó nota de ellos. Acercóse luego a la quinta estela y he aquí lo que en ella estaba grabado: «Oh hijo de Adán, ¿qué es lo que te ha extraviado de la obediencia de tu Creador y Autor de tu existencia, el que te cuidó cuando eras pequeño y te nutrió cuando fuiste adulto? Eres un ingrato ante su munificencia, a pesar de que El miró por tí con su gracia, extendiendo sobre tu cabeza el velo de su protección. Ha de haber para ti una hora más amarga que la hiel y más ardiente que los tizones. Apréstate, pues, contra ella, pues ¿quién endulzará su acíbar y apagará su fuego? Piensa en los pueblos y en los héroes que te han precedido y toma ejemplo de ellos antes de la hora de tu perdición». Y al pie de la estela estaban grabados estos versos:

¿Dónde están los reyes de la Tierra que, desde su morada / Partieron con premura y dieron con sus huestes en los cementerios?

Otrora, en sus días de grandeza, veíanse / Huestes que cubrían la tierra sobre la que cabalgaban.

¡Cuántos reyes humillaron en su momento! / ¡Cuántas mesnadas condujeron, imponiendo su número!

Pero raudo llegó el Señor del Empíreo: / Una palabra, y su gozo se trocó en aflicción antes de alumbrar la mañana.

Quedó el emir maravillado y anotó esta estrofa, tras lo cual prosiguió hasta la sexta estela, y he aquí lo que había escrito en ella: «Oh hijo de Adán no creas que la impunidad dura por siempre, viendo cómo tu cabeza lleva el sello de la muerte. ¿Dónde están tus padres, dónde están tus hermanos, dónde tus amigos y tus seres queridos? Todos han ido a parar al polvo de las tumbas y se han presentado ante el Glorioso, el Misericorde, como si nunca hubieran comido ni bebido, y son ahora la prenda de lo que han merecido. Mira, pues, por ti, antes de que tu tumba venga a ti». Y al pie de la estela había estos versos:

¿Dónde están los reyes que gobernaron a los antiguos francos? / ¿Dónde está el rey que asentó a su gente en la tierra de Tingis?[163]

Sus obras están escritas en un libro que El, / El Único, el Padre universal esgrimirá como testimonio.

Maravillóse sobremanera el emir y anotó los versos diciendo: «¡No hay más dios que *el* Dios! ¡En verdad, qué excelsas eran aquellas gentes!». Acercóse luego a la séptima estela y he aquí lo que en ella estaba escrito: «¡Gloria a Aquel que predispuso la muerte para todo cuanto El creó, el Perdurable, el que no muere! Oh hijo de Adán, no dejes que tus días y sus deleites te seduzcan, ni tus horas ni las delicias de tu plazo, y sabe que la muerte viene a ti y se posa sobre tu hombro. Cuídate, pues, de su asalto y prepárate para su embestida. Lo que fue de mí es ahora de ti: derrochaste la dulzura de tu vida y el gozo de tus horas. Presta, pues, oído a mi lección y pon tu confianza en el Señor de los Señores y sabe que no hay firmeza en el mundo sino que es una tela de araña para ti, y todo cuanto en él hay perecerá y se extinguirá. ¿Dónde está el que puso los cimientos de Amid[164] y la erigió y erigió Farikin[165] y la engrandeció? ¿Dónde están todos aquellos que poblaban las plazas fuertes? Deshabitadas las dejaron luego que su poder sepultaron en las tumbas. La muerte se los llevó, y de igual modo seremos nosotros afligidos por el Sino. Nadie permanece, salvo Alá el Altísimo, pues El es Alá el Único Misericordioso». El emir Musa rompió a llorar y copió todo eso y en verdad que el mundo quedó empequeñecido a sus ojos. Bajó luego del monte y se reunió con su gente, con la que pasó el resto del día, tratando de hallar un medio de entrar en la ciudad. A su *wazir* Talib ben Sahl y al comandante de sus tropas les dijo: «¿Cómo nos las arreglaremos para entrar en la ciudad y contemplar sus maravillas? Tal vez dentro hallemos la manera de conquistar el favor del Comendador de los Creyentes». «¡Alá prolongue la fortuna del emir!», replicó Talib. «Construyamos una escala para remontar la muralla; tal vez por ventura alcancemos desde dentro alguna puerta». Y el emir dijo: «¡Eso es lo que yo estaba pensando también, es una gran idea!». Llamó luego a los carpinteros y a los herreros y les dio orden de agenciarse madera y construir una escala chapada y reforzada de hierro. Pusiéronse, pues, a la tarea de construir una escala bien fuerte y durante todo un mes trabajaron en ello muchos hombres. Luego la llevaron entre todos y la colocaron contra la muralla y llegaba hasta lo más alto, como si hubiera sido construida la muralla para la escala. Quedó el emir maravillado y dijo: «¡La bendición de Alá descienda sobre vosotros! Parece como si hubierais tomado la medida de la muralla, tan excelente es vuestro trabajo». Y luego les dijo a sus hombres: «¿Quién de vosotros se ofrece para subir por la escala, recorrer el muro y buscar una manera de bajar a la ciudad para estudiar la situación y hacernos saber el modo de abrir una puerta?», y uno de ellos dijo: «Yo subiré, oh emir, bajaré luego y te abriré», a lo que Musa replicó: «¡Vé, y que la bendición de Alá te acompañe!». El hombre trepó por la escala pero al llegar a la cúspide de la muralla se enderezó, contempló fijamente la ciudad que estaba a sus pies, se puso a batir palmas y exclamó con toda la fuerza de su voz: «¡Por Alá, qué hermosa eres!», dicho lo cual precipitóse hacia el interior. El emir Musa, al verlo, gritó: «¡Por Alá, es hombre muerto!». Llegósele hasta él otro hombre y le dijo: «O emir, ese hombre estaba loco y sin duda el desvarío se apoderó de él y le llevó a la muerte. Yo subiré y te abriré la puerta, si es la voluntad de Alá el Altísimo». «Sube», respondió Musa, «y que Alá te acompañe. Pero ten cuidado no pierdas también tú la cabeza, como le pasó a tu camarada». Trepó, pues, el hombre por la escalera, pero apenas si había alcanzado lo alto de la muralla cuando se puso a reír con todas sus ganas y decía: «¡Es estupendo! ¡Es estupendo!», y batiendo palmas se arrojó al interior y murió en el acto. Al ver esto, el emir dijo: «Si esta es una acción de un hombre en su juicio, ¿cuál será la de un demente? Si todos nuestros hombres hacen lo mismo nos quedaremos sin un solo y nuestra expedición y la causa del Comendador de los

Creyentes serán un fracaso. Aprestaos para la marcha; en verdad que nada tenemos que ver con esta ciudad». Pero un tercer hombre de la tropa dijo: «Quizás haya alguien más sensato que esos dos». Así que un tercero escaló la muralla, y un cuarto y un quinto, y todos ellos profirieron exclamaciones y se arrojaron al vacío, tal como había hecho el primero, y no dejaron de hacerlo así hasta que del mismo modo hubo perecido una docena. Entonces el *Sheykh* Abd al-Samad se adelantó e infundiéndose ánimo dijo: «Este asunto me está reservado a mí, pues no es lo mismo el torpe que el experimentado», a lo que el emir dijo: «En modo alguno harás tal cosa ni yo te permitiré que subas; si tú pereces todos estaremos perdidos, hasta el último hombre, ya que eres nuestro guía», pero el otro replicó diciendo: «Tal vez lo que perseguimos haya de ser cumplido por mis manos, ¡con la gracia de Alá el Altísimo!». Todos, pues, se mostraron de acuerdo en dejarle subir la escala y él comenzó a ascender dándose ánimos y repitiendo: «¡En el nombre de Alá, el Compasivo, el Misericordioso!» y trepó por la escala invocando el nombre del Señor y recitando los Versículos de la Salvación[166]. Una vez que hubo llegado a lo alto de la muralla se puso a batir palmas y a mirar con arrobo a la ciudad.

Los que estaban abajo le gritaron a una voz: «¡Oh *Sheykh* Abd al-Samad, por el amor de Dios, no te arrojes al vacío!», y añadían: «¡En verdad, a Alá pertenecemos y a El volveremos! Si el *Sheykh* cae no quedará uno solo de nosotros». El *Sheykh*, al mismo tiempo, reía con desmedidas carcajadas, y durante una hora se quedó sentado recitando los nombres de Alá Todopoderoso y repitiendo los Versículos de la Salvación. Al cabo se levantó y exclamó con toda la fuerza de su voz: «Oh emir, no temas, no te aquejará ningún mal, pues Alá (¡a quién pertenecen el Poder y la Majestad!) me ha preservado de los ardides y la malicia de Satanás mediante la bendición de las palabras 'En el nombre de Alá el Compasivo, el Misericordioso'» «¿Qué es lo que has visto?», preguntó Musa, y Abd al-Samad respondió: «He visto a tres doncellas como huríes del Paraíso[167] que me hacían señas con las manos[168] y con sus voces me decían: 'Ven aquí con nosotras', y parecía que debajo de mí había un lago lleno de agua. Pensé por un momento en arrojarme pero en ese instante vi a mis doce compañeros muertos, así que me contuve y recité unos párrafos del Libro de Alá y El me libró del encantamiento de las hechiceras doncellas, con sus ardides y sus malignos engaños, y aquellas desaparecieron. Sin duda, se trata de un encantamiento urdido por los habitantes de la ciudad para rechazar a los que intentan curiosear o entrar en ella, y ha tenido éxito ocasionando la muerte a nuestros camaradas». Siguió caminando luego a lo largo de la muralla hasta llegar a las dos torres de azófar ya mencionadas, que tenían sendas puertas de oro, sin rastro de cerrojos o algún otro ingenio de apertura. Quedóse allí el *Sheykh* tanto tiempo como le plugo a Alá[169] y durante un rato recorrió su entorno con la vista hasta que advirtió en medio de una de las puertas un jinete de latón con el brazo extendido como si señalara a algún punto y que tenía algo escrito en la palma de la mano. Llegóse, pues, hasta él y pudo leer estas palabras: «Oh tú que has llegado a este lugar, si quieres entrar haz girar doce veces la clavija que hay en mi ombligo y la puerta se abrirá». El *Sheykh* examinó al jinete y halló en su ombligo una clavija de oro, firme y bien trabada; la hizo girar doce veces y el jinete viró como un relámpago cegador y la puerta osciló sobre sus goznes con el estrépito de un trueno, hasta quedar abierta. El *Sheykh* se adentró por ella y se encontró en un largo pasadizo[170] que, tras descender unos escalones, le condujo a una sala de guardia con unos bancos de madera preciosa en los que estaban sentados varios hombres muertos, sobre cuyas cabezas colgaban

bellos escudos, afilados aceros, arcos tendidos y buidas saetas. A través de la sala llegó a la puerta principal de la ciudad y, halándola asegurada con barras de hierro, cerrojos y candados bellamente trabajados y otros cierres de madera y metal, dijo para sí: «Tal vez las llaves estén en poder de esos difuntos». Regresó, pues, a la sala de guardia y al ver entre todos aquellos hombres muertos a un anciano sentado en un alto sitial de madera y que parecía el jefe, díjose: «Quién sabe si no las tiene ese *Sheykh*. Sin duda, este era el portero de la ciudad y todos estos hombres estaban bajo su mando». Acercóse, pues, a él y levantándole la túnica vio que las llaves colgaban de su ceñidor, de lo que tuvo gran contento y sintió que la alegría le daba alas. Cogió las llaves, fue hasta la puerta y descorrió los cerrojos y retiró las barras y cierres, de resultas de lo cual las pesadas hojas de la puerta se abrieron prestamente con un atronador estruendo, a causa de su enorme tamaño. Exclamó entonces el *Sheykh: «¡Allaho Akbar!* ¡Dios es el más grande!». Y los que estaban fuera le respondieron con las mismas palabras, gozosos y agradecidos a él por su proeza. También el emir Musa hallábase encantado al ver sano y salvo al *Sheykh* y por la apertura de las puertas de la ciudad, y las tropas pugnaban por entrar pero Musa les gritó: «Si entramos todos a la vez no podremos salvarnos de alguna trampa que pueda acecharnos. Que entre la mitad y se quede fuera la otra mitad». Adelantóse, pues, con la mitad de sus hombres portando sus armas de guerra y al encontrar a los compañeros que habían perecido les dieron sepultura. Luego vieron a los porteros, eunucos, chambelanes y oficiales reclinados sobre cojines de seda, y todos eran cadáveres. Continuaron la marcha hasta llegar al zoco principal, lleno de encumbrados edificios sin que ninguno de ellos sobrepasara a los otros, y todas las tiendas estaban abiertas, con las balanzas colgadas y los calderos de bronce en hileras y los almacenes repletos de toda clase de mercancías; y vieron a los mercaderes muertos, sentados ante sus tiendas, la piel seca y los huesos pútridos, una advertencia para aquellos a quienes toca estar advertidos, y vieron aún otros cuatro zocos repletos de riquezas. Abandonando el gran bazar, prosiguieron hasta llegar al bazar de la seda, donde hallaron sedas y brocados, orlados de oro fino y tachonados de blanca plata sobre fondos de todos los colores, y sus propietarios yacían muertos sobre alfombras de piel de cabra perfumadas y parecía que en cualquier momento iban a empezar a hablar. Atravesaron después la calle de los rubíes y las perlas y demás joyas y llegaron a la de los prestamistas y cambistas, a los que contemplaron muertos sentados sobre tapices de seda cruda y polícromos paños, en tiendas llenas de oro y plata. Siguieron luego al bazar de los perfumistas, donde hallaron tiendas colmadas de drogas de toda estirpe, bolsas de almizcle y ámbar gris, esencia de *nadd* y alcanfor y otros perfumes, en redomas de marfil, ébano, madera de *Khalanj* y cobre andaluz (que tiene el mismo valor que el oro), y varios tipos de bambú y caña india; pero todos los mercaderes yacían muertos y no se veía cosa alguna de comer. Muy cerca de este bazar de las drogas halláronse frente a un palacio edificado con primor y decorado con magnificencia, y en su interior encontraron estandartes desplegados, espadas fuera de sus tahalíes, ballestas aprestadas, escudos colgados de cadenas de oro y plata y yelmos chapados con oro rojo. En los zaguanes había bancos de marfil chapados de rutilante oro y cubiertos con lienzos de seda, en los que estaban sentados unos hombres cuya piel se había secado sobre sus huesos; alguien poco avisado les habría creído dormidos, pero por falta de comida todos habían perecido y habían conocido el sabor de la muerte. Al ver aquello, el emir Musa detúvose loando a Alá el Altísimo y santificándole y contemplando las bellezas del palacio, la robustez de su mampostería y la elegante perfección de su

armonía, pues había sido edificado con la más elegante y firme traza, y la mayor parte de su ornamentación era de lapislázuli verde[171]. En la puerta interior, que estaba abierta, con caracteres de oro y azul ultramar estaban escritos estos versos:

> Considera, hombre, lo que te muestran estos lugares / Y apercíbete antes de emprender viaje por esta misma senda,
>
> Y prepárate una buena provisión que pueda servirte algún día / Pues todo morador de una casa tiene necesidad de aquellos que le precedieron.
>
> Considera cómo ornaron estas gentes sus palacios / Y han quedado en el polvo como semillas de las obras que sembraron.
>
> De nada les sirvió lo que edificaron, ni los tesoros. Ni preservó sus vidas ni retrasó el día del Destino.
>
> Cuán a menudo confiaron en que las cosas no estuvieran escritas / Y se fueron al sepulcro antes de que la esperanza se mostrara munificente.
>
> Y de una posición hórrida y encumbrada fueron arrojados de súbito/ A la angostura del sepulcro, y cuán baja es su morada.
>
> Hasta ellos llegó después el Plañidero, tras el sepelio, y rompió en llanto, / Es cuanto te proporcionaron tu encumbrado trono, la corona y el oro.
>
> ¿Dónde han ido a parar los rostros ocultos por velos y tocas / Cuyos encantos eran proverbiales, aquellas bellezas de moda?
>
> Las tumbas responden vocingleras a los inquisidores y gritan: / '¡El cáncer de la muerte y la devastación conocen aquellas mejillas sonrosadas!'
>
> Mucho tiempo comieron y bebieron, pero su deleite tuvo un fin / Y también el comensal es comido, comido por los gusanos.

Al leer esto, el emir rompió a llorar hasta casi caer desvanecido y ordenó anotar estos versos, tras lo cual se internó en el palacio. La comitiva llegó al pronto a un vasto salón que tenía en cada uno de sus cuatro ángulos un alto y espacioso pabellón, todos revestidos de oro y plata y pintados en variados colores. En mitad de la estancia había una gran fuente de alabastro, coronada por un gran palio de brocado, y en cada pabellón había un sitial, así como una fuente con su pila finamente labrada en mármol, y el agua fluía por pequeños canalillos excavados en el pavimento que confluían en un gran aljibe de mármoles polícromos. El emir le dijo al *Sheykh* Abd al-Samad: «Vamos, entremos en aquel pabellón». Entraron, pues, en el primero de ellos, y estaba todo lleno de oro y plata, de perlas y jacintos y otras piedras y metales preciosos y había cofres llenos de brocados, rojos, amarillos y blancos. Entraron luego en el segundo pabellón y abriendo un armario que allí había lo encontraron lleno de armas y corazas, tales como yelmos dorados y gorgueras davídeas[172], espadas hindúes y venablos árabes y mazas corasmianas[173], así como otros varios pertrechos de

guerra y combate. Pasaron luego al tercer pabellón, donde vieron unos armarios cerrados y cubiertos con tapices finamente trabajados con toda clase de bordados. Abrieron uno de ellos y lo hallaron repleto de armas curiosamente decoradas con calados, con oro, damasquinado de plata y piedras preciosas. Entraron luego en el cuarto pabellón y abriendo una de las alacenas que allí había se encontraron con gran cantidad de piezas de vajilla, de oro y de plata, con fuentes de cristal y cálices adornados con bellas perlas y copas de cornelina. Procedieron, pues, a tomar todo aquello que les complacía y los soldados cargaron con todo lo que les fue posible. Al abandonar los pabellones vieron en medio del palacio una puerta de teca con marquetería de marfil y ébano y chapada con rutilante oro, sobre la que colgaba un tapiz de seda con encajes y toda suerte de bordados. En la puerta había una cerradura de plata que no tenía llaves, por lo que habría de ser abierta mediante el arte del ingenio. El *Sheykh* Abd al-Samad dirigióse audazmente hacia la puerta y gracias a su sabiduría y su habilidad abrió la cerradura. Al franquear la puerta se encontraron en un corredor de marmóreo pavimento y en cuyos muros colgaban tapices como de tul[174], bordados con figuras de toda especie de animales y aves, cuyos cuerpos estaban realizados en oro rojo y blanca plata y cuyos ojos eran perlas y rubíes que llenaban de asombro a quien los contemplaba. Siguieron adelante y llegaron a un salón todo él construido de bruñido mármol y recamado de piedras preciosas, que daba la apariencia de que el suelo fuera una superficie de agua[175] en movimiento que haría resbalar a todo el que se aventurase a caminar sobre él. El emir dio orden al *Sheykh* de que esparciese alguna sustancia sobre aquel piso a fin de poder caminar con seguridad. Una vez que esto se hizo, se las arreglaron para continuar la marcha hasta llegar a un enorme y abovedado pabellón de piedra, dorado con oro rojo y coronado por una cúpula de alabastro; todo en derredor se hallaba cubierto de ventanas con celosías talladas y adornadas con ristras de esmeraldas[176] que para sí hubiera querido un rey. Bajo la cúpula había un baldaquín de brocado que se sustentaba sobre cuatro pilares de oro rojo con tallas de aves cuyas patas eran de esmeraldas y debajo de cada ave había un entramado de perlas recién tintadas. El baldaquín se extendía sobre una fuente surtidor de marfil y cornelina y chapada de rutilante oro, a cuyo lado había un lecho orlado de perlas y rubíes y otras gemas, y junto al lecho había un pilar de oro. En el capitel de la columna veíase un pájaro realizado a base de rojos rubíes que tenía en el pico una perla fulgurante como una estrella. Sobre el lecho yacía una doncella esplendorosa como un sol, nunca ojos humanos contemplaran alguna más hermosa. Vestía un traje de perlas finamente ceñido al cuerpo, llevaba una corona de oro rojo en la cabeza, ribeteada de gemas, y sobre su frente veíanse dos grandes joyas cuyo fulgor era como el de la luz del sol. Sobre su pecho llevaba una joya relicario llena de almizcle y ámbar gris, cuyo valor igualaba el del imperio de los Césares, y en torno a su garganta colgaba un collar de rubíes y enormes perlas, vaciadas y luego rellenas de aromático almizcle. La doncella parecía estar mirando a aquella comitiva de derecha a izquierda. Maravillado quedó el emir Musa ante aquella extraordinaria belleza y atónito ante la negrura de sus cabellos y el tono púrpura de sus mejillas, que inducía al observador a creerla viva y no muerta, y la saludó así: «¡La paz sea contigo, oh doncella!». Pero Talib Ibn Sahl le dijo: «Alá te guarde emir; en verdad que esta doncella está muerta y no hay en ella vida alguna. ¿Cómo podría devolverte el *Shalam?»*, y añadió: «Verdaderamente, no es más que un cadáver embalsamado con prodigioso arte; le extrajeron los ojos después de la muerte, echaron mercurio bajo ellos y los volvieron a colocar en las órbitas; de ahí les viene ese fulgor; y cuando el aire mueve las pestañas,

parecen hacer guiños, y al observador se le antoja que le están mirando, pero está enteramente muerta». Atónito más allá de toda medida estaba el emir ante todo esto y dijo: «¡Gloria a Dios, que sometió a sus criaturas al imperio de la muerte!». El lecho sobre el que yacía la joven hallábase sobre unas gradas y en estas había dos figuras de cobre andaluz que representaban a sendos esclavos, uno blanco y el otro negro. El primero sostenía con una mano una maza de acero[177] y el segundo una espada de acero templado que cegaba la vista con su resplandor; entre ambos, sobre una de las gradas, había una estela de oro en que aparecían escritas con letras de plata las siguientes palabras: «¡En nombre de Dios, el Compasivo, el Misericordioso! ¡Loor a Alá, el Creador de la humanidad, Señor de los señores, Causa de las causas! ¡En el nombre de Alá, el Sin Principio, el Eterno, el Dispensador del Destino y la Fortuna! ¡Oh hijo de Adán! ¿Qué te ha hecho trastornarte con esta dilatada esperanza, qué te ha hecho desviar tu atención de la desdicha del día de la muerte? ¿No sabes que la muerte te reclama y se apresura a asir tu alma? Apréstate, pues, para el camino y prepárate para tu partida de este mundo, pues con toda seguridad lo has de abandonar muy pronto. ¿Dónde está Adán, fundador de la humanidad? ¿Dónde está Noé con toda su progenie? ¿Dónde están los reyes de la India y de los llanos del Irak y todos los que reinan sobre las más vastas regiones de la tierra? ¿Dónde moran los amakelitas y los gigantes y tiranos de los tiempos pretéritos? En verdad que están sus moradas vacías de ellos y se despidieron de sus hogares y allegados. ¿Dónde están los reyes de Arabia y Ajem? Muertos están todos ellos, muertos y sus huesos reducidos a polvo. ¿Dónde están los señores de tan encumbrada posición? Todos ellos están muertos y finados. ¿Dónde están Kora y Hamán? ¿Dónde están Shaddad, hijo de Ad? ¿Dónde están Canaán y Zu'l-Autád[178], señor de las Estacas? Por Alá, el Segador de vidas les ha segado y ha dejado las tierras privadas de ellos. ¿Tomaron medidas contra el Día de la Resurrección o se aprestaron a responder al Señor de los hombres? Oh tú, si no me conoces voy a decirte mi nombre: soy Tadmurah[179], hija de los reyes de los anakelitas, aquellos que ejercieron su imperio sobre las naciones con equidad y sojuzgaron las cabezas de la humanidad. Poseí lo que rey alguno jamás poseyó y fui recta en el gobierno e hice justicia a mis vasallos; sí, entregué muchos presentes y dádivas, di la libertad a siervos y siervas. Así viví muchos años con todas las comodidades y delicias de la vida hasta que la muerte llamó a mi puerta y a mí y a mi pueblo nos sobrevinieron calamidades sin cuento. Así fue como ocurrió: sobrevinieron siete años seguidos de sequía en los cuales no cayó una sola gota de agua de los cielos y ningún verdor brotó sobre la faz de la tierra[180]; tuvimos que comemos todo lo que almacenábamos y después nos abalanzamos sobre el ganado y lo devoramos, hasta que nada quedó. Me hice entonces traer mis tesoros y los dividí en varias partes y envié a hombres de confianza a comprar vituallas. Recorrieron en su busca todos los países sin dejar ciudad, mas no hallaron qué comprar y regresaron con el tesoro tras una larga ausencia. Nos informaron de que no habían conseguido trocar perlas finas por humilde trigo, celemín por celemín, medida por medida. Cuando ya desesperamos de conseguir socorros desplegamos todas nuestras riquezas y objetos de valor, echamos los cierres a las puertas de la ciudad y a sus baluartes, nos resignamos a los designios de nuestro Señor y nos encomendamos a nuestro Rey. Después, todos perecimos[181], como puedes ver, y dejamos todo cuanto habíamos edificado y cuanto habíamos atesorado. Esta es nuestra historia, y de lo que hubo no subsisten sino los vestigios». Miraron entonces al pie de la estela y leyeron estos versos:

Oh hijo de Adán, no permitas que la esperanza te engañe y te ciegue, / De todo cuanto atesoren tus manos serás despojado.

Sé que codicias el mundo y los efímeros placeres mundanos / Y que razas pretéritas han hecho como tú, lo sé.

Acumularon riquezas legítimas e ilegítimas, mas con todos sus tesoros, / Cumplido su término, no aplazaron su Destino.

De mucho oro se adueñaron al mando de huestes y hombres poderosos; / Sus riquezas y palacios dejaron luego, compelidos por el Hado a desaparecer

En la angostura de la tumba, el humilde lecho de polvo, / De donde, atrapados por sus palabras y sus obras, nunca saldrán libres.

Al igual que una caravana de viajeros ha descargado por la noche / En una casa en la que falta la comida y la compañía no es muy alegre,

Y cuyo propietario dice: 'No hay alojamiento para vosotros', / Así que vuelven a cargar lo que antes descargaron y se apresuran a seguir,

Con disgusto marchan y ni el viaje ni la parada / Tienen nada de gozosa ocasión ni lisonjera,

Prepárate, pues, un buen viático para tu viaje de mañana. / ¡Nada, sino una vida recta y honesta, te servirá ante el Señor!

Mientras leía, el emir Musa rompió a llorar:
«Por Alá, el temor del Señor es la mejor pertenencia, el pilar de la certidumbre y el único sostén firme. Realmente, la muerte es la verdad manifiesta y el mandato cierto, y en ella está la meta y el evidente punto de retorno. Aprende pues la lección de aquellos que ya se fueron al polvo y se apresuraron en el camino de su predestinado término. ¿No ves que los cabellos canos son un decreto hacia el sepulcro y que la blancura de tus rizos son un lamento de tu sino? Sé, pues, vigilante con tu partida y tu balance. Oh hijo de Adán, ¿qué ha endurecido tu corazón de un modo tan abyecto? ¿Qué te ha seducido, apartándote del servicio de tu señor? ¿Dónde están las gentes de antaño? ¡Son una advertencia para todo aquel que debe ser advertido! ¿Dónde están los reyes de Al-Sin y los señores de majestuoso porte? ¿Dónde está Shaddad ben Ad y cuanto edificó y fundó? ¿Dónde está Nemrod, que se rebeló contra Alá y le desafió? ¿Dónde está el faraón, que se sublevó contra Dios y le negó? La muerte siguió sus huellas y les derribó, sin respetar a nadie, grande o pequeño, macho o hembra; y el Segador de la humanidad les segó, sí, ¡por Aquel que hace la noche para regresar con el día! Sabe, oh tú que has venido a este lugar, que a esta que aquí ves no la sedujeron el mundo y sus efímeros deleites, pues es falso, pérfido, lugar de perdición, vano y traicionero, y es saludable para la criatura rememorar sus pecados. Temió esta a su Señor, obró de buena fe e hizo adecuada provisión para el día asignado a su partida. Todo el que llega a nuestra ciudad y Alá le otorga el privilegio de entrar en ella puede llevarse cuantas riquezas pueda, pero que nadie toque de lo que hay sobre mi cuerpo, pues es el velo de mi vergüenza[182] y mi traje para el último viaje. Así, pues, tema a Alá y no toque nada de esto o será causa de su propia destrucción. Esto dejo escrito como advertencia para él y

como una solemne obligación. Que la paz sea contigo, y ruego a Alá que te libre de la enfermedad y el infortunio». Al leer esto el emir Musa rompió en un llanto tan inconsolable que cayó desvanecido; cuando al poco volvió en sí anotó cuanto había visto y tomó buena cuenta de cuanto había presenciado. Después, díjoles a sus hombres: «Traed todos los camellos y cargadlos con todas estas riquezas, vasijas y joyas». «Oh emir», preguntó Talib, «¿dejaremos a esta joven con todo lo que tiene encima, objetos sin parigual, imposibles de encontrar y más perfectos que cualquier otra cosa que puedas llevarte y que no podrías hallarlos mejores como presente para el Comendador de los Creyentes?», y Musa le respondió: «¿Es que no has oído lo que dice la dama en esa estela? Más que ofrecerlo en prenda se confía a nosotros, que no somos traidores». «¿Y tenemos», prosiguió Talib, «a causa de esas palabras, que dejar todas esas riquezas y joyas, viendo que está muerta? ¿Qué va a hacer ella con todos esos adornos mundanos, sabiendo que con una túnica de algodón le basta para cubrirse? Tenemos sobre todo eso más derechos que ella». Diciendo esto subió las gradas del lecho; pero al llegar al alcance de los esclavos, ¡oh!, el macero le golpeó en la espalda y el otro le hirió en la cabeza con la espada que empuñaba, cortándosela, y cayó muerto. Entonces el emir habló de este modo: «¡Que Alá no tenga misericordia de ti en el sepulcro! En verdad, bastantes tesoros había y el ansia de lucro sin duda degrada al hombre». Dio luego orden de que entraran los hombres y así lo hicieron y cargaron los camellos con aquellos tesoros y objetos preciosos, tras lo cual abandonaron la ciudad y el emir ordenó que dejaran la puerta cerrada como estaba antes.

Durante todo un mes marcharon junto a la orilla del mar, hasta que avistaron un elevado monte que dominaba el océano y estaba lleno de cuevas, en las que vivía una tribu de negros que se vestían con pieles, incluso los *burnuses* eran de piel, y que hablaban una lengua desconocida. Al ver a toda aquella tropa se asustaron como tímidas gacelas y corrieron a meterse en las cavernas, en tanto las mujeres y los niños se quedaban a la puerta contemplando a los extranjeros. «Oh *Sheykh* Abd al-Samad,» dijo el emir, «¿quiénes son esas gentes?», a lo que respondió aquel: «Son los que estamos buscando por encargo del Comendador de los Creyentes». Desmontaron, pues, y descargaron la impedimenta y plantaron las tiendas. Apenas si habían terminado cuando bajó del monte el rey de los negros y se acercó al campamento. Como entendía la lengua arábiga, al llegar ante el emir le saludó con el *salam* y Musa le devolvió el saludo y le recibió con honores. El rey negro le dijo luego al emir: «¿Sois hombres o *jinn?»*. «Hombres somos», respondió Musa, «pero vosotros sois sin duda *jinn*, a juzgar por vuestra alejada existencia en esta montaña, que está totalmente aislada de la humanidad, y por vuestro extraordinario tamaño», «No», replicó el negro, «somos también hijos de Adán, del linaje de Ham, hijo de Noé (¡la paz sea con él!) y este mar es conocido como Al-Karkar». Preguntóle Musa: «Oh rey, ¿cuál es vuestra religión y a quien adoráis?», y aquel respondió diciendo: «Adoramos al Dios de los cielos y nuestra religión es la de Mahoma, ¡a quién Alá bendiga y guarde!». «¿Cómo llegásteis a conocer su doctrina», inquirió el emir, «toda vez que ningún profeta fue enviado a visitar este país?». «Has de saber, emir», replicó el rey negro, 'que hace ya mucho tiempo se nos apareció, surgido del mar, un hombre del que emanaba una luz que iluminaba el horizonte y que exclamó, con una voz que pudieron oír tanto los hombres que se hallaban lejos como los que estaban cerca, diciendo: «¡Oh hijos de Ham, venerad a Aquel que ve sin ser visto y decid: 'No hay más dios que *el* Dios y Mahoma es el mensajero de Dios!', y añadió: 'Soy Abbu al-Abbás al-Khizar.' Antes solíamos adorarnos unos a otros, pero Mahoma nos conminó a servir al Señor de

todas las criaturas y nos enseñó a repetir estas palabras: 'No hay más dios que *el* Dios Único, que no tiene parigual, y Suyo es todo el reino y Suyo es todo encomio. El da la vida y la muerte y El es Todopoderoso sobre todas las cosas'. No hemos tenido otro acercamiento a Alá (¡exaltado y enaltecido sea!) sino a través de esas palabras, pues ninguna más conocemos. Pero todas las vísperas de viernes[183] vemos una luz sobre la faz de la tierra y oímos una voz que dice: ¡Santo y Glorioso, Señor de los Ángeles y del Espíritu! ¡Lo que El quiere es, y lo que El no quiere no es! ¡Toda merced viene de Su gracia y no hay Majestad y no hay Poder sino en Alá, el Glorioso, el Grande! Pero vosotros», concluyó el rey, «¿quiénes sois y qué os trae a esta tierra?». El emir Musa respondió: «Somos dignatarios del soberano de Al-Islam, el Comendador de los Creyentes, Abd al-Malik ben Marwan, que ha oído hablar del señor Salomón, hijo de David (¡la paz sea con ellos!) y de que el Altísimo le otorgó la autoridad suprema; de cómo ejercía su imperio sobre *jinn*, animales y pájaros, y solía, cuando estaba colérico contra algún *marid*, encerrarle en una cucúrbita de latón cerrada con plomo sobre el que imprimía su sello y arrojarle al mar de Al-Karkar. Hemos oído decir que este mar se encuentra próximo a vuestra tierra y el Comendador de los Creyentes nos ha enviado aquí para que veamos de llevarle alguna de esas cucúrbitas o retortas a fin de poder solazarse en su contemplación. Esta es nuestra situación, oh rey, y lo que de ti queremos y aspiramos es que nos ayudes a cumplir el objetivo de nuestra expedición, ordenada por el Comendador de los Creyentes». «De mil amores», replicó el rey negro, y acompañándoles a la residencia de invitados les agasajó con los más altos honores y les proveyó de cuanto precisaban; luego, les ofrecieron pescado para comer. Llevaban allí tres días cuando el rey dio orden a sus buceadores de que sacaran alguna de las vasijas de Salomón. Lanzáronse, pues, al agua y sacaron doce cucúrbitas, lo que produjo una inmensa satisfacción al emir y a cuantos le acompañaban, al ver así cumplidos los deseos del califa. Musa obsequió al rey con profusión de excelentes regalos y este, a su vez, le hizo presente de una de las maravillas de las profundidades, peces con figura humana[184], diciendo: «Vuestro alimento de estos tres días ha sido la carne de estos pescados». El emir dijo: «Es preciso que le llevemos algunos de estos al califa, pues estoy seguro de que su vista le complacerá aún más que la de las cucúrbitas de Salomón». Más tarde, despidiéronse del rey negro, emprendiendo el viaje de regreso, y viajaron hasta arribar a Damasco, donde Musa llegóse de inmediato ante el Comendador de los Creyentes y le hizo el relato de cuanto había visto y oído de poemas, leyendas y ejemplos, así como de la forma en que había muerto Talib ben Sahl, y el califa dijo: «¡Ojalá hubiera yo estado contigo y hubiera visto lo que tú has visto!». Tomó luego las doce vasijas de azófar y las fue abriendo una por una, y los demonios salían diciendo: «¡Nos arrepentimos, oh profeta de Alá! ¡Nunca más volveremos a hacerlo, nunca!», y el califa quedó maravillado. En cuanto a las hijas de las profundidades con que le obsequiaba el rey negro, construyeron con tablas unas cisternas que llenaron de agua y en ellas las metieron, pero al poco murieron a causa del intenso calor. Después, el califa hizo llevar el botín de la Ciudad de Azófar y lo dividió entre los Creyentes, diciendo: «¡A nadie otorgó Alá lo que a Salomón, hijo de David!». El emir Musa pidió permiso al califa para nombrar a su hijo gobernador de la provincia en su lugar, a fin de dirigirse él a la Ciudad Santa de Jerusalén y allí venerar a Alá. El Comendador de los Creyentes, pues, invistió a su hijo Harún con la dignidad del gobierno y Musa se encaminó a la gloriosa y santa Ciudad, donde murió.

NOTAS DE BURTON

Las notas de Burton al texto de su traducción tienen un interés que va más allá, generalmente, del que les otorgaría el ser una aclaración filológica. Como puede apreciarse, el capitán Burton explaya con generosidad su vasta sabiduría acerca de la vida y la cultura islámica a nada que se le presenta el más mínimo pretexto. De ahí que se haya estimado más que pertinente ofrecérselas al lector.

Notas

[1] Aquí, como en otros lugares, no he conservado la monorrima, pero he terminado, como en el soneto inglés, con un pareado; por regla general, los dos últimos versos contienen un *Husn makta'* o clímax. <<

[2] Literalmente, «empezó a decir (o hablar) en poesía»; esta improvisación sigue siendo habitual entre los *Badawin*, como más tarde apuntaré. Y, pese a que Mahoma censuró severamente a los poetas profanos, que «vagan como privados de sus sentidos por los valles» y fueron inspirados directamente por los demonios (Korán, XXVI), no deja de ser curioso señalar que él mismo hablaba en *rajaz* y que los cuatro primeros califas «hablaban en poesía». En los primeros tiempos los versos no se pondrían por escrito, si es que se ponían, hasta después de la muerte del autor. Traduzco *inshad* por «versificar», o «repetir», o «recitar», dejando en la duda si la composición es original o no. En algunos lugares, sin embargo, es claramente improvisada y entonces, por regla general, se trata de unos versos modélicamente ramplones. <<

[3] Árabe *Allahumma = Yá Allah* (Oh Alá), pero con énfasis, siendo el *Fath* un sustitutivo de la partícula vocal. Algunos lo relacionan con el hebreo *Alihím*, pero este modismo no es árabe. En Al-Hariri y los retóricos, a veces significa «con seguridad», «por supuesto», «desde luego», equivalente al griego νη δία. <<

[4] Probablemente como consecuencia de un voto. Estas prácticas supersticiosas, que tienen muchos paralelismos entre nosotros, no son privativas de las clases bajas en oriente. <<

[5] O sea, *Bismillah!*, la piadosa jaculatoria que debe preceder a toda acción. En Boccaccio (VIII, 9) es «recordando *İddio e' Santí*». <<

[6] Árabe *Nahás asfar*, latón, azófar, opuesto a *Nahás* y *Nahás ahmar*, cobre. <<

[7] Alude a la leyenda de *Sakr al-Jinni*, un famoso demonio arrojado por Salomón al lago de Tiberíades, cuyas tormentas hacen de él un lugar muy apropiado. De aquí, el «genio embotellado», una ficción del folklore universal; la encontraremos en *El Libro de Simbad*, y apenas es necesario que recuerde al lector el *Diable Boiteux* de Le Sage, tomado de *El Diablo Cojuelo*, la novela del español Luis Vélez de Guevara. <<

[8] *Marid* (literalmente, contumaz, de la raíz hebrea *Marad*, rebelarse; de ahí *Nimrod* en el semítico tardío) es una de las tribus de los *Jinn*, generalmente, aunque no siempre, hostiles a los hombres. El femenino es *Máridah*. <<

[9] Toda vez que Salomón empezó su reinado (según la cronología al uso) en el año 1015 a. de C., el texto situaría el relato alrededor del 785 d. de C., equivalente al 169 de la Hégira. Pero no podemos hacer hincapié en este dato, ya que puede ser puramente imaginario. El profesor Tawney, muy acertadamente, compara a este Salomón musulmán con el rey hindú Vikramáditya, que imperó sobre las siete divisiones del mundo y que tenía a su servicio todos los demonios que se le antojaban. <<

[10] Árabe *Yá Ba'íd*; un eufemismo utilizado aquí para evitar el uso de un lenguaje groseramente abusivo. <<

[11] Es decir, «a punto de escaparse», «tengo el corazón en la boca». El pescador habla con el humor cáustico de un *fellah*. <<

[12] «Sulayman» (Salomón) al partir en busca de algún alivio confió su sello, del que dependía su reino, a una concubina, *Amínah* (la Fiel); entonces, Sakhr, bajo la apariencia del rey, entró y se lo arrebató. El profeta quedó reducido a la mendicidad, pero al cabo de cuarenta días el demonio huyó, arrojando al mar el anillo, que fue engullido por un pez y a la larga volvió a Salomón. Esta fábula talmúdica está esbozada en el Korán (cap. XXXVIII) y los comentaristas la han glosado profusamente. Asaí, hijo de Barkhiya, era *wazir* de Salomón y se supone que era «uno con el que estaba el saber de las Escrituras» (Korán, cap. XXXVII), es decir, el que conocía el Inefable Nombre de Alá. Véase la manifiesta procedencia de la ficción talmúdico-coránica en el «Relato del Emperador Joviniano» (núm. LIX) de los *Gesta Romanorum*, el libro más popular de la Europa medieval, compuesto en Inglaterra (o Alemania) a finales del siglo XIII. <<

[13] Árabe *Kumkum*, una botella en forma de calabaza, de metal, porcelana o cristal, que aún se utiliza para esparcir fragancias. Lane aporta una ilustración (cap. VIII, *Mod. Egypt.)*. <<

[14] En árabe significa «la madre de Amir», un apodo de la hiena, que muerde la mano que le da de comer. <<

[15] El intelecto del hombre es más poderoso que el del *jinni*; sin embargo, el *efrit* se introduce en el jarrón porque ha sido conjurado en el Nombre Más Grande y no por mera estupidez. El anillo sellador de Salomón, según los rabinos, tenía engastada una piedra que le decía todo lo que deseaba saber. <<

[16] Los mesmeristas repararán en este estremecimiento, que les es familiar como preludio del trance «magnético». <<

[17] Árabe *Bahr*, que significa el mar, un río caudaloso, una cierta extensión de agua, etc.; literalmente, agua excavada en la tierra. *Bahri* en Egipto significa septentrional, en tanto que *Yamm* (Mar, Mediterráneo) en hebreo es el oeste. <<

[18] En la Edición Bulaq, *Ruyán*, evidentemente un error de transcripción. El nombre, curiosamente, carece de significado. <<

[19] La geografía es ultrashakespeariana. *Fars* (de ahí «Persia») es la provincia central de un gran imperio antiguo, hoy una pura ruina; *Rum* (que yo escribo Roum para diferenciarlo de Jamaica) es el nuevo imperio romano o imperio bizantino, en tanto que *Yunán* es el clásico nombre árabe para designar a Grecia (Ionia), que los musulmanes ignorantes creen que en la actualidad se encuentra sumergida bajo las aguas. <<

[20] El sol saluda a Mahoma todas las mañanas, incluso cuando se luce para la cristiandad el día de Pascua de Resurrección. *¿Risum teneatis?* <<

[21] Árabe *Nadím*, término que aparece con frecuencia. Designa a alguien que gozaba de la suficiente intimidad como para beber con el califa, un honor elevado y peligroso. El último que se sentó con *Nudamá* fue Al-Razi bi'llah, el año 329 de la Hégira (940 de nuestra era). Véase la famosa *Historia de los Califas* de Al-Siyuti, traducida y admirablemente anotada por el Mayor H. S. Jarret para la Bibliotheca Indica, Calcuta 1880. <<

[22] Árabe *Maydán* (del persa); Lane lo traduce generalmente por «hipódromo» y Payne por «campo de liza». Es ambas cosas y algo más, un espacio abierto dentro o cerca de una ciudad, utilizado para la revista de tropas, carreras, jugar al *Jeríd* (lanzas de caña) y otros deportes y ejercicios; así, *Al-Maydan* equivale al griego «hipódromo». El juego al que se alude aquí es nuestro polo o hockey a caballo, juego favorito de los reyes persas, tal como muestran las antiguas ilustraciones del *Shanammah*. *Maydán* es también una llanura natural, para la que el pródigo idioma árabe tiene muchos términos: *fayhah* o *Sath* (un llano en general), *Khabt* (una llanura baja), *Bat'há* (un bajío arenoso). *Mahattah* (un llano idóneo para hacer una parada) y algunos otros *(Pilgrimage*, III, 11). <<

[23] Para detalles relativos al *Ghusl* véase la Noche 44. <<

[24] Un lenguaje popular y enormemente expresivo; contrasta el altivo porte del hombre autosatisfecho con el andar cabizbajo del miserable y el arrastrar de vestiduras de la mujer afligida. No veo la necesidad de latinismos tales como «dilated» o «expanded». <<

[25] Todos estos elevados signos de favor preludian, en los cuentos y la vida orientales, la inminente caída de los más favorecidos; son tan grandes que despiertan la envidia general. Muchos de nosotros hemos visto algo así en las cortes de nuestros países de origen. <<

[26] Esta frase está contenida en la palabra *ihdák*, equivalente a rodear, tal como la conjuntiva a la pupila. <<

[27] Deseo subrayar esta fórmula, que se utiliza incluso en la conversación habitual cuando se va a relatar algún acontecimiento destacado. <<

[28] Nos vemos obligados a utilizar la palabra inglesa «valley» (valle), que viene a ser tan apropiada como «arroyo Cedrón» para referirse a la barranca más horripilante. El *wady* (en antiguo copto *wah, oah*; de ahí, oasis) es el lecho de un curso de agua que fluye tan sólo después de las lluvias. Lo he traducido por *Fiumara (Pilgrimage,* I, 5 y II, 196, etc.), una palabra italiana, o más exactamente siciliana, que describe exactamente un *wady*. <<

[29] He descrito esta escena, que Mr. T. Wolf ilustró con una excelente litografía, en *Falconry* (London, Van Voorst, MDCCCLII). <<

[30] Árabe *Kaylúlah*, sueño en mitad del día, llamada «siesta» por la sexta hora canónica. <<

[31] Esta historia del papagayo se encuentra en el folklore de todo el mundo y la creencia en la metempsícosis, que prevalece más o menos por todo el oriente, le confiere su virtualidad. El «Libro de Sindibad» le convierte en la «Historia del confitero, su esposa y el papagayo» y sirve de base al libro hindostano *Tota-Kahaní* (el gato-papagayo), extracto del *Tutinamáh* («Libro del Papagayo») de Nakhshabi *(circa* 1300), un congénere del sánscrito *Suka Saptati* o «Setenta y siete historias de papagayos». El cuento no aparece en las ediciones Bulaq y de Macdonald pero sí en la de Breslau (I. pp. 90-91) bastante mutilado y mejor en la edición de Calcuta. No puedo evitar el señalar aquí el modo infame en que se han editado los doce volúmenes de la edición de Breslau; incluso falta un índice de los cuatro primeros volúmenes. <<

[32] El joven «turco» probablemente es un añadido tardío, ya que no aparece en muchos de los manuscritos, por ejemplo en la edición de Breslau. La esposa generalmente cubre la jaula con un paño; en la traducción turca este se convierte en un trozo de piel. <<

[33] El mes de julio sirio-hebreo, utilizado para expresar el apogeo del verano. Como nos dice Herodoto (II, 4) los egipcios reivindican el descubrimiento del año solar y la división de su curso en doce partes. <<

[34] Este proceder es plenamente característico de las clases serviles; deliberadamente le ocultan todo al amo hasta que este encuentra algún indicio; entonces le cuentan todo y algo más. <<

[35] Hasta años recientes, los mercaderes y tenderos del cercano oriente llevaban espada y consideraban una desdicha el salir de casa desarmados. <<

[36] La edición de Breslau dice absurdamente *Jazírah* (una isla). <<

[37] La *Ghúlah* (femenino de *Ghúl)* es la hebrea Lilith o Lilis, la Lamia de los clásicos, las hindúes Yogini y Dakini, las caldeas Utug y Gigim (demonios del desierto), en oposición a Mas (demonio de las colinas) y Telal (que se cuela en las ciudades), la Ogresa de nuestros cuentos y la Bala-yaga (la vieja bruja) del folklore ruso. Etimológicamente, *Ghúl* vale por calamidad, miedo pánico, y el monstruo es la encarnación del horror de los sepulcros y los cementerios. <<

[38] Árabe *Shább* (latín «juvenis»), entre la pubertad y los cuarenta o, según algunos, cincuenta años, cuando el individuo se convierte en un *Rajul ikhtiyár* (hombre con voluntad plena), dicho de un modo amable, y después en un *Sheykh* o *Sheybah* (canoso, anciano). <<

[39] Nombre proverbial, en la actualidad olvidado. Torrens (p. 48) lo traduce por *the giglot* (¿Fortuna?), pero «no ha sabido descubrir de dónde procede». <<

[40] Árabe *Ihtizáz*, ese movimiento natural e instintivo causado por las buenas noticias que se reciben inesperadamente, etc. <<

[41] Árabe *Khol*; en la India, *Surmah*. No se trata de un colirio, sino que es antimonio en polvo para darse en los párpados. Lo que se vende en los bazares no es la auténtica mena gris de antimonio sino una galena o sulfuro de plomo. Su uso se generalizó de la siguiente manera: cuando Alá se apareció a Moisés en el Sinaí por una abertura como el ojo de una aguja el profeta se desmayó y el monte empezó a arder y Alá dijo entonces: «De ahora en adelante tú y tu descendencia triturareis la tierra de esta montaña y la aplicareis sobre vuestros ojos». El polvillo se guarda en un estuche llamado *Makhalah* y se aplica al interior del párpado con una aguja gruesa y roma, bordeando la pestaña; de aquí que el estuche y la cánula denoten la *rem in re* sexual, y en los casos de adulterio ha de plantearse la cuestión: «¿Viste la aguja en el tarro de *khol?»*. Las mujeres utilizan generalmente un preparado de hollín o negro de humo (Hindú *Kajala, Kajjal)* cuyo color se distingue fácilmente del del *khol*. Esta palabra, con el artículo *(Al-Khol)* es el origen de nuestro «alcohol», pese a que incluso M. Littré fracasa a la hora de mostrarnos de qué modo «polvillo fino» se convierte en «espíritu de vino». Hallé a este polvillo un gran preservador de la oftalmía en los viajes por el desierto; en la India su uso está generalizado, aunque en la actualidad el ejemplo europeo está haciéndolo desaparecer gradualmente. <<

[42] La historia de estas dos mujeres se ha olvidado. <<

[43] Árabe *Atadakhkhal*. Cuando amenaza algún peligro es costumbre agarrarse al borde de la túnica de un hombre y exclamar «*Dakhíl-ak!*» (o sea, «bajo tu protección»). En algunas nobles tribus de Badawi, ante esta invocación, se defiende al forastero incluso con la propia vida. Algunos extranjeros se han ganado el desprecio general actuando de este modo con mujeres o simples mozalbetes. <<

[44] La fórmula habitual para hacer una cita del Korán. <<

[45] Literalmente, «que Alá no me aflija (con tu ausencia)». Aún es una expresión popular: *Lá tawáhishná*, es decir, «no me conduzcas a la aflicción», por ejemplo, permaneciendo lejos mucho tiempo: y unos amigos que se encuentran al cabo de cierto tiempo exclaman: *Auhashtaní*, es decir, «me has tenido desolado», *Je suis désolé*. <<

[46] Una encantadora llaneza en las maneras, el que un primer ministro lleve el pescado (¡sombra de Vattel!) a la cocinera. En ningún pasaje son tan ingenuos los *Gesta Romanorum*. <<

[47] Árabe *Kahílat al-taraf*, literalmente «párpados perfilados con *khol*» y, figuradamente, «con negras pestañas y lánguida mirada». Es una expresión que aparece frecuentemente en *Las Mil y Una Noches* y que se aplica tanto a los «animales inferiores» como al hombre. Los musulmanes de África Central aplican el *khol* no a la parte gruesa del párpado sino a toda la parte exterior del mismo, fijándolo con algún producto graso. El característico ojo egipcio (y sirio) con amplias orlas, de pestañas color negro azabache, que parecen líneas negras pintadas con hollín, sugiere fácilmente el símil. En Inglaterra he visto el mismo aspecto en los mineros recién salidos de las minas de carbón. <<

[48] Por supuesto, aplicándolo a su propia situación. <<

[49] Árabes prehistóricos que medían de 60 a 100 codos de estatura (Korán, cap. XXVI, etc.). Aparecen mencionados con frecuencia en *Las Mil y Una Noches*. <<

[50] Árabe *Dastúr* (del persa), «venia, permiso». La palabra tiene dos significados (véase Burckhardt: *Arab. Prov*., núm. 609) y es profusamente utilizada, por ejemplo, antes de empezar a subir por una escalera o al entrar en una estancia en que se va a encontrar a mujeres desconocidas. Asimismo, *Tarik*, «despejar el camino» *(Pilgrimage*. III, 319). La ocupación de Egipto por los persas, dejando aparte a los circasianos de habla persa y otros conquistadores, ha dejado muchas huellas en el lenguaje popular. Y, como se verá, los persas han legado al mundo que les rodeaba cosas peores que un lenguaje detestable; por ejemplo, la herejía y la sodomía. <<

[51] Habla de su esposa, pero, eufemísticamente, en masculino. <<

[52] Un dicho popular en todo el Islam. <<

[53] Árabe *Fata*, literalmente «un joven», un hombre generoso, de espíritu noble (como suelen ser los jóvenes). Se corresponde con el latino «vir» y tiene un significado muy similar al italiano «giovane», al alemán «Junker» y a nuestro [inglés] «gentleman». <<

[54] De la edición Bulaq. <<

[55] La ambigüedad de su expresión es eufemística. <<

[56] Esta presteza en verter lágrimas contrasta vivamente con el estoicismo de la civilización moderna pero resulta rigurosamente auténtica entre los árabes; los orientales, como los héroes de Homero y los italianos de Bocaccio, no se avergüenzan de lo que nosotros contemplamos como producto de la histeria femenina: «una buena llantina». <<

[57] La fórmula (utilizada constantemente por los musulmanes) denota aquí disgusto, duda acerca de qué hacer, etc. Debe decirse: «*Lá haula wa lá kuwwata illa bi'llahí 'l-Aliyi 'l-Azim*». Por regla general, los errores son portentosos: Mandeville (cap. XII) para *La illáha illa'llahu wa Muhammadum Rasúlu 'llah* escribe *La ellec sila, Machomete rores alla*. Aquella *(lá haula*, etc.), debido a la peculiaridad de las cuatro letras árabes, se pronuncia de forma diferente en cada lugar, y la exclamación se llama *Haulak* o *Haukal*. <<

[58] Un árabe cuenta siempre con que puede casarse con la primera de sus primas, la hija del hermano de su padre, y si alguien se la disputa el resultado será la muerte y el odio eterno entre familias. Con alguna variante, sucedía lo mismo entre los judíos, y en ambas razas los matrimonios consanguíneos cayeron en desuso al observar sus nefastos resultados (idiotez, sordera hereditaria, etc.) en razas mixtas como la inglesa y la anglo-americana. Cuando un *badawi* habla de «la hija de mi tío» se refiere a su esposa, y es aquel el título más preciado, porque una mujer puede divorciarse pero la sangre es más espesa que el agua… <<

[59] Árabe *Kahbah*, el más soez de los términos posibles; de aquí lo desafortunado del *Cava* de Don Roderick el Godo, que significa simplemente «ramera». <<

[60] Tanto el árabe *Banj* como el hindú *Bhang* (que utilizo por ser más familiar) derivan del antiguo copto *Nibanj*, que significa una preparación de cáñamo *(cannabis sativa* o *indica)* y es fácil reconocer en él el homérico *Nepenthe*. Al-Kazwini hace valer el término por «cáñamo de jardín» *(Kinnab bostáni o Shádanáj)*. Por otra parte, no son pocos los que aplican el vocablo al beleño *(hyoscyamus niger)*, tan utilizado en la Europa medieval. *Kamus*, evidentemente, significa beleño, claramente diferenciado del *hashísh al-haráfísh*, «la hierba de los truhanes», es decir, la hierba pantagruelina. El *Alfáz Adwiya* (en su versión francesa) explica *Tabannúj* como «*endormir quelqu'un en lui faisant avaler de la jusquiame» [dormir a alguien haciéndole tomar beleño]*. En el lenguaje actual *Tabannuj* es el equivalente a los anestésicos que se administran entre nosotros antes de una operación quirúrgica, un amortiguador del dolor, como la mirra y tantas otras drogas. A este fin se utiliza siempre cáñamo (yo, al menos, no he oído hablar del beleño); los diversos preparados de esta droga se venden en un bazar especial de El Cairo. Véase «el polvillo de maravillosa virtud» en Bocaccio, III, 8 y IV, 10. El uso del *Bhang* data sin duda de los albores de la civilización, cuyos primeros placeres sociales debieron ser embriagadores. Herodoto (IV, 75) nos presenta a los soycienses quemando las semillas (hojas y cápsulas) como liturgia y embriagándose con el humo, tal como hacen los bosquimanos de África del Sur en nuestros días. Esta debió ser la primitiva forma de fumar; aún persisten dudas acerca de si se utilizaban pipas o no. Galen menciona también la intoxicación con cáñamo. Entre los musulmanes, los persas adoptaron la libación como un alucinógeno y alrededor de nuestro siglo XIII, Egipto, que inició esta práctica, introdujo cierta cantidad de preparados de los que se irá dando noticia en estas *Mil y Una Noches*. <<

[61] Los montones de basura que rodean a las ciudades orientales; algunos (en las cercanías de El Cairo) alcanzan los treinta metros de altura. <<

[62] Árabe *Kurrat al-ayn*: «frescor del ojo», como antagónico de «ojo ardiente» *(shakin)*, o sea, el enrojecido y con lágrimas. El término es auténtico y pintoresco, por lo que lo traduzco literalmente. Todo frescor es grato para los habitantes de los países cálidos; así, en Al-Hariri, Abu Sayd dice de Bassorah: «Hallé en ella cuanto llena de frescor el ojo». Y «un fresco botín» (o recompensa) es aquel que se ha conseguido sin arrojarse en la hoguera de la guerra o simplemente una grata recompensa. <<

[63] Popularmente se entiende que es el Cáucaso. Se corresponde con el hindú *Udaya* en tanto en cuanto el sol sale de detrás de él y el «falso amanecer» se debe a un orificio o abertura. Es también el persa *Alborz*, el indio *Meru (Sumeru),* el griego Olimpo y la cordillera del Rif *(Veliki Camenipoys)* o «el cíngulo más rutilante del mundo». <<

[64] Árabe *Mizr* o *Mizar*, vulgarmente *Búzah*; de aquí el término médico latino *Buza*, el ruso *Buza* (cerveza de mijo), nuestro *booze*, el antiguo flamenco *buyzen* y el alemán *busen*. Es el antiguo ποιος θειος del África negra o negroide, la cerveza de Osiris, de la que se han encontrado residuos secos en jarras, dentro de algunas tumbas egipcias. En el África ecuatorial es conocido con el nombre de *Pombe; Merissa* o *Merisi* en el Nilo superior, y entre los cafres *Tshuala, Oala* o *Boyala*. He oído incluso *Buswa* en el África central, lo que podría ser el origen de *Buzah*. En occidente se convirtió en ζνθος (romanizado πιρρα), *Xythum* y *cerevisia* o *cervisia*, el *humor ex ordeo*, mucho tiempo antes del rey Gambrinus. En África central se bebe en ingentes cantidades: en Unyanwezi, las armaduras de las camas, cubiertas de planchas de corteza de árbol, se hacen todas inclinadas, a fin de dejar correr el licor. Los jefes viven exclusivamente de carne de bovino y *pombe* espeso como engrudo. El lúpulo es desconocido; el grano, principalmente *holcus*, se pone a germinar, luego se maja, se hierve y se le deja fermentar. En Egipto, la bebida es cosa sobre todo de los bereberes, nubios y esclavos del Nilo superior; pero es un producto mejor, y más parecido al europeo, que el *pombe*. He dado noticia de su elaboración en mi *The Lake Region of Central África*, vol. II, p. 286. Existen algunos otros preparados: *Umm bulbul* (ruiseñor madre), *Dizáyah* y *Subíyah*, para los cuales ha de hacerse referencia al *Sheykh* El-Tounsy. <<

[65] Hay una terrible verdad en esta sátira, que nos recuerda la de la dama noble que prefiere al «*palefrenier laid, ord et infâme»* antes que a su apuesto marido, de la reina Margarita de Navarra *(Heptameron*, XX). Todos hemos conocido a mujeres que lo sacrifican todo, así como así y muy a su pesar, por los hombres más insignificantes. El mundo lo contempla, se mofa de ello, lo condena y no lo comprende en absoluto. Para toda mujer hay un hombre, y sólo uno, en cuya esclavitud hacia él está dispuesta a «besar el suelo por donde pisa». El Destino suele oponerse a que lo encuentre, pero si tal cosa ocurre *adieu* esposo e hijos, honor y religión, vida y «alma». Por otra parte, la naturaleza (humana) fomenta la unión de los contrastes, tales como lo puro y lo hediondo, lo oscuro y lo claro, lo alto y lo bajo; si no, la humanidad sería, como la canina, una especie de extremosidades: habría enanos como los *terriers* de Yorkshire, gigantes como los mastines, calvos como ciertos perros chinos o melenudos como los terranovas. El famoso Wilkes dijo sólo una verdad a medias cuando apostó por sí mismo, tan sólo una hora antes, frente al hombre más apuesto de Inglaterra; su insólita y proverbial fealdad (era lo que los italianos llaman *un bel brutto)* era la mejor recomendación a los ojos de bellísimas mujeres. <<

[66] En toda sepultura musulmana hay un lugar en que las mujeres honorables pueden sentarse y llorar sin ser vistas por la muchedumbre. Este tipo de visitas son prescritas por el Apóstol: «¡Frecuenta el cementerio, te hará pensar en el futuro!», y también: «El que visita la tumba de sus padres (o de uno de ellos) todos los viernes quedará anotado como hijo piadoso, incluso aun cuando en el mundo haya sido, anteriormente, un desobediente» *(Pilgrimage*, II, 71). La construcción recuerda la de los panteones europeos. Said, Pachá de Egipto, tuvo la gentileza de construir uno en la isla de Suez, «para uso de las damas inglesas que desean un cobijo mientras lloran por sus difuntos». Jamás tuve noticia de que alguna dama hiciera uso de él. <<

[67] Árabe *Ajal*, la duración de la vida, el momento asignado para la muerte; la palabra aparece constantemente y se aplica también a la muerte repentina. Ver el *Dictionary* de Lane, s. v. <<

[68] «El Badawi moribundo a su tribu (y a su amada)» me parece enormemente patético. Los individuos de los pueblos primitivos gustan de ser enterrados en las laderas de los montes, desde donde poder tender la vista sobre el campo, y todavía pronuncian en voz alta los nombres de parientes y amigos al pasar por los cementerios. Una composición similar aparece en Wetzstein (p. 27, *Reisebericht ueber Hauran*, etc.):

Oh, llévate contigo mis huesos donde el camello lleva su carga / Y dame sepultura delante de ti, si he de ser sepultado.

Y no permitas que se me entierre bajo el peso de las vides / Sino allá arriba, en el monte, desde donde tenerte a la vista siempre.

Cuando pases junto a mi tumba di tus nombres en voz alta; / El eco de tus nombres hará revivir mis huesos.

Durante mi vida ayuné con mis amigos, y en mi muerte / Me daré un banquete, cuando nos reunamos, ese día de júbilo. <<

[69] Los *Akásirah* (plural de *Kasrá)* designa aquí el título de cuatro grandes dinastías de reyes persas: 1. Los Peshdadia o linaje asirio, protohistóricos, de los que faltan datos; 2. los Kasyania (medos y persas), extinguidos con la invasión de Alejandro el año 331 a. de C.; 3. los Ashkanios (partos o arsacidas), que reinaron hasta el 202 d. de C.; y 4. los Sasánidas, que ya han sido mencionados. Pero hablando estrictamente, *Kisri* o *Kasra* son títulos aplicables solamente a la última dinastía y especialmente al gran rey Anushirwan. No se les debe confundir con *Khusran* (¿Ciro, Asuero, Cosroes?) y parece incluso que los tres han quedado combinados en *Caesar, Kaysar o Czar*. Para detalles especialmente relacionados con Zoroastro, véase el vol. I, p. 380 de *Dabistan* o *School of Manners*, traducido por David Shea y Anthony Troyer, París, 1843. El libro es muy valioso, pero los nombres aparecen impresos tan descuidada e incorrectamente que se induce al estudioso a un perpetuo error. <<

[70] Las palabras son de lo más bajo y soez, pero la escena es verosímil en el mundo árabe. <<

[71] Árabe *Hayal*; la palabra, escrita en diversas modalidades, es onomatopéyica; a veces significa «lejos de mí (o de ti) tal cosa», pero en su uso popular significa simplemente «¡ay!». <<

[72] Lane (I, 34) encuentra en este pasaje la fecha del libro. El sultán de Egipto Mohammed ibn Kal'ún promulgó a principios del siglo VIII (de la Hégira; nuestro siglo XIV) una ley suntuaria que obligaba a los cristianos y a los judíos a tocarse con turbantes azul índigo y amarillo azafrán, reservando el blanco para los musulmanes. Pero la costumbre era mucho más antigua y Mandeville (cap. IX) lo describe para 1322, cuando ya era norma general. Y aún subsiste; aun cuando ha quedado abolida en las ciudades, sigue vigente para los cristianos al menos en las zonas rurales de Egipto y Siria. Quisiera observar aquí que pasajes aislados como este son absolutamente inútiles para la cronología; puede tratarse simplemente de añadidos de los editores y de los meros copistas. <<

[73] El antiguo *Mustafá*, o sea, «Elegido» (profeta; por ejemplo, Mahoma), era también un título de Al-Mujtabá, el Acogido *(Pilgrimage*, II, 309). *Murtazá*, «el Predestinado», es decir, el califa Alí es el antiguo *Mortada* o *Mortadi* de Ockley y su época y significa «aquel que es grato (o aceptable) o Alá». Escritores aún anteriores lo corrompieron en *Mortis Alí*, de modo que los lectores pudieron pensar que se trataba del nombre del califa. <<

[74] El resplandor (luz zodiacal) que precede al auténtico amanecer. Los persas llaman al primero *Sub-h-i-kazib* (amanecer falso o mendaz) y sostienen que tiene su origen en los rayos del sol pasando a través de un orificio del monte Kaf, que circunda el mundo. <<

[75] A semejanza del hebreo *Arún*, desnudo, que significa ir vestido sólo con la ropa interior; nuestro «*in his shirt*» [«en camisa»]. <<

[76] Tenemos aquí el coloquialismo vulgar egipcio *(Aysh, Ayyu Sayyin)* por el clásico *Má*, qué. <<

[77] «¡En Nombre de Alá!», que en este caso se exclama antes de iniciar una acción. <<

[78] Árabe *Mamlúk* (plural *Mamalik)*, literalmente «un esclavo», y, en *Las Mil y Una Noches*, un eslavo blanco adiestrado en el manejo de las armas. Los Beis [o Beys, o Bajás: entre los turcos, gobernadores de distritos] de los Mamelucos de Egipto recibían localmente el nombre de *Ghuzz*. Utilizo la palabra adecuada en su auténtico sentido popular antiguo:

'Tis sung, there's a valiant Mameluke

In foreign lands ycleped (Sir Luke)…

HUDIBRAS

Lo dice el cantar: hay un bravo mameluco

En remotas tierras llamado (Sir Luke)…]

Y de aquí probablemente el *Mamamouchi* de Molière y el actual francés *mameluc*. Véase *Letters*, de Savary, n.° XL. <<

[79] Árabe *Bi'l-Salámach*, «a salvo» (para prevenir el mal de ojo). Cuando se visita a los enfermos es normal decir algo amable: «¡El Señor te sane!», «¡Ningún mal te sobrevenga!», etc. <<

[80] Lavarse durante la enfermedad es tenido por peligroso entre los árabes, e «ir al *Hamman*» es, según ya he dicho, sinónimo de convalecencia. <<

[81] Árabe *maristán*, una corrupción del persa *Bímaristán*, «morada de la enfermedad», un hospital frecuentado por los antiguos *guebres (Dabistán,* I, 165, 166). El de Damasco fue el primer hospital musulmán, fundado por Al-Walid, hijo de Abd al-Malik el Omeya, en el año 88 de la Hégira (707 de la era cristiana). Bejamín de Tudela (1164) le llama *Dar al-Maraftán*, que su posterior editor convierte en *Dar al-Morabittán* (morada de los que hay que encadenar). Al-Makrizi (Khitat) atribuye la invención de los «Spitals» a Hipócrates; otro historiador, a un primitivo faraón *Manakyush*, ignorando así a los reyes persas, a San Efrén (o Efraín), a Syru, etc.

En el lenguaje actual es un manicomio en que los insanos son tratados con todos los horrores que eran práctica universal en Europa hasta hace pocos años y de los que perduran hoy día algunos residuos ocasionales. En 1399, Katherine de la Court mantenía «un hospital en la corte, llamado Robert de París», pero el primer manicomio de la cristiandad lo erigió el Legado Ortiz en Toledo, en 1483, y recibió por ello el nombre de «La Casa del Nuncio». El *Maristán* de Damasco ha sido descrito por todos los viajeros del pasado siglo y ofrece un curioso contraste entre el tratamiento de los maníacos y los idiotas o *omadhaun*, a los que, humanamente, se les permite campar a sus anchas sin sufrir daño alguno, cuando no son tenidos por santos. La última vez que lo vi estaba totalmente en ruinas (1870). Hasta donde alcanza mi experiencia, los Estados Unidos es el único país en que los insanos son tratados racionalmente por los sanos. <<

[82] De aquí el dicho vulgar: «El que bebe agua del Nilo volverá a beberla siempre». «Ligera» significa agua fácilmente digerible y la prueba decisiva es poder bebería de noche, entre sueños, sin sufrir una indigestión. <<

[83] *Nil*, en el habla popular, es el Nilo en el momento de la inundación, aunque se usa también para el río como nombre propio. Los egipcios (tanto los actuales como los antiguos) tienen tres estaciones, *Al-Shitá* (invierno), *Al-Sayf* (verano) y *Al-Nil* (el Nilo, o sea, la estación de la inundación o pleno verano), en correspondencia con los meses de crecimiento, los meses de acopio (o de granero) y los meses de la inundación de la antigua raza. <<

[84] Estos versos están en la edición de Macdonald. <<

[85] Árabe *Birkat al-Habash*, un depósito que existía antiguamente al sur de El Cairo. Galland (noche 128) dice: «en *remontant vers l'Ethiopie»* [en dirección a Etiopía]. <<

[86] La edición de Breslau (II, 190), de la que tomo esta descripción, alude aquí a la conocida isla Al-Rauzah (Rodah), el Jardín. <<

[87] Árabe *Laylat al-Wafá*, la noche de la plenitud o abundancia del Nilo (la inundación), normalmente entre el 6 y el 16 de agosto, cuando el gobierno proclama que el *nilómetro* marca una altura de 16 codos. Por supuesto, hay una gran fiesta y una ceremonia sonada, pues Egipto es aún un don del Nilo (Lane, cap. XXVI; una obra que ganaría mucho con un índice mejorado). <<

[88] Es decir, que la admiración sería ya total. <<

[89] Árabe *Sahil Masr (Misr);* supongo que de aquí las «villes maritimes» de Galland. <<

[90] Un símil muy apreciado, sugerido por el centelleo y el rielar deshilvanados de la corriente bajo el efecto de los oblicuos rayos del sol y la brisa del atardecer. <<

[91] Árabe *Halab*, derivado por los musulmanes de «Abraham ordeñó *(halaba)* la vaca blanca y parda». Pero el nombre de la ciudad aparece en escritura cuneiforme como Halbun o Khalbun y los clásicos la conocieron como ßερουα escrita con variantes. <<

[92] Árabe *Ka ’ah*, normalmente un albergue, pero que se aplica también a una hermosa casa a lo largo de *Las Mil y Una Noches*. <<

[93] Árabe *Ghamz*, guiñar, hacer señas con los ojos, que entre los musulmanes no es tenido por «ordinario». <<

[94] Árabe *Kamís*, del bajo latín *Camicia*, que aparece por vez primera en San Jerónimo: «Solent militantes habere lineas, quas Camicias vocant». Nuestras camisas, *chemises, chemissettes*, etc., eran desconocidas para los antiguos europeos. <<

[95] Árabe *Narjís*. De la mitología griega los árabes no tomaron cosa alguna, pero los persas tomaron mucho. De aquí el ojo de Narciso, una idea apenas sugerida por la apariencia de la flor del asfódelo, que a veces semeja la oblicua mirada del espía y a veces el rostro de agónico adiós de una amante. Algunos científicos lo explican por la forma de la flor, cuyo cáliz interno semeja un iris y cuyo pedúnculo se arquea bajo los pétalos a modo de párpados decaídos y ojos lánguidos. De aquí que un poeta se dirija a Narciso:

¡Oh Narjís, aleja tu mirada! Bajo esos ojos / No puedo besarla mientras yace sobre su seno.

¿Cómo puede Un amante cerrar sus ojos en el sueño / Mientras los tuyos contemplan cuanto existe entre la tierra y los cielos?

El arquetípico amante oriental debe afectar unos celos frenéticos, si no los siente. <<

[96] En Egipto, no hay somieres ni dormitorios; las alfombras y colchonetas, almohadas y cojines (las sábanas son desconocidas) se extienden cuando se desea y durante el día se guardan en cómodas y armarios o simplemente se dejan enrolladas en un rincón de la estancia *(Pilgrimage*, I, 53). <<

[97] Las mujeres de Damasco han tenido siempre la fama, a causa de sus sanguinarios celos, que los relatos y novelistas europeos atribuyen a la «dama española». Los hombres han tenido similar fama por su intolerancia y su fanatismo, de los que supimos por primera vez en los tiempos de Bertrandon de la Brocquière y que culminó en la masacre de 1860. Pero constituyen una raza notoriamente tímida, y física y moralmente resultan unos pésimos soldados: pudimos comprobarlo bajo el mando de mi difunto amigo Fred. Walpole en los *Bashi-Buzuks* durante la pasada guerra de Crimea. Aquellos hombres parecían unos magníficos muchachos y al cabo de un mes de campamento quedaban reducidos a la condición de una anciana. <<

[98] Árabe *Rukhám*, propiamente «alabastro», y *Mármar*, «mármol», pero a menudo se confunden. <<

[99] Se hallaba ritualmente impuro tras haber tocado un cadáver. <<

[100] La frase es perfectamente apropiada: El Cairo sin «su Nilo» nada sería. <<

[101] «El mercado estaba caliente», dicen los hindostanos. Eso comenzaría entre las 7 y las 8 de la mañana. <<

[102] Árabe *Al-Faranj*, europeos en general. Deriva de «Gens Francorum» y data de los días de las cruzadas, en que los franceses jugaron un papel protagonista. De ahí la «lingua franca», la jerga levantina, de la que Moliere nos ha legado tan ingeniosa muestra. <<

[103] Procedimiento familiar a la cirugía europea por las mismas fechas. <<

[104] En señal de decepción, pesar, disgusto; un gesto aún común entre los musulmanes y que equivale en significación a nuestro pateo o retorcimiento de manos y similares. No aparece mencionado en el Korán, donde, sin embargo, encontramos «chasquear los dedos de rabia» contra un hombre (cap. III). <<

[105] No es un escándalo inmerecido. A los cairotas, especialmente a su mitad femenina, siempre se les ha tenido por tremendamente viciosos. Incluso el pudibundo Lane relata una historia «pintoresca» de una mujer que se refocila con su amante en las mismas barbas de su marido e interna a este en un manicomio (cap. XII). Con la civilización, que repudia el excelente remedio de antaño, la espada, aún se pervirtieron más; la corte de Kazi aparece abarrotada de aspirantes a divorciadas. Bajo el dominio británico el mal ha alcanzado su culmen a causa de su impunidad; en las avenidas del nuevo barrio de Ismailía, habitado por europeos, las mujeres, incluso muy jóvenes, amenazan con exhibir su persona si no reciben *bakshish*. Esto mismo sucedió en Sind cuando se advirtió a los maridos que serían ahorcados en caso de acuchillar a sus esposas. Tras la conquista, al mismo tiempo, las mujeres quedaron liberadas. Entre 1843 y 1850, si un joven oficial mandaba que le llevaran una chica del bazar se le presentaría en el cuartel media docena. Por cierto, que más de una vez las prostitutas profesionales amenazaron presentar una queja a Sir Charles Napier porque las «mujeres decentes», las «señoras», les quitaban el pan de sus bocas. El mismo caso se dio en Kabul (Afganistán) en la pasada guerra de 1840, y aquí las mujeres tenían más excusa, ya que sus maridos eran sodomitas declarados, como dice la canción:

The worth of slit the Afgan knows;

The worth of hole the Khabul-man.

[El afgano conoce la importancia de la raja;

El hombre de Kabul la del agujero.] <<

[106] De modo que no tenga trato con tres hermanas totales. Asimismo, entre los musulmanes, la conducta de una joven viene presagiada por la de su madre y si una hermana va por mal camino puede esperarse que otra la siga. Prácticamente la regla se aplica siempre: «de tal madre tal hija». <<

[107] Este extenso relato, que contiene multitud de episodios y ocupa cincuenta y tres noches, es omitido totalmente por Lane (II, 643) porque «es un compendio de los más extravagantes despropósitos». Debería haber dejado a sus lectores la posibilidad de formar su propio juicio. <<

[108] Se le llama Jamasp (hermano y ministro del remoto rey persa Gushtasp) en las traducciones de Trebutien y en otras de von Hammer. <<

[109] El período normal de lactancia en oriente, prolongable hasta los dos años y medio, que se considera la regla establecida en el *Shara*' o preceptos del Profeta. Pero no es infrecuente ver a niños de tres e incluso cuatro años colgados de los senos de sus madres. Durante este tiempo la madre no cohabita con su marido, comenzando esta abstinencia en el embarazo. Esta es la costumbre no sólo entre los «animales inferiores» sino en todos los pueblos de la antigüedad: egipcios (de los que la tomaron los hebreos), asirios y chinos. He dejado algunas reflexiones sobre su relación con el embarazo en mi *City of the Saints*: los mormones insisten en que esta norma de pureza sea observada y la apostura y la buena salud de la generación más joven son pruebas de su sabiduría. <<

[110] Se distingue así de la *Asal-kasab o* miel de caña de azúcar. <<

[111] El estudioso del hinduísmo recordará aquí a los reyes y reinas Naga (Melusinas y Echidnas) que guardan los tesoros de la tierra en el País de Naga. La primera aparición de la serpiente en literatura es en los jeroglíficos egipcios, en los que representa las letras f y t y juega un papel determinante en forma de una *cobra di capello (Columber Naja)* con capirote desplegado. <<

[112] En señal de que se encontraba a salvo. <<

[113] *Akhir al-Zamán*. Al igual que los ancianos encomian siempre los viejos tiempos, los profetas gustan representarse a sí mismos como una culminación. Los primitivos cristianos causaron gran escándalo entre los romanos metódicos y amantes de la ley por sus estrafalarias y falaces predicciones de que el fin del mundo estaba al caer. La catástrofe es un hecho para todos los hombres bajo la forma de la muerte pero el mundo ha perdurado a lo largo de edades sin cuento y no hay causa aparente por la que no pueda perdurar aún muchas más. Los «últimos días», según nos aseguran las enseñanzas religiosas de la mayoría de las «revelaciones», serán más abundantes en pecadores que en santidad; de aquí que «Fin de los Tiempos» sea un festivo título árabe para los bandidos de categoría superior. Mi ayudante somalí se lo aplicaba a un bandido que se había significado; en 1895, en Adén, supe que terminó decapitado, tal y como todos habíamos pronosticado. <<

[114] La *Jahannam* y los otros seis infiernos son personificados en femenino y (al igual que las mujeres) son un tanto dados a la verborrea prolija. <<

[115] Estas profusas exageraciones están deliberadamente encaminadas a surtir el mismo efecto que las niñeras que asustan a los niños traviesos. <<

[116] En alusión a una frase muy común que dice: *Lau lá-ka*, etc.: «Sin ti (Oh, Mahoma) Nos (Alá) no hubiéramos creado las esferas», que bien pudo ser sugerida por «Antes que Abraham Yo era» (Juan, VIII, 58) y por el Pórtico XCI del zoroastrismo: «Oh Zardhust, por ti he creado el mundo» *(Dabistán*, 1, 34). En modo alguno se trata del sentimiento shiíta, como supone mi erudito amigo el profesor Aloys Springer. En su *Mahoma* (p. 220) hallamos un fragmento de un poeta sectario: «Por ti desplegamos la tierra, por ti hicimos correr las aguas, por ti levantamos la bóveda de los cielos». Como el barón Alfred von Kremer, otro experto y erudito orientalista, me recuerda, los shiítas siempre han mostrado una decidida tendencia hacia este tipo de apoteosis y han deificado o casi a Alí y a los *imanes*. Pero la fórmula aparece por vez primera en un poema *burdah* del muy ortodoxo Al-Busiri: «De no ser por él *(Lau lá-hu*, etc.) el mundo no habría salido de la nada». De aquí que haya sido ampliamente difundido. Ver *Les Aventures de Kanrup* (pp. 146-7) y *Les Oeuvres de Wali* (pp. 51-52) de M. Garcin de Tassy, y el *Dabistán* (vol. I, pp. 2-3). <<

[117] Árabe *Simiyá*, del persa, palabra aparentemente construida sobre el modelo de *Kimiyá*, alquimista, y aplicada a hechizos, pequeños prodigios y a la magia blanca en general, como el hindú *Indrajal*. El vocablo usual para alquimia es *Ilm al-Káf* (la ciencia de K), ya que es peligroso hablar de ella abiertamente como alquimia. <<

[118] *Mare Tenebrarum*, Mar de las Tinieblas, aplicado habitualmente al «lúgubre y brumoso Atlántico». <<

[119] Algunos musulmanes sostienen que Salomón y David fueron enterrados en Jerusalem; otros, que a orillas del lago de Tiberíades. Mahoma, según la historia de Al-Tabari (p. 56, vol. I, Duleux: *Chronique de Tabari)* declara que el *jinni* trasladó el cadáver de Salomón a un palacio excavado en la roca, en una isla rodeada por un brazo del «gran océano» y le depositó sobre un trono, con el anillo en el dedo, y con la guardia de doce *jinnis*. «Nadie ha contemplado su túmulo, con la sola excepción de dos hombres: Affan, que llevó a Bulukiya como compañero; con enormes penalidades llegaron al lugar y Affan se disponía a apoderarse del anillo cuando fue consumido por una centella y Bulukiya regresó». <<

[120] Korán, XXXVIII, 34; o «eres el otorgador magnánimo». <<

[121] Es decir, el de la última trompeta tañida por el arcángel Israfil, idea tomada de los cristianos. De aquí el nombre de algunas iglesias —*ad Tubam*. <<

[122] Esto quiere decir que los frutos eran jugosos y secos como los dátiles y los tamarindos, o de piel suave y dura como las uvas y las granadas. <<

[123] *Árabe Al-Iksír*, que significa literalmente una esencia; también, la piedra filosofal. <<

[124] Nombre del *jinni* al que Salomón encerró en el lago Tiberíades. <<

[125] El segundo infierno está asignado comúnmente a los cristianos. Al igual que hay siete cielos (las órbitas planetarias), así, para satisfacer el amor de los musulmanes por las simetrías, debe haber otros tantos mundos e infiernos bajo la tierra. Los egipcios inventaron esas horrendas moradas y la maravillosa fantasía persa las convirtió en poemas. <<

[126] Árabe *Yájúj* y *Majuj*, que aparecen nombrados por primera vez en el Génesis, X, 2, y nos suministra la etnología del Asia Menor, *circa* 800 a. de C. *Comer* es los *Gimri* o cimerios; *Magog*, los originarios Magos, una fracción de los medos; *Javan*, los griegos jónicos; *Meshesh*, los Moschi, y *Tiras* los Turusha o primitivos cimerios. En tiempos posteriores *Magog* se aplicó a los escitios, y los actuales musulmanes derivan del Korán (cap. XVIII y XXI) que Yájúj y Majuj son los rusos, a los que llaman Moska o Moskoff, del río Moscova. <<

[127] Trato de conservar el juego de palabras: los *Murrakin* (los que están cerca de Alá) son los querubines y el Creador otorga a Iblis el don de permanecer cerca de El *(karraba)*. <<

[128] Popular pasaje del Korán (cap. VII) que parece haber sido tomado del evangelio de Bernabé. En él, Adán se convierte en un semidiós. <<

[129] Estas pintorescas fábulas son caricaturas de las leyendas rabínicas que se inician con Lilith, la esposa espiritual de Adán: la naturaleza y su contrapunto, Physis y Antiphysis, proporcionan una sólida base para el folklore. Entre los hindúes tenemos a Brahma (el creador) y a Viswakarmá, el anticreador; aquel crea un caballo y un toro y este les caricaturiza con un asno y un búfalo, y así sucesivamente. <<

[130] Esta es la *Lauh al-Mafúz*, la Estela Reservada, sobre la que se hallan escritos todos los decretos de Alá y las acciones de la humanidad, buenas (en blanco) y malas (en negro). Es el «Libro diáfano» del Korán (cap. VI, 59). Una vez más se trata de una concepción *guebre*. <<

[131] Es decir, la noche anterior al viernes, que en terminología musulmana sería «la noche del viernes». <<

[132] Nuevamente, el persa Gáw-i-Zamín «el toro de la tierra». «La cosmogonía del mundo», etc., tal y como se lee en *The Vicar of Wakefield*. <<

[133] En la edición de Calcuta, por errata, dice aquí «toto». <<

[134] O sea, lagos y ríos. <<

[135] Aquí se impone abreviar un poco, pues nos hallamos ante otro recital de lo que ya se ha contado varias veces. <<

[136] Esta es la auténtica «Ciudad de Azófar» *(Nuhás asfar*, «cobre amarillo»), como nos lo confirma la noche 772. Se halla situada en el Magreb (Mauritania), la región de la magia y del misterio. La idea probablemente fue inspirada por las abundantes ruinas romanas que se alzan inopinadamente en medio de lo que ha acabado por ser un desierto de arena. Compárese con este cuento «La Ciudad de Azófar» de la noche 272. En Egipto *Nahás* se pronuncia vulgarmente *Nihás*. <<

[137] La edición de Breslau añade que el anillo-sello era de piedra tallada y hierro, cobre y plomo. He utilizado profusamente su vol. VI, pp. 343 *et seq*. <<

[138] Toda vez que se trata de un bardo preislámico bien conocido, su aparición en este pasaje es decididamente anacrónica, intencionadamente. <<

[139] El primer conquistador musulmán de España, cuyo lugarteniente, Tarik, intrépido e infortunado, dio nombre a Gibraltar *(Jabal al-Tarik)*. <<

[140] El color de los califas *Banú. Ummayyah* (Omeyas) era el blanco; el de los *Banú Abbás* (Abasidas) era negro y el de los Fatimitas verde. Ser portador de la bandera real denotaba la condición de generalísimo o plenipotenciario. <<

[141] Es decir, El Cairo antiguo o Fustat; el actual Cairo era por entonces una aldea copta fundada sobre un antiguo asentamiento egipcio llamado Lui-Tkeshroma, al cual pertenecían los grandes aljibes del monte y el pozo grande, *Bir Yusuf*, atribuido absurdamente al patriarca José. Lui es evidentemente el origen de Levi y significa sumo sacerdote (Brugsh II, 130) y el nombre de su hijo era Roma. <<

[142] No puedo por menos de sospechar que aquí hay una errata por *Al-Samanhúdi*, nativo de Samanhúd (la «Semenood» de Wilkinson), en el delta, sobre el ramal de Damietta, la antigua Sebennytus (en copto, Jemánuti, «Jem el Dios»), una ciudad que dio muchos hombres ilustres en la era musulmana. Pero existe también una Samhúd a unas cuantas millas río abajo de Denderah y que, como demuestran sus terraplenes, se trata de un antiguo emplazamiento. <<

[143] Egipto aún no había sido conquistado a los cristianos. <<

[144] Árabe *Kizán fukká'a*, es decir, recipientes de barro fino y ligeramente poroso usados para la *fukká'a*, una bebida fermentada a base de cebada o uvas pasas. <<

[145] Mantengo este venerable dislate; la forma correcta es *Samán*, de *Samm*, el viento atosigante. <<

[146] Es decir, para venerar a Dios y prepararse para el más allá. <<

[147] El camello transporta el cadáver del Badawi hasta el cementerio, que frecuentemente está lejos; de aquí que soñar con un camello sea presagio de muerte. <<

[148] Korán, XXIV, 39. La palabra *Saráb* (espejismo) se encuentra en Isaías (XXXV, 7) y el pasaje debe traducirse así: «Y el espejismo *(saráb)* se convertirá en un lago» (no por: «Y el suelo reseco se convertirá en un estanque»). Los hindúes lo designan con el encantador vocablo *Mrigatrishná*, «la sed del ciervo». <<

[149] Uno de los nombres de Alá. <<

[150] Árabe *Kintár*, «el peso de cien» (es decir, cien libras). De aquí el francés *quintal* y sus congéneres (Littré). <<

[151] Es decir, «de Sham (Siria) o (la tierra de) Adnam», ancestro de los árabes naturalizados, o sea, Arabia. <<

[152] Korán, LII, 21: «Todo hombre es entregado en prenda de sus actos futuros». <<

[153] En los textos hay una constante confusión de los copistas entre *Arar (Juniperus Oxycedrus,* utilizado por los griegos para las imágenes de sus deidades) y *Marmar*, mármol o alabastro: en el Talmud, *Marmora*, «mármol», derivado evidentemente de μαρμαρος, «brillante», «la piedra brillante». <<

[154] Estos nombres efríticos han sido escogidos por su *bizarrerie*. *Al-Dahish*, «el pasmado», y *Al-A'amash*, «aquel que tiene siempre los ojos tiernos y anegados». <<

[155] Los árabes no tienen palabra para el millón; por eso, Messer Marco Miglione no pudo haberlo aprendido de ellos. Por contra, los hindúes tienen más cuatrillones que la Europa moderna. <<

[156] Esta fórmula, según los musulmanes, empezaría inicialmente por: «No hay *iláh* sino *Alláh* y Adán es el apóstol *(rasúl*, el enviado, el mensajero; no *nabí*, el profeta) de Alláh». Y continuaría sucesivamente con Noé, Moisés, David (Salomón no, generalmente), Jesús, hasta llegar a Mahoma. <<

[157] Este hijo de Barachia ya ha sido mencionado anteriormente. El texto borda el capítulo coránico n.° XXVII. <<

[158] La edición de Breslau dice (VI, 371) *Samm-hu*, «su veneno», probablemente una errata por *Sahmhu*, «su venablo». Fue un duelo a base de *Shiháb* o estrellas caídas, los meteoritos, que popularmente se supone, según ya he dicho, son las saetas lanzadas por los ángeles contra los demonios y espíritus malignos cuando se acercan demasiado al Paraíso para escuchar los secretos divinos. <<

[159] Un mar imaginario, del latín *Carcer* (?) <<

[160] Andaluz, sinónimo de español, de la Tierra de los Vándalos, término asumido por los invasores musulmanes. <<

[161] Esta bella descripción evocará en el viajero las antiguas ciudades hauraníes, deshabitadas desde el siglo VI, que un estúpido escritor llamó inadecuadamente «Las Ciudades Gigantes de Bashan». Jamás he visto nada tan fantástico como una noche de plenilunio en una de esas fortalezas, cuya silueta se conserva como el día en que fueron erigidas, con la luz purísima derramándose sobre el negro basalto, el susurro de la brisa y el aullido del chacal en el desierto circundante. <<

[162] *Zanj*, como ya he señalado, es la forma árabe del persa *Zang-bar* (el País Negro), nuestro Zanzíbar. Aquellos que deseen saber más acerca de la etimología pueden consultar mi *Zanzibar*, cap. I. <<

[163] Árabe *Tanjah*, la ιγγιζ de Estrabón (de incierta derivación), Tingitania, Tangiers. Pero, ¿por qué la s final? <<

[164] O *Amidah*, llamada por los turcos *Kara* (negra) *Amid*, a causa del color de las piedras; para los árabes *Diyar-bakr* (Diarbekir), nombre que también aplican a toda la provincia, Mesopotamia. <<

[165] Mayyafarikín, ciudad episcopal en Diyar-bakr; los nativos reciben el nombre de *fáriki*; de aquí la abreviatura en el texto. <<

[166] Árabe *Ayát alá Naját*, ciertos versos coránicos que actúan como un talismán, como: «¿Y cómo no habríamos de poner nuestra confianza en Alá?» (XIV, 15); «Di, 'Nada puede acontecemos si Alá no lo tiene decretado'», y muchos otros. <<

[167] Eran las «Novias del Tesoro», aludidas en la historia de Hassan de Bassorah y en otros lugares. <<

[168] Árabe *Isharáh*, que también puede entenderse como llamar por señas. Los orientales hacen al revés que nosotros: volvemos las manos o los dedos indicando hacia nosotros mismos, en tanto que ellos indican hacia el objeto, así que nuestro gesto significa para ellos un «vete». <<

[169] Es decir, cavilando un largo rato. <<

[170] Árabe *Dihlíz*, del persa. Se trata del largo y oscuro pasaje que conduce hasta la puerta interior o principal de una ciudad oriental y que se refuerza cuando se prevé un asedio. Normalmente cuenta con unos bancos de madera y de fábrica y es un lugar ideal para el tiempo caluroso. En un lugar semejante estuvieron Lot y Moisés sentados y en pie ante la puerta V allí es donde los hombres hablan con sus enemigos. <<

[171] Los nombres de los colores son usados por los árabes con tanta ligereza como los clásicos europeos; por ejemplo, a un gris claro le llaman «caballo azul o verde»; muchos disparates se han escrito acerca de los colores en Homero, debido a que hay gente que supone que los pueblos semicivilizados determinan los colores tal como lo hacemos nosotros. Los ven pero no los nombran, no habiendo lugar a vocablos. Como ya he señalado, sin embargo, los árabes tienen una terminología completa para las distintas capas de los caballos. En nuestros días, he sido testigo del nacimiento de colores, a los que han tenido que poner nombres por docenas, por la exigencia de los vestidos femeninos. <<

[172] Para los milagros de David en metalurgia, ver vol. I, 286. <<

[173] Árabe Khwárazm, el País de los corasmios, mencionados por Herodoto (III, 93) y toda una hueste de geógrafos clásicos. Los sitúan en Sogdiana y se corresponde con el país khiva. <<

[174] Árabe *Burka*, aplicado normalmente al velo del rostro femenino y por ende al que cubre la *Ka'abah*, que es «la novia de la Meca». <<

[175] Aludiendo a la argucia que Salomón utilizó con Bilkis, de quien había oído decir que tenía las piernas peludas como las de un asno: hizo colocar una superficie de cristal sobre una corriente de agua en la que había peces nadando, de modo que la mujer tuvo que levantarse las faldas al acercarse y Salomón pudo comprobar que la información era cierta. De aquí, según he indicado va, la depilación (Korán. XXVII). <<

[176] Entiendo que son las ventanas labradas en arabesco y curiosamente talladas en mármol (India) o basalto (Haurán) y provistas de pequeños recuadros de vidrio engastados de esmeraldas, donde el vulgo utilizaría trozos de hojalata. <<

[177] Árabe *Bulád*, del persa *Pulád*. De aquí el nombre de la famosa familia drusa *Jumblat*, una corrupción de *Ján-pulád*, «Vida de Acero». <<

[178] El Faraón, llamado así en el Korán por haber practicado la tortura de atar a los hombres a cuatro estacas clavadas en el suelo. En su traducción, Sale escribe «el inventor de las estacas» y añade: «Algunos interpretan estas palabras en sentido figurado, aludiendo a la firme implantación del reino faraónico, porque los árabes fijan sus tiendas con estacas, pero es muy posible que apunten a la contumacia y dureza de corazón del príncipe». Por mi parte, quiero destacar que para el *Tasawwuf* o agnosticismo musulmán, el faraón representa, como Prometeo y Job, la típica criatura que defiende su propia dignidad y sus derechos en presencia y a despecho del Creador. Sáhib el Súfi afirma que el secreto del alma humana (es decir, su emanación) se reveló por vez primera cuando el faraón se proclamó a sí mismo dios y Al-Hazali ve en su pretensión la más noble aspiración a lo divino, innata en el espíritu humano *(Dabistán*. vol. III). <<

[179] En la edición de Calcuta, «Tarmuz, hijo de la hija, etc.». Según los árabes, Tarmud (Pahnira) fue fundada por la reina Tadmurah, hija de Hassán ben Uzaynah. <<

[180] A una sequía de tal calibre es a lo único que atribuyo la pervivencia de esas maravillosas ciudades hauraníes del gran valle existente al suroeste de Damasco. <<

[181] También Moisés describió su propia muerte y su sepelio. <<

[182] La *aurat* (vergüenza) de un hombre se extiende desde el ombligo (inclusive) hasta las rodillas; la de una mujer, desde la cabeza hasta la punta de los pies. <<

[183] Árabe *Jum'ah* («la asamblea»), llamada así porque la resurrección universal tendrá lugar ese día y porque ya contempló la creación de Adán. Pero ambas razones son justificaciones *a posteriori*; al igual que los judíos recibieron el mandato divino de guardar el sábado y los cristianos, actuando a su antojo, transfirieron el día semanal de descanso al domingo, así, los musulmanes prefieren el viernes. No obstante, el «sabbatianismo» es desconocido en todo el Islam y las actividades sólo se interrumpen, por imperativo del Korán (LXII, 9-10), durante las oraciones comunitarias en la mezquita. A lo máximo que llega un musulmán es a no trabajar ni viajar hasta después de la liturgia pública. Pero el musulmán apenas aspira a un «día de descanso», en tanto que el cristiano, en la rutina desesperadamente tediosa de la vida y el trabajo cotidianos, sin un rayo de luz que se abra paso en su civilizada y básicamente desdichada existencia, lo exige declaradamente. <<

[184] La humanidad, que se contempla a sí misma en todas partes y en todas las cosas, acaba por crear sus propias analogías en todos los elementos: el aire (las sílfides), el fuego (los genios), el agua (las sirenas) y la tierra (los gnomos). Estas sirenas eran, desde luego, focas o manatíes, al igual que los abominables hombres de Hanno eran gorilas. <<